TRES DÍAS EN ORÁN

Anne Plantagenet

Siruela Nuevos Tiempos

Anne Plantagenet

TRES DÍAS EN ORÁN

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: enero de 2023

Título original: *Trois jours à Oran*
En cubierta: *Temple Gardens*, Paul Klee, 1920
© Gibbon Art / Alamy Stock
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Édition Stock, 2014
© De la traducción, Susana Prieto Mori
© Ediciones Siruela, S. A., 2022

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-51-5

Conversión a formato digital: María Belloso

La historia solo es amarga para
quien la espera dulce.

Chris Marker, *Sin sol*

No está aquí.

No es su estilo llegar pronto, le gusta entretenerse, quedarse inmóvil ante un escaparate sin el menor interés, sin razón particular ni deseos de comprar, es una persona contemplativa, sobre todo cuando está solo. De forma general, no se pone nervioso ni deja traslucir sus sentimientos. En apariencia siempre está del mismo humor, hay que observarlo bien y conocerlo para detectar en él una señal susceptible de delatar una contrariedad; mi padre. Obviamente no tiene móvil, el teléfono no es para él, en casa solo responde si no queda más remedio y generalmente a gritos para cortar de raíz la menor tentativa de conversación, te paso a tu madre, y a ella, precisamente, vacilo unos minutos en llamarla, para que no se preocupe cuando le pregunte a qué hora salió mi padre, ella, que no tiene costumbre de estar separada de su marido y que es, contrariamente a él, de carácter muy ansioso.

Nuestro avión despega en menos de dos horas.

Recorro por quinta vez la terminal sur de Orly, llegué al alba tras pasar la noche en vela. ¿Cuánto tiempo llevo sin dormir? Quedamos en encontrarnos directamente en el aeropuerto. Yo tengo los billetes y los pasaportes con los visados, compruebo mi bolso cada diez minutos de media cuando salgo a fumar. No tendría que haber vuelto a empezar después de tantos años, es una debilidad, pero no siempre puede una ser heroica, yo lo soy cada vez menos, de hecho, cuando duermo sola, dejo encendida la luz del pasillo. No sé si me atreveré a fumar delante de mi padre, que lo dejó oficialmente hace tanto tiempo, aunque mi hermano esté convencido de que sigue haciéndolo a escondidas, yo todavía era pequeña, él fumaba negro, Gitanes, le iban bien, a menudo me mandaba a comprarle una cajetilla. Yo fumo rubio. Llevo

un cartón en la maleta.

¿Dónde puede estar? ¿Le ha pasado algo, sabe qué hora es? ¿Lo hace a propósito? Debió de salir pronto, mis padres viven en una ciudad dormitorio a diez kilómetros de Troyes, ciudad de la que yo soñaba con huir desde muy joven y donde ambos desempeñaron toda su carrera de profesores en centros de formación profesional. Mi padre viene en su coche, que ha previsto dejar en el aparcamiento subterráneo, seguro que no ha dormido mucho más que yo a causa del viaje. Del miedo.

Han abierto la facturación.

Ante el mostrador de Air Algérie, se agolpan decenas de personas, se amontonan sin lógica ni orden, muchos ancianos con chilaba, señoras mayores con velo y las manos cubiertas de henna, con incontables maletas curiosamente atadas con cordeles. Hablan todos en árabe y es imposible comprender si a su manera forman una fila o están ahí porque el nombre de Orán parpadea en rojo por encima del mostrador, en los dos idiomas, francés y árabe, y eso constituye para ellos, para todos nosotros, un punto de referencia entre las tiendas occidentales del aeropuerto, nuestro común destino final.

Busco con la mirada entre esa multitud compuesta principalmente por hajjis[1] si hay más europeos como nosotros, en ningún momento pensé que pudiéramos ser los únicos del avión, era muy previsible, pero hasta este momento me costaba, todavía, creerlo. Y sin embargo es verdad: hoy nos vamos a Argelia, llevo a mi padre a la tierra donde nació y de la que se marchó hace algo más de cuarenta y cuatro años, tierra en la que ahora ya es extranjero.

Cuando tuve la idea de este viaje, naturalmente propuse a mi madre que viniera, a mi hermano también, habría sido difícil no incluirlos en el proyecto, aunque se tratase de una tentativa utópica, deshonesta incluso, de diluir mi propio deseo, porque en el fondo no había peligro alguno, sabía que ninguno de los dos querría venir. Argelia asusta a mi madre, lo pintoresco de las anécdotas tantas veces repetidas durante las comidas en su familia política no atenúa la otra visión que tiene ella del país de origen de su marido, impresa de violencia y crueldad. Mi madre no tiene el menor deseo de ir a ver cómo es de verdad. Y mi hermano nunca ha sentido la necesidad que me atenaza de recuperar mi parte de herencia. Este viaje,

debo llevarlo a cabo solo con mi padre.

Mi padre, que aún no ha llegado.

Me pregunto cómo reaccionará cuando se dé cuenta de que somos en principio los únicos occidentales del vuelo.

Mi abuela, sin la menor duda, lo habría odiado.

A Antoinette Montoya no le gustaban los árabes. No lo expresaba tan crudamente, no, más bien guardaba, en cuanto se hablaba de ellos en la radio o la televisión, una especie de silencio altivo, puntuado por leves suspiros, por interjecciones lastimeras, o bien simplemente fingía no haber oído. Con todo, era difícil saber lo que pensaba sinceramente, lo que se debía a la postura adoptada desde el día que tuvo que marcharse para siempre de Argelia, si antes le habían gustado, durante los cincuenta y dos años que vivió junto a ellos, esos árabes a los que parecía salirles cara la Independencia y a quienes los ancianos de mi familia metían injustamente en el mismo saco, harkis, islamistas, militares, civiles asesinados por el GIA[2]. La cuestión desde luego no era del orden del amor, pero el hecho cierto era que, desde que Antoinette Montoya se había replegado en Dijon donde no frecuentaba a nadie, ya no le gustaban.

En Misserghin, el pueblo donde nació, cerca de Orán, había ido al colegio mixto, es decir, no con niños, sino con niñas musulmanas. En la granja donde creció, los obreros eran todos árabes y había también una pareja de indígenas que vivía con ellos de forma permanente y la había criado un poco. Sus padres hablaban árabe fluido, mi abuela por su parte lo entendía bastante bien. En el campo, las comunidades no estaban tan separadas. En Argelia, Antoinette Montoya había vivido entre los árabes y allí, visiblemente, con eso no tenía el menor problema. Pero, desde la Independencia, se había acabado.

En cambio, cuando hablaba de ellos mi abuelo, pie negro[3] de adopción pero auténtico repatriado, decía *los moracos* o *los salamalecum*, y un día, siendo yo adolescente, no pude soportarlo más. Por primera vez le planté cara, me enfrenté a los dos en la cocina de su casa, en Dijon. Llevaba una chapa amarilla, «Touche pas à mon pote»,[4] en mi cazadora vaquera y dije que no quería oír más barbaridades como esa en boca de mis abuelos, de mis abuelos a los que tanto quería y que eran tan buenos, tan amables por lo demás, mi abuelo Paul y sus plantas de judías gigantes, sus calabazas, sus conejos, mi abuela Antoinette con dedos de olivo, que preparaba el cuscús como nadie y los mantecados de canela para fin de año, ya no podía seguir

callándome y agachando la cabeza, como hacían sistemáticamente mis padres, en Navidad, en Pascua, en Año Nuevo, consintiendo con mi silencio todos esos comentarios abyectos que yo nunca suscribiría. Saqué grandes palabras, respeto, tolerancia, derechos humanos, hasta me puse a llorar.

Entonces mi abuela, que no usaba nunca ese vocabulario ofensivo pero que en el fondo no lo condenaba, mi abuela toda eufemismos y que, para desearnos buena suerte, prefería decir «las seis letras o lo que dijo Cambronne»[5] tocando madera antes que un sonoro *mierda*, esperó a que yo terminase mi crisis y luego, sin alzar la voz, replicó «tú no lo entiendes, tú no eres de allí, no sabes lo que nos hicieron, cállate».

Es más fuerte que yo, el pánico me invade, he recorrido la terminal de punta a punta, tiendas y servicio de caballeros incluidos, mi padre no aparece por ninguna parte. O le ha pasado algo en la carretera, o se ha echado atrás en el último momento antes de entrar en el aeropuerto, como hacen los que tienen fobia a volar y avanzan laboriosamente un metro a cada intento, prometiéndose que un día lograrán pasar el control de seguridad.

¿Y si no viniera? ¿Si encontrase mil pretextos para perder el avión? Le he hecho un regalo envenenado, él estaba bien con sus recuerdos, no le pedía nada a nadie, al llevarlo al otro lado del Mediterráneo voy a destruir toda una vida dedicada a no reavivar el dolor. Voy a reactivar el sentimiento de exilio.

¿Quizá no debería haber organizado este viaje, con lo que me ha costado en gestiones, idas y venidas, mentiras piadosas y esperas interminables en la embajada de Argelia, tal vez sea un enorme error, una locura, puesto que necesariamente ya no queda nada después de tantos años, para qué remover todo eso, qué desposesión constatar?

He obligado a mi padre, que nunca ha expresado el deseo de volver allí pero no se atrevió a decirme que no y a dejar que me las arreglara sola con mis obsesiones, puesto que estaba claro que yo iría, con o sin él. Ya desde niña me prometí a mí misma que iría, pero ahora que mi abuela ha muerto, ha llegado el momento.

He obligado a mi padre, convencida de que no tenía palabras para exteriorizar ese íntimo deseo y de que me estaría agradecido de pasar al acto por él, cuando es mi deseo y no el suyo, no nos engañemos, mi deseo, en todo caso el deseo inconsciente de mi abuela y demás viejos con acento, subterráneo e inconfesable, insuflado en mí y alimentado a lo largo del tiempo a base de repeticiones monomaniacas, aunque por nada del mundo

lo habrían reconocido.

Porque ellos, los viejos de mi familia, no habrían ido.

«Jamás en la vida», habría replicado Antoinette Montoya.

Argelia era el tema de conversación a la mesa, de las disputas, de silencios opresivos, a veces, tras los gritos. Pero ya no tenía nombre. Decían «allá, en nuestra tierra. En la granja». Argelia, ya no existía.

Voy a obligar a mi padre a pronunciar lo impronunciable.

Voy a forzarlo a recuperar el acento.

Del mundo de antes todo ha desaparecido. Hace algo más de dos años, mi abuela se cayó en el patio de su casa, en Dijon, y su caída acarreó la mía. Estoy a punto de volver a mi casa, ¿por qué no iba a tener yo un impedimento de última hora, un incidente de transporte? Pero mi casa está vacía, es minúscula, está en silencio cuando no está allí el pequeño, esta noche me dije que ya no podía seguir así, que algo tenía que cambiar, tiene que haber respuestas en alguna parte, espero mucho de este viaje.

Nada está perdido, no se ha cerrado la facturación y los pasajeros con destino a Orán no avanzan deprisa, sigue el mismo revoltijo de maletas, la misma indisciplina en las filas, que no son tales en el estricto sentido de la palabra y dentro de las cuales ya no puedo aferrarme a mis puntos de referencia habituales, a mi educación de francesa modesta pero correcta, en una cola en la que no se intenta adelantar a la gente y donde una espera su turno en calma.

El viaje empieza ahora, la inmersión en el otro lugar, me reprocho estar tan desconcertada por el hecho de que Argelia sea también el país de los argelinos, no solo el país donde nació mi padre, mi padre, al que veo de pronto escondido tras una columna tomando un café.

—¿Estabas aquí? Te he buscado por todas padres, ya me estaba preocupando, llevo un rato dando vueltas por el aeropuerto, no te había visto y como no tienes teléfono…

Libero, vierto en mi padre la angustia que me devora desde hace días, intensificada al acercarse la salida y llevada al culmen en los últimos minutos. Me doy cuenta en seguida de mi torpeza, de mi inversión de papeles, soy yo quien tendría que mostrarse segura y tranquilizadora puesto que se supone que mi padre siente más aprensión que yo en este momento, por el cual nos encontramos los dos al alba, este 15 de septiembre de 2005,

con la cara cansada, en la terminal sur de Orly, con unos billetes de avión para Orán, es decir, este viaje del cual yo soy plenamente responsable.

—¿Qué tal? ¿Has venido bien?

—Todo bien —dice mi padre—. Necesitaba un café.

Nunca lo he visto beber otra cosa, crecí en el aroma del café, desde el solo de la mañana hasta el descafeinado de la noche. Mi abuela también bebía mucho, a cualquier hora del día. Tenía una cafetera de acero inoxidable que se abría y había que ponerla directamente en el quemador de la cocina de gas hasta que hirviese y silbase. Tiempo atrás, Antoinette Montoya incluso molía los granos. El olor que desprendía el molinillo de madera en la casa de Dijon, con su manivela manual, marcó mi infancia, me gustaba la sensualidad de los granos en los que metía golosamente la mano de pequeña. Después mi abuela dejó de moler el café, como dejó de preparar su propia masa de tarta, menos por pereza que por ceder sin duda a cierta modernidad de la que no quería excluirse, para romper la imagen de la anciana pie negro congelada en el tiempo, con sus barreños de cuscús y sus cacerolas en las que ya no es momento ni resulta de buen gusto dar golpes recitando *Algérie française*, pero de todas formas negándose categóricamente a usar una olla exprés porque corría un rumor que decía que provocaba cáncer. Sin embargo, nunca se separó de su cafetera de acero inoxidable, aun cuando mis padres le regalaron otro modelo, con capacidad para diez tazas, un filtro permanente de nailon y un sistema antigoteo. Cuando vaciamos la casa de Dijon, la encontramos en su embalaje original, sin estrenar.

El momento del café se prolongaba indefinidamente al final de las comidas familiares. Era como una segunda comida en toda regla, menos afectada, más informal, con dulces y cigarrillos, distensión general. Las mujeres se levantaban poco a poco para lavar los platos y accesoriamente hacer más café para sus maridos, que se quedaban sentados, con la corbata suelta, y seguían hablando, fumando y tomando una última taza con un chorrito de digestivo, de aguardiente casero. Aunque las mujeres me fascinaban, porque todas tenían abanicos antiguos, sortijas en los dedos, ese aire algo compacto, caderas generosas, ese reflejo castaño caoba en el pelo que les hacía parecerse a su pesar a viejas moriscas, yo prefería quedarme con los hombres, a la mesa, porque siempre me ha gustado el espectáculo caótico del final de las comidas, los ceniceros llenos, los manteles sucios, con el olor del tabaco y el aguardiente mezclados, y mojar un terrón de azúcar

en un poco de café.

El té lo descubrí estos últimos años con el hombre que no es mi marido. Al principio el sabor me pareció amargo, incluso con azúcar y una nube de leche. Insistí, porque quería gustar a ese hombre que pelaba las gambas con cubiertos y cortaba el pan con cuchillo, cuando en mi familia siempre lo hemos partido con los dedos. Poco a poco, me liberaba de los viejos con acento. Me acabó gustando el té, pero a ciertas horas del día sigo prefiriendo el café. A decir verdad, a veces ya ni lo sé.

[1] Originalmente, este término designa a los fieles musulmanes que han realizado la peregrinación a la Meca, pero de forma general también se aplica a personas de cierta edad en señal de respeto, como *señor*. *(Todas las notas son del traductor.)*

[2] Grupo Islámico Armado.

[3] Del francés *pieds–noirs*, expresión *a priori* sin matiz peyorativo utilizada generalmente para designar a los franceses nacidos en Argelia durante el periodo colonial. Como explica la autora más adelante, también puede aplicarse a toda la población de Argelia de origen europeo en dicho periodo, cuyo denominador común es no ser de origen árabe y haber tenido que abandonar el país tras la independencia en 1962.

[4] «Deja en paz a mi colega». Es el eslogan oficial de SOS Racisme, asociación francesa antirracista.

[5] Se trata de un eufemismo para la palabra *mierda*. Según Victor Hugo en *Los miserables*, es lo que habría respondido el general de Napoleón I, Pierre Cambronne, a los británicos que lo instaban a rendirse en la batalla de Waterloo.

Mi padre lleva ropa cómoda, ligera, su único equipaje es una mochila pequeña, siempre se ha conformado con el mínimo estricto, coge del armario la primera camisa planchada de la pila y saca el pantalón más accesible. Lleva una riñonera a la cintura, me pregunto qué habrá dentro porque soy yo quien tiene todos los documentos necesarios para el viaje. Su gran cámara de fotos analógica le cuelga del cuello.

Por mi parte he elegido tonos neutros, ningún vestido corto o escotado, mangas largas, para que pasemos lo más desapercibidos posible, casi invisibles en las calles de Orán. Todo con tal de no parecer turistas occidentales de vacaciones, como aparenta mi padre sin ambigüedad y como parece reivindicar plenamente, aunque percibo cierta crispación en su mandíbula.

También ha traído la cámara digital, más discreta, que le regalaron sus colegas el año pasado por su jubilación, pero «las fotos son mejores en película», afirma, y le gusta alternarlas.

Asiento, me obligo a sonreír. No me había dado cuenta de que tenía tantas canas, sin embargo, se distinguen claramente en la gente muy morena, de rasgos marcados, como él. Como nosotros.

Hace años, un mes de septiembre cuando era estudiante y hacía la vendimia cerca de Troyes, a mi hermano lo llamaron árabe asqueroso en medio de las cepas de viña. Mi hermano se parece mucho a mi padre, pero tiene el pelo aún más negro y la piel más oscura que él.

—¿Vamos, papá?

Mi padre cumplió sesenta el año pasado, de hecho sugerí el viaje a Argelia

con esa ocasión, elegí ese pretexto, había que celebrarlo, aunque mi padre, como de costumbre, se conformó con una simple comida de cumpleaños solo entre nosotros.

«Yo me ocupo de todo, tú no te preocupes», aseguré tras haberle arrancado su consentimiento de mala gana. «No iremos a la aventura».

Mi abuelo había muerto hacía poco, justo un año después que mi abuela.

Me llevó doce meses tenerlo todo organizado. A base de insistencia acabé reuniéndome con el embajador en persona, que me puso en contacto con uno de sus amigos de Orán, hombre de negocios, y nos dio los visados. Una mañana, en un hotel de lujo de la avenida Montaigne, tomé un café con el amigo del embajador que estaba de paso en París, y este me informó de que ponía a nuestra disposición un coche con chófer allí, nos reservaba dos habitaciones en un buen hotel del centro y tenía intención de avisar a varios conocidos suyos que estarían encantados, según él, de recibirnos, porque él no estaría allí cuando llegásemos. No entendí bien por qué, pero me sentí aliviada al saberlo. Mi padre siempre parece muy cómodo y jovial en el exterior, pero sé que es una fachada y cuánto le cuesta conocer gente, el esfuerzo que debe hacer para salir de su refugio, él, que prefiere por encima de todo pasar el día metido en casa.

No habría esperado tanto en mis previsiones más optimistas. En cada ocasión había contado la misma historia, mi bisabuelo, mi abuela, mis padres nacidos en el pueblo de Misserghin, el deseo de volver a la granja familiar, el relato que después escribiría sobre ese tema, mis intenciones reconciliadoras. Lo había afirmado con convicción, tenía un proyecto de libro, de hecho, un editor había mostrado su interés, estaba a punto de firmar un contrato, e ignoro si obtuve todas esas cosas a las que ni siquiera aspiraba gracias a esa patraña, o si por más que nadie, ni el embajador ni el hombre de negocios oranés, me creyese, prefirieron facilitarnos al máximo la estancia para controlar nuestros movimientos y evitar cualquier problema.

Da lo mismo. Las condiciones reunidas eran ideales. Fui a la oficina de Air Algérie y compré los billetes. París-Orán, ida y vuelta. Nos vamos tres días.

Si todo va bien, dentro de poco caminaré junto a mi padre por las aceras bicolores del paseo marítimo, bajo las arcadas de la calle de Arzew (actualmente Larbi-Ben-Mehdi), veré los leones esculpidos del ayuntamiento y las principales arterias del centro donde a mis abuelos les gustaba pasear

de noche, para tomar el fresco y *hacer bulevar* como los otros europeos, en familia, con sus mejores ropas. He soñado tanto con ello, aunque delante de mi abuela jamás hubiera tenido la audacia de expresarlo, de decir «me gustaría mucho ir a Argelia», como si ese deseo no fuera legítimo, como si no tuviera el menor derecho de reivindicar semejante cosa, no era mi historia, yo no tenía nada que ver con todo eso, habría traicionado en cierto modo a mi familia.

Si embargo es asunto mío, no tengo la menor duda, aunque toda mi vida haya transcurrido físicamente en otro lugar hasta el día de hoy y el país de mis ancestros haya sido aspirado del mapa del mundo como una isla tragada por el océano.

Aunque yo no tenga acento. Aunque sea de la segunda generación, la que no se designa.

Los viejos, que hablaban alto, se interpelaban, con los abanicos, el anisete, ese tono ronco y arrogante, han sido englobados en expresiones tan impropias como exasperantes: los *repatriados*, cuando no venían de una patria extranjera y llegaron, al contrario, a una tierra que no conocían, o poco y mal; o los pies negros, término que tampoco resulta más adecuado porque no se aplica solo a los franceses de Argelia y olvida sus diversas raíces y comunidades, su inmensa variedad, el abismo que podía separar a un peluquero judío bereber de Constantina y a un granjero de Tlemcen venido de Andalucía, por no hablar del desprecio apenas velado que hay en esas dos palabras, pies negros, cuyo origen los historiadores se esfuerzan por determinar, desprecio transformado de forma natural en odio en el momento del éxodo en 1962, «vivían muy bien allí, no tienen por qué quejarse ahora».

Se ha dicho también que *volvieron* a Francia, y eso tampoco servía porque no se puede volver a un lugar del que no se ha salido, y porque para ellos Argelia, como les habían asegurado desde que nacieron, como se lo habían asegurado a sus padres y de lo que nunca dudaron al sepultarlos en la tierra roja y seca que tanto amaban, bajo los pinos y los cipreses de los blancos cementerios europeos, era Francia.

Y yo, cuando mi vida se convirtió en tal caos que decidí ir al país donde nació mi padre, cuando supe que entonces ya podía hacerlo porque mis abuelos y los demás viejos con acento de mi familia estaban casi todos muertos y enterrados de este lado del Mediterráneo, sin haber vuelto nunca

a ver el otro, dije *vuelvo* a Orán, cosa que formalmente tampoco es correcta porque nunca me fui de allí, o si no, hace mucho tiempo, y la tristeza que llevo en mí no es la mía.

Cuando murió mi abuela, yo dejé a mi marido.

Era un hombre cariñoso, que me había hecho sentir segura y cómoda, habíamos tenido un hijo y comprado un piso en la zona baja del distrito IX, mi madre estaba tranquila, siempre me había encontrado inestable. Íbamos en invierno a la montaña y en verano al mar, disponíamos de un ejército de niñeras para permitirnos salir de noche, era una persona romántica, del tipo que me llevaba el desayuno a la cama, me esperaba en el andén con un ramo de flores. Se ocupaba de mí todo el tiempo. Hijos, estaba dispuesto a hacerme tres o cuatro. Yo eché a perder todo eso.

Ahora vivo en un pequeño apartamento que da a un patio exiguo encima de un restaurante chino, en Pigalle. Solo hay un dormitorio y es el de mi hijo una semana de cada dos. Yo vivo en salón, entre un sofá cama y mi escritorio. Ahí escribo, duermo, fumo, lloro o hago el amor con el hombre que no es mi marido y se llama P. las semanas en que estoy sola. Cuando está mi hijo, P. no viene, el apartamento está lleno de ruidos y juguetes, río todo lo posible, pero el pequeño percibe perfectamente que es forzado, no puede comprender qué hacemos los dos en ese siniestro edificio que huele a fritura, por qué finjo estar alegre y por qué su padre, en el gran apartamento donde yo ya no estoy, está tan triste.

Cuando mi hijo está conmigo, yo tengo ganas de estar, y me avergüenza, con P. Cuando no está, dejo los Playmobil y los cochecitos en la moqueta, un peluche caído de la cama, no toco nada, si todo va bien, voy al restaurante y hago el amor con P., pero a menudo no va todo bien y espero, sola, mirando los tejados de París. P. ya me avisó, no tiene nada que dar, alguna hora suelta, no quiere vivir conmigo ni tener hijos, ve a otras mujeres. El dolor a veces es tal que tengo ganas de desfigurarme. No sé por qué, nunca había

tenido ganas de hacerme daño antes. Cuento los días hasta que vuelva mi hijo.

Para mis padres fue una conmoción cuando me separé de mi marido. Era el yerno ideal. Mi madre y él se llevaban bien, se tuteaban, intercambiaban recetas de cocina. Mi padre era más distante, como de costumbre, era difícil saber lo que realmente pensaba, qué opinión tenía del hombre que su hija había elegido por esposo, tan amable, tan educado, tan rubio. Me daba la sensación de que lo miraba por encima del hombro, disimuladamente. Pero cuando lo dejé, por lo visto fue él, me dijo mi madre, quien lloró.

Mi padre es lo contrario del pie negro, de los pies negros tal y como se presentaron a ojos de los franceses metropolitanos y del resto del mundo a partir de 1962, tal y como decidieron aparecer en el teatro o en el cine, grotescos, groseros y un poco paletos, con un sentido del honor y unos valores reaccionarios y cayendo lo más posible en el ridículo, en la exageración, porque en seguida entendieron que su dolor no interesaba a nadie y que seguirían pasando por unos atroces negreros mientras no se burlaran de sí mismos, no ofreciesen una imagen distinta, la de una comunidad de labia florida, capaz de reírse de sí misma, orgullosa y reivindicativa. Porque en seguida entendieron que más valía hacer reír con sus penas. De ahí el patuet y todo un folclore inmediatamente identificable que no logro asociar a mi familia sin sentir una especie de humillación.

Pese a ello, intuyo que, para algunos repatriados, esa parodia de sí mismos, que siempre me ha llenado de rabia y vergüenza, hizo sin duda función de catarsis y representaba también una forma de no caer en el olvido. La necesidad de hacerse notar.

Sin embargo, nunca he logrado relacionar esas tragicomedias que veíamos por la noche en la tele con mis padres cuando era pequeña, cuya intriga e implicación no entendía necesariamente pero retenía el color, el tono evidentemente, con los míos. De niña, estaba orgullosa de mis orígenes pies negros, me daban una originalidad, una faceta exótica que no tenían mis compañeros de clase champañeses, me gustaba proclamar «mi padre nació en Argelia en una granja cerca de Orán», sonaba bien, eran misteriosas esas raíces africanas, sobre todo porque yo no era árabe. Y luego un día oí a alguien, ya no recuerdo a quién, la madre de una amiga tal vez, exclamar «¡No soporto a los pies negros, son unos bocazas, racistas y sensibleros!». Pasé noches llorando de vergüenza bajo la almohada.

Hemos facturado el equipaje, pasado el control de seguridad, para acceder a una sala de embarque muy pequeña, toda acristalada, donde reina prácticamente la misma anarquía que al otro lado, con casi tantos paquetes y bolsas de Tati[6] que parecen cualquier cosa menos el equipaje de mano habitualmente autorizado en cabina. Hace un tiempo claro y tibio esta mañana en París, puede verse en la pista el gran avión que será el nuestro, con el logo de la compañía en colores rojos, las maletas tiradas en la bodega. Nuestro vuelo de momento está previsto a su hora, cosa que contradice las espontáneas maledicencias que he recogido estos últimos días de algunas personas a quienes anuncié mi viaje, «ánimo, ármate de paciencia, ya verás que siempre llevan horas de retraso», y de las que preferí no informar a mi padre.

Desde que nos encontramos, me sigue y reproduce exactamente mis gestos, como si hubiera perdido toda autonomía, frágil, con estos últimos tiempos ese leve temblor de las manos. No es nuevo, no tiene nada que ver con Argelia, esta estancia impuesta y la imposibilidad de retroceder ahora, pero me impresiona de pronto, como si lo descubriese, darme cuenta de cuánto envejece mi padre y de que, cuanto más envejece, más parece querer esconderse.

En realidad, hace tiempo que se esconde, es él quien inició el proceso de borrado cuando su curso escolar se vio brutalmente interrumpido en el mes de enero de 1961, cuando aterrizó aturdido en el patio del instituto Carnot de Dijon y sintió por primera vez desde lo alto de sus dieciséis años y medio el auténtico frío de la nieve, la ausencia de luz, la mirada de los otros sobre todo negra de juicio, de insultos farfullados, «asqueroso colono esclavista vete por donde has venido».

Entonces encogió los hombros, se escondió en la sombra, se hizo lo más discreto posible y esperó a que todo pasara. Callado, solitario. Y, aparentemente, todo pasó.

Ahora está la angustia evidente de la decepción, pero también un asunto que nos preocupa a los dos sin que nos atrevamos a reconocerlo, el de saber cómo van a acogernos allí, pues los amigos del embajador, no me engaño, no son exactamente representativos de la mayoría de los argelinos en su relación actual con los franceses, especialmente con los pies negros.

Como no existe turismo en Argelia y el terrorismo que amuralló el país durante la década negra solo acabó hace cinco años, los escasos extranjeros

que pasean desde entonces por las calles de Orán con una cámara de fotos no están allí por casualidad. Vienen necesariamente movidos por algo, de hecho no vienen, *vuelven*, son pies negros y se ve en seguida.

Suelen pasear en grupos, gente mayor, de pelo blanco y acento reconocible entre todos, caminan despacio esbozando grandes molinetes, se paran, se apostrofan, con una desmesura en el menor gesto. Sus cuerpos gritan a cada paso. Caminan pegados unos a otros, aglutinados, probablemente, por el miedo a su propia emoción. Pertenecen a asociaciones que han llevado a cabo todos los trámites para hacer posible, ahora que el país ha vuelto a abrirse un poco al mundo, ese viaje *de vuelta* y cultivan la pena, participan en conmemoraciones anuales ante la Virgen de Santa Cruz en Nimes, acuden a la peregrinación de Nuestra Señora de África en Carnoux-en-Provence, algunos aparecen de vez en cuando en documentales malos en la televisión, donde balbucean los mismos discursos lastimeros, de Gaulle los traicionó y el FLN fue mucho peor que el OAS,[7] y es espantoso, siempre me pone furiosa, pase lo que pase siempre parecen viejos imbéciles llorones, amargados, de los que se detectan en los mítines del Frente Nacional.

Su historia ya no conmueve a nadie. Su identidad se ha convertido en caricatura. No me reconozco en ellos.

Mis abuelos, mi padre aún menos, nunca formaron parte de ninguna agrupación, no frecuentaban el círculo de los antiguos de Orán ni ningún otro club de la misma índole, no estaban suscritos a revistas pies negros. No intentaron volver a ver, reencontrarse con la gente que conocieron allí. No es que hubieran pasado página ni renegado de su pasado. Sabían muy bien de dónde venían, lo asumían con mayor o menor discreción, pero eran también perfectamente conscientes de que la historia había acabado para ellos en esa parte del mundo, no se hacían ilusiones. No tenían sed de venganza. No iban a volver.

«¿Para ver lo que han hecho con ese país? Jamás en la vida».

No reclamaban nada, a nadie. Cada año, el 15 de agosto, bajábamos al sur, a la región de Montpellier, para una paella gigante, *el arroz* lo llamaban, nos reuníamos todos, los hermanos, las hermanas, los sobrinos, las sobrinas, los primos, los nietos. Y eso era todo. Argelia no salía de la familia.

Grupos, decía. Es menos habitual ver en las calles de Orán a un sexagenario

canoso con su hija de unos treinta años. Solos, sin signo distintivo. Esforzándose por seguir de incógnito.

Sin embargo, estoy segura de que no habremos recorrido cien metros por el centro y se sabrá de inmediato quiénes somos. Allí nos identificarán al momento.

Nos sentamos junto a una pareja de ancianos en chilaba, el hombre come pipas de girasol y escupe sin vergüenza las cáscaras en el suelo, la mujer lleva entre las manos un largo rosario que desgrana murmurando. No nos prestan la menor atención, no nos dirigen una sola mirada. Nadie de hecho parece vernos, eso me tranquiliza.

Me siento mejor desde que hemos pasado al otro lado, como si allí pudieran alcanzarme menos golpes, en esa sala de embarque que ya no es del todo Francia y todavía tampoco Argelia, como si tomase conscientemente una distancia saludable de mis emociones, mi pasión por P. y todos los actos inexplicables que he cometido en estos últimos años en que he empezado seriamente a descarrilar.

La sala de embarque es el lugar donde me siento menos ajena a mí misma, donde tengo la sensación de coincidir por fin con la que soy.

Intuyo que todo va a ir muy deprisa a partir de ahora y que pronto, en apenas unos años, no quedará nada de este viaje tan esperado, tan imaginado, así que hay que hacer fotos, la mayor cantidad posible, aunque no me guste mucho el desajuste que eso crea con el instante, la obligación de atrincherarse fuera del momento vivido tras un objetivo. Probablemente, de hecho, por esa razón a mi padre, al contrario, le encanta. Con todo, lo veo crispado, se esfuerza por sonreír pero acaba confesándome, de golpe, sin avisar, con una risa atragantada:

—Espero que no estemos haciendo una tontería.

—No, no creo.

Le respondo con el aplomo exagerado del que abusaba para dirigirme a mi abuela al final, cuando en la cama de hospital donde pasaría los últimos seis meses de su vida preguntaba regularmente si mi abuelo no estaba demasiado perdido sin ella.

«No sabe hacer nada solo, entiendes», peroraba en voz alta Antoinette Montoya, que era incapaz de susurrar porque estaba sorda de un oído desde la infancia.

Era algo irritante en ella, esa sordera que a veces nos preguntábamos si no acentuaba un poco cuando le convenía. Eso, y un montón más de manías exasperantes y entrañables, mezcla compleja de superstición y creencia, cuando tocaba madera por cualquier cosa, insistía en que le diéramos una moneda si le habíamos ofrecido un objeto punzante, esbozaba pequeñas señales de la cruz en la frente de las personas presentes o concluía el menor deseo con un «¡Si Dios quiere!» atronador, traducción literal del *Inch' Allah!* de los árabes.

También añadía «qué se le va a hacer» o «qué le vamos a hacer» cada dos por tres, y no era una pregunta, más bien una especie de fatalismo indiferente, declarativo, como quien suspira «en fin…» encogiendo los hombros antes de pasar a lo siguiente.

Podía mostrarse exasperante, obtusa y de mala fe, yo era la única que se enfrentaba a ella y la última vez que le hablé por teléfono antes de su caída, que resultó ser un ataque, la mandé a paseo. Después, durante los largos meses en que acudí regularmente a visitarla, no dejé de reprochármelo.

Era la época en que me encontraba con P. por todo París, desde el museo Rodin al cementerio de Montmartre pasando por el puente del Arzobispado, en que dibujábamos un mapa complejo y frágil de nuestros encuentros clandestinos entre un lugar y otro como una araña su tela. Cuanto más me debatía, más atrapada estaba.

Había empezado a sentirme culpable.

«Me preocupa tu abuelo, porque no te imaginas lo torpe que es, ¿crees de verdad que se las arregla?» preguntaba Antoinette Montoya, que ya no veía nada sin sus gafas, manchita marrón aplastada en el decorado uniformemente blanco, sábanas, almohadas, paredes, mesilla, estores, del hospital.

Y yo me esforzaba por hacerle creer que todo iba bien, mientras a unos centímetros mi abuelo silencioso, sentando en un ángulo de la habitación, puesto allí como un trasto olvidado durante horas, meneaba la cabeza con desesperación incrédula.

El avión es demasiado grande, la mitad de los asientos está desocupada.

De todas formas no hay asiento asignado en nuestra tarjeta de embarque, son las azafatas quienes instalan a los pasajeros en distintos sitios estratégicos para equilibrar el aparato.

Nos han puesto a un lado y he dejado la ventanilla a mi padre, a quien no le importaba especialmente y que se ha encerrado en sí mismo después de la

frasecita que soltó antes en la sala de embarque. En algo más de una hora cruzaremos el Mediterráneo, será magnífico y muy conmovedor ver aparecer la costa africana. El golfo de Orán, Mazalquivir, cuya sonoridad cantarina tanto me gustaba en boca de mi abuela, cuando evocaba ese lugar donde iban a la playa los domingos y que todavía me cuesta asociar a la destrucción de la flota francesa por la marina británica el 3 de julio de 1940. Durante años, de hecho, creí que no se trataba del mismo lugar.

Esta separación que se efectúa sistemáticamente entre la historia oficial y la de mi familia es característica de la relación compleja que mantengo con Argelia desde siempre. La fusión primero, el orgullo, la aceptación incondicional de la herencia durante aproximadamente los trece primeros años de mi vida, las incontables estancias en la casa de Dijon, el baúl de las fotos antiguas con bordes dentados, los fascinantes relatos de mi abuela, las reuniones familiares, la vista aérea de Misserghin colgada en la pared de la cocina.

Luego la ruptura, iniciada en el instituto a causa del programa de Historia, dedicado un curso a la descolonización de los territorios franceses en el norte de África.

Lo inverosímil en ello, la violenta conmoción, era que la Argelia que describía el profesor, ese sistema arcaico basado en la explotación del indígena por el hombre blanco, su sumisión a este último, las desigualdades, las humillaciones, la injusticia, pudiera ser la misma que la que me habían contado mil veces, la granja de Misserghin con sus obreros árabes, sus naranjos, la iglesia en primer plano donde una de las primas de mi padre había sido organista, las barbacoas dominicales bajo la parra, las excursiones a la playa, el fonógrafo donde se escuchaba a Luis Mariano.

De golpe las omisiones, las elipsis no obstante patentes en las conversaciones familiares, me parecieron ser algo más que la voluntad de quedarse solo con los buenos recuerdos. También había la intención de borrar los malos, entre ellos el de haber sido tiranos durante tres generaciones y no haber tenido la lucidez de darse cuenta de ello. O la franqueza de admitirlo. Nunca lo habían admitido.

De esa incomprensión nació la guerra, palabra que nunca escuché en mi casa más que para evocar la de 1939-1945 que llevó a mi abuelo paterno, originario del Alto Marne, joven desmovilizado tras la derrota de junio de 1940, a bajar a zona libre y embarcarse, medio por casualidad, en un barco con destino a Orán, donde se encontró asignado a la base militar de La

Sénia. Allí conoció a Antoine Montoya, uno de los hermanos de mi abuela.

La guerra fue la que permitió a mis abuelos conocerse el día de Navidad de 1940 en la granja de Misserghin, y la que había llevado a los americanos a desembarcar en noviembre de 1942 en el norte de África con su *corned beef* y sus curiosas costumbres. No había habido ninguna otra guerra.

6 Clásicas bolsas de cuadros plastificadas de unos grandes almacenes parisinos, generalmente situados en barrios populares.

7 FLN: Frente de Liberación Nacional. OAS: Organización del Ejército Secreto.

Durante el vuelo, leemos una guía de viaje que encontré en una tienda especializada en París y compré al mismo tiempo que un mapa del Estado Mayor de Argelia.

—He pensado que podíamos quedarnos en Orán hoy y mañana y tratar de ir a Misserghin el tercer día, no sé qué te parece. Esta tarde, de todas formas, entre que llegamos y nos registramos en el hotel, ya será tarde y no podremos hacer gran cosa aparte de un paseo de reconocimiento por el centro. Ya ves, por lo visto todos los nombres de las calles han cambiado, las tiendas también, es normal después de cuarenta y pico años…

Intento no agobiar a mi padre, que menea la cabeza con obediencia. Estoy a punto de abrazarlo, a mi padre, tan esbelto en sus fotos de juventud y a quien el tiempo ha rellenado copiosamente, pero no tenemos costumbre de estar los dos solos, hace tiempo que perdimos todo contacto físico entre nosotros. Desde hace años ya no nos tocamos salvo para saludarnos con un beso en la mejilla.

Sin embargo los hombres de la familia de mi padre eran expansivos. Se agarraban del brazo, se abrazaban, se besaban ruidosamente, a la mediterránea. Los viejos. Pero están muertos, y la siguiente generación, con mi padre al frente, ha establecido una distancia de seguridad entre los cuerpos.

Esa distancia yo la he asimilado sin darme cuenta, y es la que franqueó P. la noche que me cogió la mano delante de todo el mundo, cuando yo estaba casada y convencida de ser feliz.

Ha aparecido una pantalla en distintos lugares de la cabina, ofrece las informaciones habituales, altitud, velocidad, posición del avión en ruta hacia España, pero también la dirección a La Meca. Nos sorprende, nos

divierte incluso un poco, hasta el momento en que todos los pasajeros se levantan y se arrodillan en los pasillos para rezar de cara a la pantalla.

Mi padre y yo somos los únicos que nos quedamos sentados.

Volvemos a sumirnos en la lectura de la guía sin hacer el menor comentario, fingimos estar concentrados en la lista de lugares de interés de la ciudad, paseo marítimo (o bulevar del ALN), Instituto Pasteur, Teatro Verde, plaza del 1 de Noviembre (antigua plaza de Armas o Foch), y sentimos por primera vez la experiencia de la minoría.

Extrañamente, cuando evocaba la casa que había dejado allá, mi abuela, Antoinette Montoya, se refería menos al apartamento en el que había vivido quince años en Orán como inquilina, con su marido y su hijo, de enero de 1946 a enero de 1961, que a la pequeña granja de Misserghin, a dieciocho kilómetros al sudoeste de la ciudad, que su propio padre había construido antes de morir cuando ella tenía diez años y donde habían nacido diecisiete personas de la familia.

Y yo, cuando contemplaba la única foto de Misserghin que mis abuelos poseían, tomada desde el cielo, con la iglesia en primer plano y la pequeña granja al fondo entre los naranjos, no podía evitar querer meterme dentro, la leyenda, el misterio, para por fin poner colores y movimiento a esa pena congelada en blanco y negro.

No se trataba de ir a comprobar en qué medida las historias que me había contado mi abuela y a cuya sombra crecí habían sido deformadas, sublimadas, ni tampoco de saber si la granja aún existía o había sido totalmente destruida, no me hacía demasiadas ilusiones, tenía la convicción profunda de que esa no era la clave, de que sencillamente llegaría un momento de mi vida en que me vería obligada a ir a Argelia sin tratar de demostrar o reencontrar nada en concreto, sino simplemente para poder seguir avanzando.

Mi padre también había nacido en la granja, durante la Segunda Guerra Mundial, pero casi no vivió allí. En enero de 1946, cuando mi abuelo volvió a Misserghin a buscar a su mujer y a su hijo de dos años al que solo conocía en foto, foto recibida en Inglaterra, adonde había sido destinado su contingente a principios del año 1944, se instalaron los tres en el centro de Orán, en el barrio de Miramar, cerca del mercado Michelet, en la calle Condorcet que bajaba hacia el puerto.

Para mi abuela, que era extremadamente coqueta y había pasado los primeros treinta y siete años de su vida en el campo, entre su madre, a quien todo el mundo llamaba «la Yaya», y su hermana mayor, ambas viudas y siempre vestidas de negro, fue algo inesperado. Por la noche, en el paseo marítimo, cuando deambulaba agarrada del brazo de Paul hacia el Teatro Verde, con su trajecito de chaqueta, sus medias, su collar de perlas, su pelo negro impecablemente moldeado, Antoinette ya no era la benjamina solterona de la granja Montoya que bordaba tapetes y cultivaba crisantemos para Todos los Santos viendo escapársele los años, sino una oranesa, satisfecha y orgullosa, que a veces frecuentaba las salas de espectáculo, el cine e incluso, en ciertas ocasiones, las corridas de toros.

Sin embargo, años después, lo que siempre evocaba era la granja, mi abuela, donde volvían los domingos para comer en familia, reunidos en torno a la Yaya, con los hermanos, las cuñadas, las sobrinas y sobrinos, al principio iban en autocar —esos autocares que hacían esporádicamente el trayecto entre Orán y Tlemcen—, después en coche cuando Paul compró su primer Citroën DS en los años cincuenta. La granja, donde pasaban las fiestas e iban a ayudar en noviembre para recolectar las naranjas, con sus dos albercas donde a los niños les gustaba bañarse por la tarde.

Hasta el punto en que yo, de pequeña, creía que vivían allí todos juntos, en Misserghin, cuyo propio nombre, que aprendí pronto, en cuanto hubo que responder a la pregunta «lugar de nacimiento del padre», siempre tuvo para mí una poderosa facultad de evocación. Solo mucho más tarde supe estupefacta de la existencia del apartamento de Orán, con la única prueba de la instantánea de un balcón minúsculo que mostraba a mi abuela con su pelo negro ondulado y mi padre longilíneo apretados uno contra la otra para caber en ese espacio diminuto.

Parecía hacer calor. Sonreían al objetivo.

En ese apartamento, mi padre tuvo su cuarto de niño y de adolescente, allí fue donde mis abuelos conocieron sus primeros años de matrimonio antes de la marcha. Pero Antoinette lo pasaba por alto y no dejaba de volver a Misserghin.

Del mismo modo, mi padre, lo poco que hablaba era también para describir la granja, el edificio principal construido hacia 1880 por el primer Montoya en las tres hectáreas para desbrozar que le habían atribuido cuando llegó de Andalucía con otros miserables españoles, y la extensión añadida en los años cincuenta por Louis, uno de los hermanos de mi abuela, para instalarse allí

con mujer e hijos.

Y como a veces no lo lograba, como las palabras le parecían no alcanzar el recuerdo, un día mi padre prefirió dibujar.

Hizo tres dibujos. Tres esquemas catastrales que muestran el emplazamiento de la granja con respecto a la iglesia, al barranco de la Virgen, al conducto de agua cubierto procedente del pueblo y a los cipreses de alrededor, así como la configuración del jardín con el retrete, el gallinero, la alberca grande y la pequeña. Y un plano detallado de la casa, norte, sur.

Se aplicó, esforzándose por reproducir las dimensiones a escala correcta, las puertas, las estancias una a una, dentro de las cuales escribió con su hermosa caligrafía sin vacilación: Porche. Emparrado. Cocina. Comedor. Cuarto Yaya. Cuarto. Comedor Louis. Cuarto Louis. Cocina Louis. Baño. Patio. Cobertizo y Cobertizo enrejado. Establo. Cuarto obrero. Cuarto. «Taller». Porquerizas.

A menudo examiné los bocetos de mi padre, impresionada por la precisión visual de su memoria que le había permitido, cuarenta y pico años después de haber dejado aquel lugar que para él no era el de lo cotidiano, sino solo el de los domingos, días festivos y vacaciones, reconstruir minuciosamente, de corrido, su configuración. Los comparé con la fotografía aérea de Misserghin que recuperé de la cocina de mis abuelos en Dijon tras su muerte y que puse en mi escritorio para tratar de orientarme, de encontrar correspondencias entre la imagen y el recuerdo, ambos detenidos en el tiempo.

En los dibujos, la granja parece inmensa. En la foto, pequeñita. Siempre tuve la sensación perturbadora de que no se trataba del mismo lugar.

Pero el brillo aparecido en los ojos de mi padre cuando esbozó los planos no se me había escapado, era lo bastante inusual en él para que me llamase la atención, idéntico al de mi abuela cuando contaba por enésima vez historias de serpientes matadas con carabina, relatos llenos de luz y azafrán, de las grandes comidas dominicales. La granja, con todo, debía de ser impresionante.

Ha cerrado la guía y apoya la cabeza junto a la ventanilla. Si un día hiciera una película, es una imagen que me gustaría captar, ese entredós, el perfil de un hombre con los ojos en pleno cielo, a medias en la sombra, que contrasta con el óvalo azul del vacío en el cual pueden verse rastros antiguos de suciedad, de lluvia.

Mi padre no tiene ganas de leer o bien no logra concentrarse. Hojear la

guía sobre Argelia es como una confesión de ignorancia, como reconocer que uno no sabe nada del lugar al que va, o que se lo toma a la ligera, como si fuera de fin de semana a Praga y seleccionase a última hora, justo antes de aterrizar, algunos datos sobre el puente de Carlos.

¿Y si todo sale mal? ¿Si Orán ha cambiado tanto que mi padre no reconoce nada, no experimenta más que un sentimiento de desolación irremediable, si no queda de la granja más que un montón de ruinas?

Podría haber pedido al amigo del embajador que mandase a alguien a comprobar, a despejarnos el terreno, no calibré los riesgos, solo pensé en mí porque tengo la esperanza de que este viaje a Argelia pueda ser una revelación y me permita comprender mejor mi vida, mis elecciones, saber qué debo hacer ahora y, en el peor de los casos, reconciliarme con mis orígenes. No temo a la conmoción. Tal vez incluso la desee.

La noche que acepté tomar algo con P. le conté toda la historia de mi familia paterna. Me había invitado a una copa en el bar de un hotel del distrito VI al principio de la noche, no había ocultado sus intenciones, era un seductor, yo le gustaba. Mi marido y mi hijo de dos años me esperaban en el apartamento, pretexté una obligación profesional, nunca había mentido hasta entonces.

Mi abuela había empezado a morir y yo multiplicaba lo más posible las idas y venidas al hospital de Dijon. Entre cada una de mis visitas su estado se degradaba y yo no podía fingir ignorarlo, debía rendirme a la evidencia, ya no volvería a verla, la pequeña figura rechoncha a la que tanto quería, trotando con su falda plisada y vertiendo un vaso de agua tras mis pasos cuando me iba, «el agua se la lleva, el agua la traerá», ya no oiría más su voz cantarina al teléfono preguntarme sistemáticamente qué tiempo teníamos en París y empalmar con un inevitable estribillo sobre el clima. Por ese motivo tal vez la convoqué a nuestra mesa aquella noche, la enarbolé como un escudo entre mi cuerpo y el del hombre que no era mi marido, a Antoinette Montoya. Dije que machacaba como un disco rayado con Argelia mientras mi padre guardaba silencio. Evoqué Misserghin, la granja, las tradiciones en las que me educaron, el anisete puro del 31 de diciembre a medianoche, las lentejas el 1 de enero, la mona de Pascua, insistí en el hecho de que la mayoría de los franceses de Argelia eran pobres, mucho más pobres que los metropolitanos, los míos no eran una excepción, eran lo que se llama *pequeños* colonos, vivían parcamente y cultivaban naranjas para su consumo personal, había que tener cuidado de no mezclar, no confundir a los grandes

propietarios con el pueblo modesto de los pies negros. No dejaba de hablar, debía de pensar que eso me protegía, que desplegando mis raíces norteafricanas de ese modo alzaba una barrera entre P. y yo. Era especialmente extraño porque entonces me parecía haber renegado de ellas.

Conté el encuentro de mis abuelos en 1940. Callé el racismo, evité abordar la guerra de Argelia.

En cierto momento P. me tomó la mano, pero la retiré y la conversación derivó hacia Moravia, tres de cuyos libros P. me había traído. Cuando me di cuenta de que había vuelto a cogerme la mano, quise volver a mi casa. Entonces P. intentó besarme. Y comprendí que mi felicidad no era más que una mentira.

Cuando hablaban de ese periodo, los viejos en mi familia decían los *acontecimientos*. Era la única palabra que empleaban, de mala gana, y siguieron usándola incluso cuando la república francesa, que durante mucho tiempo había dicho lo mismo, acabó admitiendo otro término oficial. Nunca se trató en su boca de conflicto, de enfrentamiento, de combate por la Independencia, como he leído hace un rato por encima del hombro de mi padre en los datos cronológicos de la guía. Pero no hablaban a menudo de ello.

O, si no, para quejarse de que en la tele decían disparates, no había sucedido así, todo estaba deformado, reescrito por gente que no lo había vivido, sentada en sus despachos parisinos. ¿Qué guerra? Ellos estaban allí y no habían visto nada. Recuerdo perfectamente haber oído a una prima de mi padre afirmar «Eran solo actos aislados en las montañas. Actos de delincuentes».

De hecho, si se habían ido de Argelia en 1961, aseguraban mis abuelos, era porque a Paul le habían propuesto un trabajo interesante en París, no había ningún otro motivo, estaban bien allí, vivían felices. Se había exagerado todo, se le había dado demasiada importancia a causa de un puñado de maniáticos, pero ellos, que conocían mejor que nadie la realidad de aquel país, ellos, a quienes no iban a dar lecciones sobre el tema, habían conocido a un montón de árabes que estaban de su parte, que habrían querido que se quedaran.

Era lo que decían.

Yo los escuchaba.

Durante mucho tiempo no tuve los elementos necesarios para objetar nada ni tan siquiera emitir la menor duda, y cuando los tuve, me seguí callando. Sabía perfectamente sin embargo que mentían, los viejos de mi familia, con su insistencia desesperada y sus ojos tristes, de forma más o menos consciente, porque habían acabado siendo los primeros en creer a pies juntillas su versión de la historia, mentían porque era inconcebible que nadie hubiera visto nada, violencias, atentados, muertos, por no hablar del ascenso del odio, del miedo, todo lo que se produjo durante aquellos ocho años, en Argelia y en la metrópolis, en Orán incluso, donde hubo masacres como en todas partes, no estaban aislados del mundo hasta ese extremo. Si me apuran los que vivían en el pueblo, más atentos al cultivo de sus cítricos que a cómo iba el mundo, pero mis abuelos, en el corazón de Orán, de donde los europeos empezaron a marcharse en 1954, ¿cómo podían afirmar que no había pasado nada?

Un día supe que habían matado a alguien de mi familia en las Altas Mesetas durante los acontecimientos. Un viejo que vivía en duras condiciones climáticas en medio de sus cabras y se había negado a seguir a su mujer y a sus hijos, que habían ido a refugiarse en la costa. Uno de sus empleados lo había degollado. Ya ni recuerdo cómo lo supe, sin duda al final de una comida, cuando empezaban todos a gritar, a cual más alto, y ya no nos hacían caso a los niños, que nos bebíamos los restos de los vasos a escondidas, o quizá en una boda que había reunido excepcionalmente a todas esas ramas que ya no se frecuentaban.

En cierto momento comprendí también que la Yaya, al final, ya no vivía en la granja. Estaba demasiado aislada, demasiado apartada de Misserghin. Los niños se habían casado, la pareja de ancianos árabes que vivía con ella se había marchado, estaba sola. Una de sus nietas, que se había instalado con su marido en el Pueblo Nuevo, la había obligado a ir a vivir con ellos. La Yaya no quería, había replicado que tenía un fusil, sabía defenderse. No le habían dejado elección. La granja se había vuelto demasiado peligrosa. Aunque, naturalmente, no pasaba nada.

—Mira, ya está, es la costa. Es Argelia.

Mi padre se revuelve en el asiento. Coge la antigua cámara de fotos analógica, la saca de su funda, quita la tapa con sus manos temblorosas y empieza a ametrallar todo lo que puede por la ventanilla evitando el extremo del ala detrás la cual estamos sentados.

Hemos dejado la orilla europea hace poco. El estrecho es muy pequeño

visto desde el avión. África está ahí, con su tierra amarilla y vacía.

Casi no puedo creer que hayamos llegado, que la pista en la que se ha posado nuestro avión sea la del aeropuerto de Orán Es Sénia, en mi casa decíamos *La Sénia*, y a menudo he oído mencionar este lugar a causa de la base aérea que allí se encontraba y donde mi tío abuelo Antoine era aviador. Fue él quien presentó a Paul y Antoinette el 25 de diciembre de 1940 porque los oficiales habían pedido a los militares nativos de la región que invitasen con su familia a soldados metropolitanos para que no pasaran solos la Navidad. Él fue también quien tomó la famosa foto de la vista aérea de la granja, con la iglesia en primer plano, el día de 1962 en que salió de Argelia para siempre. Antoine es el único de los míos que se marchó en avión.

Hemos bajado por la escalerilla y mi padre, en vez de seguir a los demás pasajeros hacia la terminal para los trámites de aduana, se detiene y escruta el paisaje. Desde el avión hemos visto la ciudad y, justo después, algunos pueblos blancos perdidos en una inmensidad seca y plana, dividida en cuadrados, matas dispersas de verde aquí y allá. Es sin duda eso lo que llaman la Gran Sebkha.

La pista da la sensación de estar plantada en medio de una especie de garriga, sin ninguna construcción alrededor, y ese vapor ocre muy particular que flota en el horizonte como una emanación gaseosa del suelo desenfoca la imagen y blanquea el cielo.

—Allí está el mar —dice mi padre, que tiende el brazo con determinación hacia un punto preciso—. Y la montaña a la izquierda, la llaman la montaña de los Leones a causa de su forma de fiera dormida, mira, ¿ves la cabeza, el cuello y el cuerpo? Si entornas los ojos llegas incluso a distinguir la melena…

—¿Igual deberíamos ir yendo? Somos los últimos…

—Hay quien dice que hubo leones en la región hasta el siglo XIX —prosigue mi padre ajustando su cámara de fotos—, son el símbolo de la ciudad, en el escudo, en la plaza del ayuntamiento los verás por todas partes. De hecho, Wahrān quiere decir *dos leones*. Orán está ahí, al pie de la montaña, enfrente, ahí, está Orán.

Miro la hondonada a lo lejos, como si contuviera una ciudad imaginaria, susceptible de aparecer cuando se invoca con los deseos, y es esa hondonada donde yo solo distingo arbustos dispersos, un suelo rojo, un cielo pálido del calor de mediodía, lo que mi padre fotografía. ¿Estamos inventándonoslo todo?

Cuando P. intentó besarme aparté la cabeza. Me metí en un taxi y hui sin mirar atrás, pero sabía que él estaba quieto en la acera, con la mirada fija en mi dirección, las dos manos metidas en los bolsillos de su abrigo gris o, si no, una de ellas rozando sus labios, un gesto que hace a menudo, como todos los sensuales. Me esperaba. Nunca se lo pedí, pero debía de estar convencido de que antes o después yo cedería y acabaríamos acostándonos. Era lo que él quería y habría podido ser eso, una aventura anodina de unas cuantas semanas, el soltero impenitente, la esposa desalentada, estaban todos los ingredientes, la ausencia de escrúpulos en él, el tedio en mí, pero empezamos a escribirnos y lo que había permitido a nuestros cuerpos mantenerse alejados durante un tiempo incrementó simultáneamente nuestro deseo.

Era fantasía, carencia. Se convirtió en dolor, en hambre, una obsesión que sin cesar amenazaba con explotarnos en la cara. Todas nuestras pasiones son sin duda reconstrucciones.

Y donde yo no veo nada, mi padre reconoce la ciudad de su infancia.

En principio nuestro chófer nos espera tras los puestos de control, tendrá probablemente un cartel con nuestro nombre aunque sea perfectamente inútil, no resulta difícil identificarnos, no hay forma de que el tipo pueda equivocarse.

Llevo a mi padre fuera de la pista. No tengo la menor idea, la menor descripción del hombre que viene a buscarnos y de quien, a partir de ahora,

dependemos exclusivamente. Lo que es seguro es que no se separará de nosotros ni en el más mínimo desplazamiento y eso durante toda nuestra estancia, la cual por tanto es capaz de hacernos agradable o arruinar completamente y cuyas primeras impresiones van a depender inevitablemente de él.
Hay que esperar mucho tiempo antes de pasar ante la policía y mostrar nuestra documentación, las dos filas no avanzan rápido y hay casi la misma indisciplina que en la salida, pero ya estamos menos sorprendidos y esperamos detrás de todos los argelinos de nuestro vuelo que vuelven a casa. En el avión nos tocó, especialmente a nosotros dos, rellenar un formulario que nos solicitaba precisar, entre otras cosas, nuestra dirección local de residencia, la duración y la naturaleza de nuestro viaje, al que respondimos escrupulosamente inscribiendo en mayúsculas el nombre de nuestro hotel en Orán, tres días y turismo. *A priori* no tenemos nada que esconder.

La cinta transportadora con las maletas está del otro lado, recuperaré mi maleta una vez nos hayan concedido oficialmente el derecho de entrar y permanecer en el territorio, por otra parte el aeropuerto es bastante pequeño, provinciano, es lo primero que llama la atención cuando se llega de París, y hay muchos hombres de uniforme. No he traído gran cosa, ropa todoterreno y ligera, me he informado, sigue haciendo calor a mediados de septiembre en Orán, un calor suave y agradable, un calor dulce de finales de verano.

Llevo sobre todo copias de fotos de la época argelina de mi familia. Por supuesto la aérea e ineludible de Misserghin en blanco y negro, pero también otras que recuperé hace poco y nunca había visto antes, descubiertas en el transcurso de los dos últimos años, cuando hubo que vaciar la casa de Dijon y tirar trastos, abrir cajones viejos y baúles polvorientos en el altillo.

En cuanto este viaje estuvo confirmado, pensé en lo que habría que llevar, en la estremecedora hipótesis de que encontrásemos la granja y conociésemos a sus nuevos ocupantes. Bajo ningún concepto quería llegar con las manos vacías, íbamos en son de paz, pero tampoco se trataba de presentarse con regalos impersonales y sin alma, apaños de última hora comprados a toda prisa en las tiendas *duty free* del aeropuerto. Vacilé durante largo tiempo. No era fácil. Desconozco todo de la gente, si la hay, que vive actualmente en la granja de los Montoya, de su estado de ánimo cuando vean presentarse a los descendientes de los antiguos propietarios

obligados a salir corriendo abandonándolo todo tras ellos.

Finalmente pensé en las fotos antiguas. Hice copias de calidad, casi como las originales. Eso les regalaría, estaba feliz con el proyecto, los nuevos habitantes sin duda se alegrarían de poseer un rastro de lo que había sido aquel lugar antes de ellos, en la época de los franceses. Y era para mí una forma simbólica de llevar a mis mayores de vuelta a casa.

Después, pasaron los días y cuanto más se acercaba la fecha de la salida, más me pregunté si sería una buena idea.

Paso a paso avanzamos hacia la cabina acristalada donde un policía con bigote todo vestido de verde escruta fríamente a los recién llegados. De reojo, observo a mi padre con la cámara de fotos en bandolera apoyada en su gran panza, el cordel de las gafas que cuelga por sus mejillas, y lo encuentro extrañamente más sereno que en Orly.

Tiende su pasaporte con firmeza a través de la pequeña abertura y permanece erguido, esperando con confianza el veredicto del policía que, tras examinarlos, le devuelve sus papeles y dice con una sonrisa fugaz:

—Bienvenido a casa, señor.

Las fotos que están en mi maleta son muy pequeñas, muy antiguas, mi padre no ha sido capaz de situarlas con precisión, dice que datan probablemente de antes de la guerra y por tanto hay que entender de antes de 1939.

Están estropeadas, sucias, algo apagadas, color sepia, casi no aparece nada del entorno más que las personas que posan en primer plano, sin sonreír, ceño fruncido, desconfiadas e incómodas frente al objetivo. En algunas se ve a la Yaya, a quien no conocí porque murió tres años antes de que yo naciera, en Dijon, donde se había reunido con mis abuelos, y que en la escasas instantáneas en que aparece siempre tiene un aspecto severo y ceñudo, con un vestido negro y un pañuelo atado a la cabeza, negro también, cuando en realidad era muy dulce según mi padre. Está de pie ante un muro de piedra enlucido, rodeada por la pareja de ancianos árabes que vivía con ella.

—Eso es en la granja —afirma mi padre con seguridad—. La mujer se llamaba Dihya. El hombre, ya no me acuerdo.

Y hay una foto de mi abuela.

El original lo tenía mi abuelo, lo había sacado de su cartera donde cabía sin necesidad de doblarlo, estábamos los dos sentados en el saloncito de la casa de Dijon, él en su butaca habitual, su lugar designado frente a la enorme tele que chillaba porque él también se había quedado medio sordo con el tiempo, donde acababa invariablemente por dormirse al cabo de unos minutos, fuera cual fuera el programa que estuvieran emitiendo. En seguida lo veías cabecear, cerrar los ojos y empezar a roncar meneando la cabeza, algo que nos divertía mucho a mi hermano y a mí cuando éramos niños.

Pero entonces no dormía y la tele estaba apagada. Era unos meses después de la muerte de mi abuela. Desde que se había *marchado*, como él

decía, empleando a su vez el arte del eufemismo, Paul había decaído mucho. Mis padres estaban preocupados, solo en la casa de Dijon, diciendo cosas cada vez más incoherentes por teléfono, paranoicas, cuando por fin se decidía a contestar tras decenas de llamadas sin repuesta. A veces se mostraba agresivo, a veces estallaba en llanto. Había dejado de cuidar el jardín, de ocuparse de los conejos, de ir a comprar el pan y el periódico por la mañana, de permitir que lo regañasen todo el tiempo por nada en particular, de buscarse él mismo motivos ridículos de contrariedad y refunfuñar por gusto, de escuchar RTL a todo volumen y anotar el importe de *La Valise*[8], de jugar al Scrabble, de jugar a las cartas, de hacer crucigramas e incluso de ver la tele, ya no hacía nada, me pregunto qué comería. Tomaba muchas medicinas. Había dejado de moverse en el espacio, ya solo viajaba en el tiempo, un tiempo definitivamente pasado.

Sentí que no había un segundo que perder y fui a pasar unos días con él a Dijon. Hice preguntas, tomé notas, grabé nuestras conversaciones con un dictáfono, cotejé datos, me adapté a su ritmo, que no era en absoluto el mismo que el de mi tío abuelo Antoine, el hermano de mi madre, con quien yo había estado pasando unos días anteriormente y que me había hablado del tirón durante horas, con su voz ronca de erres vibrantes y que acentuaba con fuerza el final de las frases de forma ascendente, como su hermana.

Mi abuelo tenía otro temperamento. Mi abuela tomaba las decisiones y dirigía la conversación, él nunca fue muy hablador, acostumbrado como siempre a que lo regañase en cuanto intentaba meter baza.

«Calla, hablas muy alto», lo cortaba Antoinette con el mismo descaro que cuando, en una cola, llamaba vieja en voz alta a una mujer unos veinte años menor que ella.

No le dije que había dejado a mi marido después de solo cuatro años de vida conyugal, cuando mi niño tenía apenas dos años. No lo habría entendido y murió sin saberlo. El vestido blanco, la cola, las flores en el pelo, los guantes largos color crema, el cóctel y todo el banquete, mi abuela y él estuvieron allí, nos tiraron arroz a la salida de la iglesia, bebieron champán, ciento cincuenta invitados, discurso y pastel de bodas, barridos a la primera sacudida.

No pude decirle que no tuve elección. Yo misma no estaba segura de entenderlo.

«¿Cómo era la abuela cuando la conociste en Argelia? ¿Te acuerdas de cómo era la primera vez que la viste allí?».

La historia de su encuentro, el día de Navidad de 1940, la he oído contar innumerables veces y en boca de todos. Obviamente, lo que me interesaba era la versión de mi abuelo, lo que quedaba en su memoria y la forma en que aún lo alimentaba sesenta años después del acontecimiento. Pero lo que me intrigaba ante todo era ver otra imagen de mi abuela, que ya tenía sesenta y tres años cuando yo nací y a quien siempre conocí, desde que tengo memoria, con su pelo teñido, sus gafas de leer, sus blusas estampadas, sus faldas plisadas y sus medias color carne. Una imagen, precisamente, que no fuera la de una abuela.

Había encontrado dos fotos de ella en Argelia: la primera, muy distinguida en las aceras bicolores de Orán, falda hasta la rodilla, pelo ondulado, con mi padre, que debe de tener unos cuatro años, en pantalón corto a su lado y con el pelo todavía claro; la segunda, más relajada, en color, a la mesa durante una comida familiar en la granja, bajo el porche.

Pero extrañamente en esas dos fotos Antoinette ya se parecía a la mujer mayor en que se convertiría y que era mi abuela, con esa mandíbula cuadrada, poco elegante, esos hombros anchos y esa expresión arisca que no daba precisamente ganas de abordarla. No era lo que comúnmente se llama una mujer guapa. Tenía personalidad, se veía, y a menudo debía de dar miedo. Yo no sabía nada de la niña que fue, que perdió a su padre a la edad de diez años y vivió muchos nacimientos y muertes en la granja de Misserghin, ni siquiera de la muchacha solitaria con notas brillantes en el certificado de estudios que se resignaba dulcemente a quedarse solterona.

Mi abuelo sacó su cartera. La abrió con lentitud frágil y sacó de entre dos bolsillos una pequeña foto cuadrada que me tendió suspirando.

Es una morena de sonrisa espléndida, con un sombrero blanco de ala ancha, inclinado a la derecha, que descubre su melena corta. Lleva un pantalón negro amplio, sandalias blancas y una blusa igualmente blanca, de manga corta, con el cuello abotonado hasta arriba y una chalina del mismo tono, muy a la moda, muy francesa. La foto está estropeada y es difícil discernir todos los detalles, pero el conjunto es de una elegancia prolija.

La mujer está sentada en actitud indolente sobre lo que parece ser un murete de piedra, con las piernas cruzadas, el codo derecho apoyado en el muslo izquierdo y la mano izquierda acariciando a un perro, estilo caniche, echado a su lado. Parece hacer mucho calor, se siente en la actitud del

perro, en la sombra dibujada en una parte del cuerpo de la mujer a causa de su amplio sombrero, se distingue al fondo una cerca de madera y un campo aplastado por el sol con un gran árbol muy frondoso, tal vez un naranjo. La mujer mira a la cámara con seguridad, casi con deseo goloso. Posa y parece que le gusta hacerlo. Sonríe de oreja a oreja. La mala calidad de la fotografía no permite analizar su mirada y sus rasgos están algo borrosos, pero son innegablemente morenos y con clase.

Esa mujer aún no era mi abuela, era Antoinette Montoya, esa era su única identidad y mi abuelo me aseguró que la foto había sido tomada en el bordillo de la alberca grande, en la granja, en 1942. «Ese perrito siempre iba con ella, nunca la dejaba, lo adoraba, no recuerdo cómo se llamaba».

Nunca había visto a mi abuela con un animal doméstico, de hecho siempre creí que no le gustaban mucho. Tampoco la había visto nunca en pantalón. En 1942 tiene treinta y dos años. Conoció a Paul dos años antes. Tal vez sea él quien toma la foto, en todo caso, la foto es para él y Antoinette lo sabe.

Yo soy mayor que mi abuela en esa foto.

«Así era cuando la conocí», dijo mi abuelo. «Era guapa mi mujer, ya lo ves».

Ella tenía nueve años más que él.

P. tiene quince años más que yo.

8 Concurso radiofónico de la emisora RTL en el cual se presentaba una maleta y se premiaba a un oyente, seleccionado al azar en la guía telefónica, que recordase el importe exacto de su contenido.

Un hombre alto, flaco y sonriente se dirige hacia nosotros sin vacilar. Pelo muy negro, despeinado, gafas de sol en lo alto de la cabeza, orejas salientes, tez un poco roja y aspecto francamente risueño, lleva un vaquero gastado y una camisa de cuadros azules y blancos con el cuello abierto.

—Buenos días, señor, señorita. Me llamo Amine, a su servicio. Bienvenidos a Argelia. ¿Han tenido un buen viaje? Déjeme llevarle el bolso, señorita, insisto. Si hacen el favor de seguirme, tengo el coche aquí mismo.

Amine nació en Orán, donde siempre ha vivido. Está divorciado y vive en casa de sus padres con su hijo de ocho años, porque la vida es dura y no hay trabajo. Hace un poco de chófer para el amigo del embajador y para otros de la misma red, «amigos de Butef», como nos cuenta en cuanto subimos al coche sin que siquiera le preguntemos, con buen humor y complicidad inmediata, y me lleva unos minutos darme cuenta de que es el presidente de la república argelina a quien da ese nombre.

Tenemos cosas en común con Amine, yo también estoy divorciada ahora y a veces pienso, en ciertos niveles de soledad, que es el error más grande de mi vida, a veces no. Pero no digo nada. Creo que haría sentir mal a mi padre.

El coche es un cómodo 4x4 donde mi padre se sienta delante mientras yo me siento atrás, encantada de que las cosas arranquen con tanta sencillez, bajo la égida de un chico sin complejos. Amine debe de tener más o menos mi edad, lo que significa que nació después de la Independencia y no conoció ni la Argelia francesa ni *la guerra de Liberación*, puesto que así se llama de este lado del Mediterráneo, todo eso es agua pasada y no es que sea el centro de sus preocupaciones, como en seguida nos damos cuenta. La verdad es que le gusta mucho salir de fiesta, Orán es ideal e incluso está pensada para eso, es la capital del *raï* y tiene la reputación de ser la ciudad más liberal del país, en ella se toleran comportamientos mal vistos en otras partes, por eso los

oraneses, exuberantes y atrevidos, tienen tan mala imagen en el exterior.

Amine prefiere incluso claramente salir de fiesta que trabajar, en seguida lo entendemos, de hecho ni siquiera lo oculta. La mezquita, los viernes, no puede faltar, es una cuestión de convenciones sociales, pero no hace más, es el único día que acude. La guantera está llena de cedés y de ambientadores Árbol Mágico antitabaco.

Que pertenezca a mi generación y no a la de mi padre podría resultar un inconveniente en nuestra búsqueda de los orígenes familiares, pero en este momento más bien tengo la intuición de que es una suerte que nos permitirá evitar cierta asfixia reaccionaria y llevar a cabo con mayor ligereza la transición necesaria hacia la Argelia de hoy.

Al cabo de unos minutos, mi padre y él hablan atropelladamente, los dos a la vez.

Vamos deprisa, miro el paisaje, las primeras casas, el extrarradio. El centro de Orán solo está a doce kilómetros del aeropuerto y la ciudad parece haberse extendido inmensamente hacia el sur, pero no retengo nada, como si un exceso de emociones e imágenes antiguas me impidiese acoger ninguna más.

Es Orán, ya hemos llegado, mi abuela sin duda habría desaprobado este viaje, que es un acto de desobediencia para con ella. Pero tal vez no, quizá se habría alegrado en el fondo. Venir aquí también es honrarla. Es ella quien me dio el deseo de este país, y su desgracia. Es a ella a quien veo por todas partes, y ahora que estoy aquí no pienso en P.

El sol aún pega fuerte y el cielo es mucho más azul de lo que parecía desde el aeropuerto, sobre los edificios blancos con los postigos cerrados llenos de antenas parabólicas y estriados de cables eléctricos.

—Mi padre ha trabajado toda su vida en *L'Écho d'Oran*, era periodista deportivo —dice Amine—. Conoció a Pierre Laffont[9] en aquella época. Me llevaba todo el tiempo cuando yo era pequeño. Si quieren, podemos pasar a verlo, aunque mi padre ya esté jubilado. De hecho mis padres estarían encantados de conocerlos, de invitarlos a tomar el té. ¿Los llevo al hotel?

Pero mi padre, que para mi gran sorpresa se pone a tutear a nuestro chófer, le toca el brazo.

—Espera. Coge la siguiente a la derecha. Y luego otra vez a la derecha en el segundo cruce.

Encantado, patentemente, por esta iniciativa inesperada, Amine obedece. Veo su sonrisa en el retrovisor. Tal vez temiera tener que andar cargando

durante tres días con un viejo nostálgico y su hija, una parisina, ricachones apadrinados por el hombre de negocios que ocasionalmente es su jefe y le ha pedido que se ocupe de nosotros, que viajamos sin trabas, cogemos el avión y conseguimos visados cuando nos da la gana mientras el argelino promedio necesita años de espera y burocracia para obtener la maldita autorización.

Es extraño.

Mi padre, tan reservado, a quien casi no conozco amigos, apenas vida social, colegas de trabajo solo porque no había otro remedio, algún partido de fútbol en el estadio del Aube, mi padre, que prefiere perderse y andar en círculos durante horas antes que pedir indicaciones a cualquier desconocido, que de forma general prefiere no pedir nada a nadie, mi padre, a quien imaginaba en las calles de Orán aún más abrumado por la timidez, resulta estar al contrario lleno de impulsos y más a gusto aquí que cuando tiene que charlar con un vecino con quien lleva cruzándose veinticinco años en la urbanización donde vive con mi madre y donde yo crecí muriéndome de ganas de estar en otra parte.

Indica a Amine los nombres de las calles, que por supuesto han cambiado, porque todo en Orán ha cambiado, todo lo que recordaba a la *noche colonial* ha sido borrado y remplazado, el nombre de las calles y los distritos, de las plazas, los mercados, los cafés, las tiendas, los cines han desaparecido y la catedral se ha transformado en biblioteca. Pero eso no parece preocupar a mi padre, ni tampoco el hecho que Amine no haya conocido aquella época. Dice:

—Ahí estaba el Lynx, ahí el Balzac, allí las Galeries de France…

Y lo más asombroso es que Amine también lo sabe, parece dominar perfectamente la antigua topografía de la ciudad, aprueba, completa los comentarios de mi padre y sobre todo utiliza, como él, los nombres antiguos.

—Sabe usted, todo el mundo sigue diciendo calle de Arzew, plaza Foch, bulevar Clemenceau, no se crea, no se cambian las costumbres así como así —me responde cuando me aventuro a comentárselo.

Lo habría entendido si tuviera la edad de mi padre. Imagino que a muchos oraneses que conocieron la presencia francesa les costaría, los primeros años, deshacerse de ciertos reflejos y que necesitaron aprender a moverse de nuevo por una ciudad enteramente rebautizada, la mitad de cuyos habitantes se había esfumado. En menor medida es como los viejos en

Francia que no entendían los euros, ya de todas formas no habían entendido los nuevos francos y se empeñaban en convertir sistemáticamente todo a antiguos francos con un montón de ceros.

Pero nuestro chófer nació unos diez años después del fin de la guerra. Lo que significa que el uso ha vencido a la ley. Que la herencia francesa, lejos de haber sido enteramente renegada, pervive por transmisión oral de generación en generación. Y que es también, sin duda, una cuestión de identidad.

—Ve mas despacio ahora —pide mi padre a Amine—. A la izquierda estaba mi colegio. En la esquina, el heladero. Y la calle que baja, ves, es la calle Condorcet. Ahí es donde vivíamos.

No sé si se dirige a Amine o a mí.

9 Pierre Laffont (1913-1993), periodista y político francés, diputado de Orán, fue director del periódico *L'Écho d'Oran*. Célebre por sus entrevistas al general De Gaulle en 1959 y 1960, en el transcurso de una de las cuales este pronunció la famosa frase: «La Argelia de papá ha muerto y si no lo entendemos, moriremos con ella».

La calle Condorcet se llama ahora calle Nedjah-Mahyou, como indica una placa oxidada en francés y en árabe, encima de la antigua esmaltada, en flamantes letras blancas sobre fondo azul, que mi padre fotografía. Es curioso que se conserven las dos después de tantos años. Quien no conociera la historia contemporánea de Argelia tendría dificultad en decir cuál es más reciente, y se equivocaría seguro por lo estropeada que está la nueva, de hecho, si retrocedes ya no se llegan a distinguir los caracteres, mientras que se leen perfectamente los de abajo.

Amine encoge los hombros cuando se lo comento.

—Ya se lo he dicho, los nombres nuevos no los utiliza nadie. Lo que es peor: nadie los conoce.

Y le parece justificación suficiente para explicar que la placa de arriba esté en tan mal estado mientras que la de abajo reluce como el primer día.

La calle baja hacia el mar, que se adivina más que percibirse al fondo, es muy estrecha, con aceras minúsculas, casas ocre y blancas y edificios bajos unidos entre ellos por incontables cables eléctricos como lianas, balcones de forja en los que solo faltan las rejas en las ventanas para recordar a Andalucía. Tres niños pequeños con ropa deportiva deambulan por la acera. Tienen el pelo corto y negro, ojos vivaces y pinta de espabilados, piernas arqueadas, flacuchas, deben de vivir por aquí, mi padre probablemente se pareciese a ellos a la misma edad.

Tal vez jugase como ellos en esa acera exigua por la tarde después del colegio o los jueves,[10] con las tabas, con huesos de albaricoque, tal vez piense al contemplarlos que la historia que separa a los seres y engendra los exilios nunca deja, pese a todo, de repetirse. Y que nada se parece más a un niño pie negro de los años cincuenta que un niño argelino de los dos mil.

Amine ha aparcado el coche frente a un edificio blanco de tres pisos en la esquina de la calle Condorcet y otra en cuyo nombre no me he fijado. Debe de haber dos apartamentos por piso, cada estancia comprende un balcón minúsculo de forma extraña, triangular, los postigos están todos cerrados sin excepción a causa del sol que cae violentamente en la fachada.

—Mira —anuncia mi padre en tono falsamente trivial—, era ahí, en el tercero. El cuartito de la esquina, que daba a la otra calle, era mi habitación.

Estamos los tres en la acera de enfrente, a la sombra. Amine y yo hemos sacado las gafas de sol, mi padre, que nunca lleva, sigue con la riñonera puesta y la cámara de fotos colgada al hombro. La calle está vacía, solo un anciano cruza en cierto momento mirándose los zapatos, tal vez sea la hora de la siesta. En la planta baja del edificio, una inscripción metálica atestigua el emplazamiento de una peluquería, pero la persiana de hierro está bajada y es imposible saber si el local existe realmente o si solo la placa también se ha conservado por alguna razón, como ocurre con las calles.

A pocos metros, los niños han dejado de jugar y nos observan. Se han percatado de que no somos del barrio, o más exactamente de que nuestra presencia allí es insólita, no están acostumbrados a ver extranjeros, menos aún europeos, deambular por la zona, sacarse fotos delante del edificio que hace esquina y que, hasta ese día, nunca había atraído a ningún turista. ¿Qué saben de su país? ¿Conciben que alguno de esos extranjeros pueda reclamar ser de allí?

—Podemos subir —propone Amine—. Lo mismo hay alguien.

Veo a mi padre vacilar, atrapado de pronto por su pudor, su miedo a la gente, enfermizos. La bravura inesperada de la que ha hecho gala desde que llegamos hasta este momento se ha volatilizado y se vuelve hacia mí para buscar respaldo con la mirada, pero tampoco me sobra la audacia y tengo unas ganas atroces de fumar. Nunca habría imaginado que nos encontraríamos en esa clase de situación al poco de bajar del avión, antes incluso de haber pasado por el hotel y habernos puesto en condiciones de afrontar el exterior.

Súbitamente mi padre había tomado el mando de las operaciones y decidido, sin avisar, dar un rodeo por su barrio, con una seguridad imperiosa que debió de sorprenderlo más que a nadie. ¿Cómo habría podido esperar moverse por el centro de Orán, que no pisaba desde hacía más de

cuarenta años, como si se hubiera marchado la víspera? ¿Pensar que su impulso lo guiaría de inmediato hasta la calle Condorcet?

Nada pasa como estaba previsto aunque en realidad yo no hubiera previsto nada, apenas esbozado en mi cabeza, inclinada sobre la guía de Argelia, un recorrido potencial por la ciudad que, en cualquier caso, no pasaba necesariamente, lo reconozco, por este lugar. Porque, ocupada con la fantasía de un regreso a Misserghin, no me planteé la posibilidad de una visita al apartamento de Orán, y pensaba que para mi padre era lo mismo.

Sin duda habríamos venido a pasear, durante esos tres días, por el antiguo barrio de Miramar y contemplaríamos el edificio de lejos, pero no hubiéramos hecho más. En realidad, de haber estado los dos solos, nos habría resultado imposible entrar en el edificio, subir los tres pisos y llamar a la puerta izquierda del rellano, demasiado aterrados por la idea de que alguien nos abriese, a quien tendríamos que presentarnos, contar toda nuestra historia. Seríamos incapaces de hacerlo, y no dudo por un momento de que habríamos recorrido tantos kilómetros para quedarnos en la acera. Pero Amine cruza la calle y ya se mete en el portal.

Desde que vivo en París he tenido muchas direcciones, casi siempre en el distrito IX. Una de ellas se encontraba en la calle Condorcet, lo que no tiene nada de extraordinario cuando se piensa en la cantidad de lugares, arterias o establecimientos escolares que llevan en Francia el nombre del marqués matemático, era no obstante perturbador que, de las tres mil seiscientas y pico calles que tiene la capital francesa, acabara precisamente en aquella.

No lo pasó por alto mi abuela, que había exclamado al teléfono cuando le di mis nuevas señas, «pero, hija mía, ¿tú sabes cómo se llamaba la calle donde vivíamos en Orán?».

En aquel entonces yo lo ignoraba, o bien lo había olvidado, a la vez porque Argelia para mí se reducía aún y siempre a Misserghin, y porque de Argelia ya no quería volver a oír hablar. Estaba en una fase de desamor, vinculada a un sentimiento turbio en cuanto salían a relucir los orígenes pies negros de mi familia cercano a la culpabilidad. Había visto o leído demasiados documentos sobre la conquista, el periodo colonial, la Segunda Guerra Mundial y por supuesto los famosos acontecimientos para no sentirme completamente desajustada con los maravillosos relatos de mi abuela, que habían hecho de mi infancia algo mágico y seguían a mi pesar embelleciendo mi vida de adulta.

¿Dónde estaba la verdad? ¿En qué lágrimas? ¿Entre qué imágenes, qué escenas? ¿Mi familia descolgando a toda prisa el retrato de Pétain de la pared del comedor a la llegada de los americanos en 1942? ¿Mi familia

arrojada a un barco que zarpa de la bahía de Orán en 1961? Mi familia, siempre del lado equivocado de la barricada.

Y sin embargo tengo un abuelo del lado correcto, el padre de mi madre, italiano de Friul, comunista, exiliado después de 1922 por oponerse a los fascistas, una buena persona, que las pasó moradas toda su vida. Mal acogido en Francia, también, albañil en canteras cerca de Auxerre, mi abuelo, al que trataron copiosamente de *rital*[11] durante años, pero no sé por qué P. siempre saca a relucir Argelia, esa rama lo fascina. En las cartas que me escribe evoca mis «caderas cabileñas» y mi «sexo que huele a la tierra del Aurés». Dice también que no tiene «talento para la realidad», cita a Dylan Thomas, a Tarkovski y hasta a Lorenzo Da Ponte, desmenuzo cada palabra, expurgo todas las referencias, sobreinterpreto cualquier cosa, me duele el estómago cuando la carta no llega, una frase me destroza, otra me da una esperanza imbécil.

Escribe que está seguro de que «corre por tus venas sangre árabe» y sonrío antes de responderle que lo mezcla todo, porque sé que en su boca son cumplidos, a veces incluso tengo la debilidad de pensar que tal vez sea amor, y eso me gusta.

[10] En el sistema educativo francés, el jueves fue día no lectivo hasta 1972.

[11] Término peyorativo empleado en Francia para designar a los inmigrantes de origen italiano.

La escalera es antigua, se diría que no la han renovado desde hace décadas, con su mosaico de tonos azules, muy desconchado en algunas zonas. No puedo evitar echar un vistazo a los buzones de hierro, como si fuera a descubrir un nombre familiar que me demostrase que todo lo que me han contado desde mi infancia es verdad y realmente se produjo en este lugar del mundo del que nunca oigo hablar sin estremecerme.

Mi padre sigue a Amine en silencio por los peldaños que ha debido de pisar mil veces, desde sus primeros pasos a los dos años y pico, firmemente aferrado a la mano de sus padres, hasta los últimos días, cuando tiene dieciséis años y se entera de que va a tener que dejar todo eso, Condorcet, Miramar, el colegio, los amigos, las clases de dibujo, los profesores, una chica que no le disgusta —no sé nada de la vida amorosa de mi padre—, su habitación en esquina al fondo del piso, su equipo de fútbol, Orán, el mar, los ruidos, los olores que han impregnado su existencia hasta entonces, todo, hasta ese peldaño roto en el segundo piso que se ha acostumbrado a sortear sin siquiera darse cuenta, por el frío y el invierno de una ciudad que se llama Dijon, para él no evoca nada, y donde solo sabe que van a instalarse en un primer momento, como fugitivos, alojados por una prima de su padre.

Hasta el último día, cuando es él, quizá, quien lleva a su madre del brazo y la ayuda a bajar.

No dice nada pero debe de pasársele a toda velocidad por la cabeza, debe de volver a borbotones y estallar con estruendo contra todas las barreras que había alzado entre su infancia y él. Debe de haber un ruido infernal allí dentro.

Mi abuelos se marcharon en enero de 1961, es decir, más de un año antes de la Independencia.

Significa que de aquel lado del Mediterráneo las cosas empezaban a cambiar y su futuro en Orán se presentaba a una luz más insegura. Quiere decir que no estaban sordos ni ciegos y habían entendido perfectamente lo que estaba pasando en Argelia, donde en breve, presentían, ya no tendrían su lugar, aunque más adelante mantuvieran lo contrario.

Nunca les pedí que me contasen su última travesía. No me atreví. A mi abuela le gustaba repetir que había hecho dieciocho veces en su vida el trayecto entre Orán y Marsella, Toulon o Port-Vendres, a bordo de esos grandes barcos que tardaban tres días, hiciera el tiempo que hiciera, en conectar Europa y África, había que deducir nueve viajes de ida y vuelta.

Antes de la guerra, antes de conocer a mi abuelo, había tenido la suerte de pasar dos o tres temporadas en el territorio metropolitano invitada por conocidos. Era, para alguien de su condición, un verdadero privilegio salir por un tiempo del pueblo, coger el barco y llegar a la otra orilla, a esa Francia que, para la mayoría de sus compañeros de escuela de Misserghin, nunca estaría representada más que en mapas colgados de las paredes de su aula y cuyas prefecturas y subprefecturas tal cual se las habían enseñado de niña era capaz de recitar, departamento por departamento, a los noventa y tres años.

Una vez casada con Paul, lo acompañó cuando, de tanto en tanto, visitaba a los suyos en su granja natal del Alto Marne. Era toda una expedición, llevaba días, el barco, el tren, y cuando por fin llegaban a Reynel, donde se creía ciegamente que la costa africana aún estaba poblada por jirafas, monos y leones, miraban a Antoinette con una mezcla de curiosidad y miedo.

Mi abuela solía evocar a un joven desesperado al que había visto pasar toda una travesía tirando trocitos de papel al mar. Esa escena la marcó porque me la contó muchas veces, ese joven tan triste con sus cartas o poemas, de amor sin duda, rotos, esparcidos sobre las olas, tantas veces que al cabo de un tiempo yo asentía con la cabeza sin escuchar, y a día de hoy ya no logro acordarme con certeza de si, al final, el infeliz se tiraba por la borda. Creo que sí. Y que el barco daba tres vueltas sobre sí mismo con la vana esperanza de rescatarlo.

Solo que mi abuela se equivocaba. No pudo hacer la travesía dieciocho veces, sino diecisiete o diecinueve. Un número impar, necesariamente, porque la última ida no tuvo vuelta.

Amine ha llamado a la puerta, se diría que no hay nadie. No se oye ruido alguno dentro del apartamento y casi me alegro secretamente por ello, lo que resulta al mismo tiempo paradójico cuando se piensa que hemos venido para eso, para cruzar el umbral que nos separa del pasado y afrontar su puesta en imágenes, y de una lógica aplastante para con mi abuela a quien, estoy convencida, por nada del mundo le habría gustado saber que estoy a dos pasos de abrir el cofre íntimo de su memoria y descubrir que los lugares que conformaron toda su vida durante cincuenta y dos años son en realidad mucho más pequeños y menos grandiosos que en sus relatos.

Antoinette Montoya no quería que yo supiera que en Argelia no se dio en absoluto la gran vida.

Era tan elegante en cualquier circunstancia, y eso hasta el final, hasta el día en que cayó, fulminada por un ataque, a los noventa y tres años, mientras barría el patio de la casa de Dijon en el frío glacial de una mañana de enero.

Tan exigente también, amanerada, caprichosa, agotaba a las dependientas de las Nouvelles Galeries porque tardaba horas en elegir los juguetes que nos regalaba por Navidad, pidiendo verlo todo, prefiriendo obviamente la marca más cara, subida a sus tacones, con su estola de zorro que tanto nos impresionaba a mi hermano y a mí en torno al cuello, con la cabeza a un lado y las patas al otro.

En Dijon a mi abuela no le faltaba estilo, miraba a la gente por encima del hombro, siempre llevaba hecha la manicura y el pelo teñido, bolsos de mano de piel con cierre dorado. En el piso de arriba, yo la miraba maquillarse ante su tocador de tres lunas. Se depilaba integralmente las cejas, que volvía a dibujar finamente con lápiz y eso a mí me parecía el colmo del refinamiento. Ella fue quien me enseñó a aplicar dos gotas de perfume detrás del lóbulo de la oreja, en el nacimiento de los pechos y en las muñecas, para el besamanos, precisaba, cuando las dos sabíamos perfectamente que era muy poco probable que alguien nos besara la mano, ni a ella ni a mí.

Pero en Argelia Antoinette Montoya era hija de campesinos, modesta ama de casa, esposa de un militar de bajo rango. En la época en que vivía en la granja, había trabajado durante un periodo impreciso en una molinería en Aïn Témouchent, localidad vecina cuyo nombre yo adoraba escuchar de su boca. En Orán, por lo visto, habría sido secretaria durante un tiempo. No

hablaba de ello. Lo supe muy tarde, al sorprender conversaciones irritadas entre mis padres sobre la pensión que cobraba mi abuela, o más exactamente que no cobraba porque nunca hizo gestiones ni solicitó el subsidio.

En enero de 1961, mi abuelo aceptó un puesto administrativo en el Ministerio de Defensa en París, mientras mi abuela y mi padre se instalaban en Dijon, en principio para una temporada solamente, en casa de una prima lejana. Paul Plantagenet dormía en una buhardilla de la capital durante la semana y se reunía en tren con su mujer y su hijo el fin de semana. Cuando acabó en el ejército, se vio obligado a buscar un empleo porque su pensión no era suficiente para cubrir sus necesidades. Trabajó entonces durante muchos años en una fábrica de maquinaria agrícola en el extrarradio de Dijon. Aún trabajaba allí cuando yo era pequeña. A veces traía bolígrafos con el logo de la empresa. La prima se había marchado hacía tiempo. Mis abuelos nunca se fueron de la casa de Dijon.

Cuando ya estamos dispuestos a bajar a la calle, Amine insiste y llama varias veces como si estuviera convencido de que la puerta de ese apartamento debiera abrirse y de que no pudiera ser de otro modo. No nos hemos cruzado con nadie en la escalera ni percibido la menor señal de vida particular a través de las paredes, ni tampoco en la calle donde, aparte de los tres niños, no parece haber ni un alma. Es la hora desierta, la hora en que en los países cálidos todo se congela y queda en suspenso.

De pronto oímos una especie de roce en el suelo, primero lejano y después acercándose a nosotros. La puerta se abre lentamente y en el marco aparece un señor con pantuflas. Debe de tener unos diez años más que mi padre, está casi calvo, lleva una camisa azul con un pantalón claro y nos mira interrogativo y levemente inquieto, mientras Amine empieza a explicarle la situación en una mezcla de árabe y francés, es decir, quiénes somos y por qué estamos allí.

Mi padre y yo, atrincherados detrás de él, ponemos nuestra mejor sonrisa para mostrar nuestras buenas intenciones, igualmente crispados, porque es evidente que entre la masa de sentimientos contradictorios que nos sumergen en ese instante la culpabilidad, por lo que a mí respecta, ocupa una gran parte sin que llegue a comprender por qué y qué falta lamento haber cometido.

El hombrecillo vuelve a meterse en el apartamento durante unos instantes, luego regresa y nos invita a pasar. Está oscuro en la exigua entrada a causa

de los postigos cerrados que una señora algo gruesa, probablemente su esposa, con un vestido negro de minúsculos motivos blancos, está abriendo a toda prisa, descubriendo poco a poco unas estancias muy reducidas. No sé en qué momento comprendí que mis abuelos, en Argelia, eran pobres.

La mujer tiene el pelo cobrizo y esa anchura en el rostro y los hombros que me remite de golpe a las mujeres de mi familia, a sus siluetas castañas, carnudas, ensanchadas con los años. Los mismos ojos negros, los rasgos ásperos suavizados por las curvas de la edad, la forma de estar derecha con su vestido de manga corta, la barbilla levemente proyectada hacia delante.

Cuando yo era pequeña y a ella le parecía que mi pelo negro era demasiado largo, demasiado rizado, mi abuela decía «así no estás guapa» y, como yo no reaccionaba, buscaba un argumento más contundente, más implacable, más hiriente, y terminaba añadiendo «pareces una mora». Entonces me llevaba a la peluquería sin pedir permiso a nadie y me hacían un corte recto, una melena corta lisa y triste con un flequillo deplorable. Mi madre, cuando lo descubría, se ponía furiosa, pero nunca le levantó la voz a Antoinette Montoya, no se atrevía, y en todo caso era inútil porque mi abuela habría tenido la última palabra. De todas formas en el coche, durante el trayecto de vuelta a Troyes, mi madre decía lo que pensaba a mi padre, a su manera, sin gritos ni escenas, tragándose su cólera.

La única que consiguió sacarla se sus casillas fui yo, años más tarde, adolescente y descarada a más no poder, pero en la época en que mi abuela aprovechaba que yo pasaba las vacaciones con ella para cortarme el pelo, mi madre se conformaba con menear la cabeza para mostrar que estaba disgustada y después de muchos kilómetros, con la mirada fija en la carretera, soltaba «desde luego, tu madre se ha pasado». Como de costumbre, mi padre no decía nada.

Estamos todos apretujados en la entrada, ya se han hecho las presentaciones, hay cierta incomodidad por ambas partes durante los primeros minutos, nos disculpamos por llegar de improviso, se disculpan porque les ha tomado por

sorpresa y no tienen nada que ofrecernos, pero nos piden que aceptemos tomar el té con ellos, todos hablamos a la vez, mientras Amine se sitúa ligeramente al margen y va saliendo poco a poco de la conversación, de la imagen.

Pasamos a un salón pequeñito, nos sentamos en torno a una mesa baja y la señora se apresura a servirnos un té con menta acompañado por diversos dulces coloridos, con mucho azúcar, que huelen a pasta de almendras y flor de azahar.

Este lugar también era el salón de mis abuelos, las otras dos estancias eran entonces dormitorios. Aquí recibían a los escasos visitantes que se les presentaban, es decir, exclusivamente los hermanos de mi abuela flanqueados por sus esposas e hijos respectivos, nunca otra gente, y Antoinette Montoya, con gran despliegue de medios, sacaba su cubertería de plata y su mejor vajilla y trataba a sus cuñadas de usted.

El señor y su esposa escuchan a mi padre religiosamente, asintiendo con energía a todo lo que dice. Repiten en varias ocasiones que llegaron a este apartamento, al barrio incluso, después de la Independencia, insistiendo mucho en que no conocieron a mis abuelos y no se instalaron en su casa justo después de su marcha, no se aprovecharon de la ganga que representaban entonces para los argelinos todas esas viviendas abandonadas día tras día por los europeos, en su mayor parte amuebladas y esquipadas, que no tienen nada que ver con todo eso.

Se siente que para ellos es importante precisárnoslo, como si estuviéramos allí para pedirles cuentas, con qué derecho viven allí, quién los autorizó a entrar, como si hubiéramos venido a exigir cuarenta años más tarde que nos devolvieran las cosas que mis abuelos no pudieron llevarse y dejaron abandonadas.

Mi padre cuenta anécdotas, dice:

—Aquí había esto o aquello… Tu abuela solía…

Y la mujer de pelo cobrizo asiente meneando la cabeza de forma respetuosa.

—El mercado Michelet… a dos calles de aquí, pero igual ya no existe y no se llama así…

—Sí, claro que sí, el mercado Michelet, seguimos llamándolo así, y la calle Condorcet también.

Habla, mi padre, ya no le da miedo hablar, está inevitablemente trastornado por encontrarse propulsado allí, todo debe de removérsele, el recuerdo de cosas desaparecidas y la aguda certeza de su desaparición, ese sentimiento desgarrador que tuve cuando volví unos meses después de la

muerte de mis abuelos a ver la casa de Dijon y la encontré invadida por hiedra y enredaderas. Ese sentimiento multiplicado sin duda en él, porque en su caso la separación fue rápida y brutal, mientras que yo tuve años para prepararme no solo a perder a mis abuelos, sino también a almacenar provisiones de recuerdos.

De modo que, cuando vuelvo a ver los lugares donde ya no están, donde ya no existo tampoco como fui, puedo acudir a mis reservas, mientras que mi padre debe conformarse desde hace décadas con lo poco que pudo llevarse con él a toda prisa en enero de 1961. No somos iguales ante el exilio.

Después del té, pregunto si es posible sacar fotos en los dos balcones que dan a la calle Condorcet, mi padre solo, mi padre y el señor de camisa azul, yo sola, con el mar y las palmeras al fondo. Con la señora no me atrevo.

En ese instante me doy cuenta de que la única foto que he visto nunca de este apartamento, con mi abuela y mi padre, que debía de tener unos dieciséis años porque ya era mucho más alto que ella y llevaba corbata, fue tomada necesariamente durante los últimos meses, quién sabe si los últimos días antes de la marcha, y sin embargo sonreían, ¡cómo sonreían los dos al objetivo! Tengo ganas de tomar exactamente el mismo plano, el mismo ángulo, en el mismo balcón blanco y minúsculo con esa forma triangular tan peculiar, me pregunto por qué, a quién pretendo mostrar esas fotos, a quién podría seguir evocando algo ese decorado aparte de a nosotros. Ni siquiera P., que sabe tanto de mí, la parte oscura que a veces me engulle y que nadie ha visto nunca más que él, entrará jamás en ese encuadre.

Después la gente propone subir al tejado, esos grandes tejados planos donde suelen encontrarse en los países mediterráneos las máquinas de aire acondicionado y largas cuerdas de tender, que también se ven por todas partes en Andalucía y que allí se llaman *azoteas*.

La vista es magnífica, palmeras que surgen entre las tejas ocre, las viviendas blancas, se distingue claramente una parte del puerto de Orán y el mar hasta el infinito. Mi abuela me había hablado de ese tejado, lo recuerdo entonces, de modo que en alguna ocasión sí evocó este apartamento e incluso este lugar donde venía a tender la ropa. La señora de pelo cobrizo me confirma que ella también seca allí la colada, como todas las demás mujeres del edificio.

El mar está tan cerca. Da la sensación de que bastaría con extender el brazo para meter los dedos en el agua. Es curioso, hasta entonces no me había dado cuenta verdaderamente.

Esta vez sacamos fotos todos juntos, en el interior era demasiado íntimo, e insisto para que Amine se una a nosotros ante el objetivo, no quisiera que fuese el que sistemáticamente se ubica fuera de campo, nuestro chófer, nuestro guía y nuestro hombre para todo.

La mujer y el hombre posan exactamente de la misma forma, con los brazos flexionados, las manos juntas sobre el vientre. El cielo es de un azul infatigable. Todo el mundo sonríe pero parece algo incómodo. Tal vez sea porque tenemos el sol de cara.

Por la noche, las últimas semanas antes de dejar a mi marido, iba a mirar a mi niño dormido, con los brazos doblados, los puñitos cerrados contra su cabeza entre una marea de peluches, acurrucado en su cuna. «Para mí la pareja se acabó», me había escrito P., «he perdido el gusto por la confusión». No era una pose, era muy sincero al escribirlo, era un hombre feliz de vivir solo, sin compromiso, había estado casado, tenía hijos ya mayores. Había sobrevivido a un cáncer. Ahora quería ligereza. Yo soñaba con una casa en el campo, llena de niños.

La señora del pelo cobrizo y el señor calvo de camisa azul nos dicen adiós con efusión, aunque manifiestamente aliviados de vernos marchar. Les pedimos su dirección para mandarles una copia de las fotos y seguir en contacto.

Los niños nos acompañan hasta el coche, el barrio parece despertar poco a poco, es el fin de la tarde del primer día.

Vamos rápidamente al hotel, establecimiento cómodo e impersonal lleno de hombres de negocios, situado un poco más arriba en Miramar, donde el amigo del embajador nos ha reservado dos habitaciones. Sugiero a mi padre que descanse un rato, el día empezó temprano e imagino que ya habrá alcanzado su cuota de emociones y satisfacciones. Pase lo que pase en adelante, nuestro viaje ya no puede ser un completo fracaso, si ha de sobrevenir la decepción, siempre estará la magia prodigiosa de la calle Condorcet.

Pero mi padre no tiene el menor deseo de encerrarse en una habitación de hotel ni aun por una hora, la ciudad, el mar, el sol, esta arquitectura que reconoce instintivamente, que en el fondo nunca pudo olvidar, le insuflan una energía inagotable. No tiene ganas de pararse, al contrario, quiere estar fuera, esa necesidad que siempre ha tenido y que ahora comprendo, cuando hasta en pleno invierno prefería salir de casa y dar la vuelta por el jardín para llegar al garaje en vez de tomar la escalera interior.

Quiere sumergirse en el centro, que no está tan lejos, y caminar, caminar hasta la noche. Anuncia a Amine que puede dejarnos por hoy si quiere, nos las arreglaremos solos sin problema, no corremos el riesgo de perdernos, sabe perfectamente dónde estamos, conoce Orán como la palma de su mano.

—No, de verdad, encantado, los acompaño —responde Amine de inmediato con una sonrisa.

Sospecho que le pagan por seguirnos de cerca y asegurarse de que no nos pase nada, con la intención de que nos vayamos de Argelia encantados, sin dar problemas. Amine es en realidad nuestra escolta. No importa, es buen chico, aunque ampliamente ocioso, y estos tres días que le han ordenado pasar con nosotros seguramente constituyan para él una inusual distracción de su tedio cotidiano.

Mi padre ha elegido acelerar el tiempo.

No tardamos en llegar al corazón de Orán, con sus aceras de enlosado tan particular, de varios colores y con motivos geométricos, y sus palmeras majestuosas con el tronco pintado de blanco. Ya no es la lentitud murmurante de la calle Condorcet, es un hervidero de gente, la mayoría vestida a la occidental, chicas en vaqueros a veces con velo, a veces sin él, señores mayores que charlan sentados en un banco.

Todo se mueve, la gente a nuestro alrededor y nosotros en el casco viejo, ante la antigua catedral, el ayuntamiento. Tomamos muchas fotos, escenas de calle, peatones de espaldas, coches, autobuses, rótulos, escaparates, banderas verde y blanco con la media luna roja flotando a veces en las ventanas, el cielo sigue azul aunque esté muriendo el día.

Esta vez hemos pasado al otro lado de la pantalla, pero mi padre y Amine no avanzan en las mismas imágenes que yo, no contemplan el mismo decorado.

—La calle de Arzew —declara mi padre— había sido rebautizada calle del General Leclerc después de 1945, pero nadie pudo decidirse nunca a llamarla así.

—Hoy la seguimos llamado calle de Arzew.

—Estaban las Grandes Galeries, un cine…

—El Régent.

—Sí, eso es, el Régent. Allí, la plaza de las Victorias, el bulevar Clemenceau…

Amine y mi padre ven la primera pintura, la que ha sido recubierta por capas sucesivas, atraviesan el lienzo para llegar al dibujo original, de forma muy natural y sin esfuerzo, es perfectamente normal para ellos, hasta para el joven argelino, evocar tal sitio invisible a nuestros ojos inmediatos pero que ellos parecen percibir con claridad. No estamos haciendo el mismo viaje.

La memoria de mi padre me impresiona. La de Amine me pasma. No es la de un chico de treinta años al que le gusta divertirse más que nada y cuyo carácter en principio alegre no tiene nada de nostálgico. En ningún caso puede tratarse de sus propios recuerdos, se los han transmitido. Ha recibido la Argelia francesa en herencia, como yo.

En el momento en que el sol se pone por detrás del fuerte de Santa Cruz, estamos en el paseo marítimo, los tres acodados a la baranda. El puerto de Orán se extiende a nuestros pies y el Mediterráneo paradójicamente parece

estar más lejos que desde la azotea de la calle Condorcet. Es una de las particularidades de la ciudad, esta zona portuaria tan vasta y no muy bonita, hoy en día esencialmente industrial, con sus chimeneas, sus plataformas y contenedores, sus muchos edificios vinculados a la actividad marítima, detrás de la cual se construyó la ciudad, esta ancha franja infranqueable que impide todo acceso directo al mar e hizo escribir a Camus que Orán le daba la espalda.

La luz es suave con reflejos dorados casi violeta. Pasa largo rato sin que digamos nada, cada cual sumido en sus pensamientos, hasta Amine calla solemnemente ante ese paisaje que ha debido de admirar miles de veces desde que nació y que por necesidad posee para él un poder evocador distinto que para mi padre.

Todos hemos visto esos archivos que muestran a familias amontonadas que embarcan en medio de una confusión innombrable. Abuelas de negro con pañuelo en la cabeza, niños pequeños aturdidos con pantalón corto, maletas por todas partes, lágrimas, yo en todo caso los he visto, y pese a todo lo que puede horripilarme en los pies negros y que hace que, cuando el gobierno francés admite poco a poco las exacciones y los crímenes cometidos durante la guerra de Argelia por las autoridades republicanas y los periodistas se apresuran a anunciar que «naturalmente los repatriados se sublevan», me desvincule totalmente de ellos, esas imágenes del exilio me hacen llorar y escruto a cámara lenta los rostros uno a uno, buscando a alguien conocido.

Al final, cuando estaba tumbada en su cama de hospital, subida a una inverosímil batería de colchones y almohadas, entubada por todas partes, Antoinette Montoya, por inaudito que fuera para alguien que había sufrido insomnio durante toda su vida, pasaba casi todo el tiempo durmiendo. Sus fases de vigilia eran muy cortas, cada vez más espaciadas, y cuando de pronto estaba consciente era para decir palabras, frases, que parecían sin pies ni cabeza pero con un vínculo sistemático con Argelia.

Tenía tics durante el sueño. Recorrían su rostro pequeñas muecas y a menudo sonrisas radiantes, hacía regularmente ruidos con la boca, arrugaba la nariz. Era de pronto una mujer ancianísima blanca y marchita, ella, que no había pasado ni un día de su vida sin maquillaje ni tinte en el pelo. Duró meses y recuerdo que me pareció, tras aceptar lo inevitable y haberme resignado al hecho de que no había curación posible, que resultaba interminable, y me avergoncé de sentirlo, porque lo que resultaba

interminable era el tiempo que se tomaba mi abuela en morir.

El tiempo que se tomaba en llevar a cabo su última travesía, la vuelta que le faltaba a su recuento. Antoinette Montoya volvía a casa.

En Orán frente al mar, cuando el crepúsculo se posa poco a poco en nuestro pelo negro y mi padre, ante los buques que se distinguen abajo, tal vez vea desfilar recuerdos largo tiempo reprimidos, oiga las preguntas que a él tampoco le hice nunca, comprendo que cuando se fueron, los pies negros en los barcos contemplaron la ciudad que se alejaba. Porque era obligatoriamente la orilla lo que retrocedía, no ellos.

Un día cedí.

En el ascensor temblaba, P. me había invitado a comer a su casa, había preparado pollo agridulce, comprado tulipanes violeta que había dispuesto en el centro de la mesa, sin duda había pasado tiempo limpiando la casa y ordenando mal que bien los cientos de libros que se apilaban en sus paredes. Cerca del sofá, dos tazas con platillos y un plato de financieros nos esperaban para el café. Yo sabía perfectamente que estaba en su apartamento para hacer el amor.

Volvía de Dijon, donde mi abuela no me había reconocido. Peor aún, me había tomado por otra. Por más que le afirmase que era yo, Anne, incluso me enfadase un poco, mencionara montones de recuerdos cuyos detalles precisos solo yo podía conocer, ella se había empeñado en confundirme con una hipotética novia de mi hermano y mi insistencia desesperada para demostrar mi identidad la había hecho reír. Me había tratado de usted todo el tiempo, «se le parece, desde luego, es usted guapa como ella. Se ha aprendido la lección, pero no es usted mi nieta».

A la vuelta había vomitado en el baño del tren. ¿Quién era esa a quien tomaban por mí? ¿Hasta ese punto me había vuelto irreconocible? ¿Acaso yo misma sabía aún quién era? Llevaba meses mintiendo. Años tal vez. Siempre me había mostrado ejemplar.

Un joven con traje y corbata nos saca de nuestra meditación. Tiene el pelo tan oscuro como nosotros tres, pero la piel mucho más morena, un rostro extremadamente alegre y vivaz. Volvía del trabajo, con su maletín al hombro, su camisa blanca apenas arrugada, cuando reconoció a Amine de espaldas, muy sorprendido de encontrarlo allí, acodado a la baranda frente al mar. Es uno de sus amigos, debe de tener su edad, es decir, la mía, y se

llama Mohamed. Se ha quitado la chaqueta a causa del bochorno aún estancado en el paseo marítimo.

Mohamed es un torrente de palabras y exuberancia. En cuanto averigua quiénes somos y el motivo de nuestra presencia, no calla, se dirige sin cesar a mi padre, a quien toma del brazo con una familiaridad que Amine no se permite.

—Está usted en su casa, Paul. ¿Puedo llamarlo Paul? Nació en este país, también es el suyo.

Recorremos el paseo marítimo todos juntos. Mohamed, como Amine, no ignora nada de los lugares que hace resurgir mi padre en el cruce de una calle, ante un escaparate, y que describe escrupulosamente. Los oigo hablar a trompicones, interpelándose, interrumpiéndose con regularidad para aparecer por turnos en las fotos.

Mi padre posa con aire jovial junto a los dos chicos deshechos en sonrisas, se agarran por los hombros, mi padre con su cámara de fotos, su riñonera colgada, Amine su camisa de cuadros, Mohamed su maletín, y el puerto al fondo. Más tarde, Amine y mi padre caminan delante, a lo lejos se ven sus siluetas de espaldas hombro a hombro en dirección al Aïdour, que se distingue en lo borroso del ocaso. Se diría un plano de cine. Hay pocas mujeres. Una pareja cruza a lo lejos, ella con el atuendo tradicional de pies a cabeza, con velo, él en mangas de camisa, aparte de eso solo nos cruzamos con hombres, solos o en grupos.

No existen fotos de mi abuela en el paseo marítimo.

Los libros y documentales rebosan de tantas imágenes de elegantes europeas en tiempos de las colonias, pelo moldeado y cortes a la moda de París, deseosas de hacer olvidar que están lejos de la capital y que probablemente allí pasen por provincianas anticuadas, que podría sin esfuerzo imaginarla en brazos de Paul, en la época feliz de su instalación en la calle Condorcet, cuando él volvió de la guerra y ella empezó a jugar a las señoras de la ciudad, con el Mediterráneo como vecino de rellano.

Pero no es a ella a quien veo en esas proyecciones torpes y amarillentas. Es a una mujer en blanco y negro, vestida como en los años cincuenta, con mi rostro. Mi abuela murió. Fue en el mes de agosto de 2003, pocas semanas después de que fuera a casa de P. por primera vez. La enterramos bajo un sol abrasador, éramos unas diez personas. Con el pretexto de la ola de calor y las vacaciones, la familia, lo que queda de ella salvo raras excepciones, no se desplazó. Después de Argelia estalló en pedazos, la familia, unos en

Montpellier, otros en Pau, unos en Lyon, otros en París, unos en Dijon, desperdigados los descendientes de Misserghin de punta a punta del territorio, ellos, que allí vivían todos cerca, casi unos encima de otros.

Con el tiempo y los decesos, la diáspora de los pies negros dejó de reunirse cada verano en el sur para la paella tradicional del 15 de agosto con anisete y *kémia*. Ya solo se reúne para los entierros, y ni así. Aquel verano casi nadie vino al de Antoinette Montoya. Había moscas y algunos abanicos, frentes sudorosas, un señor mayor desolado y muy digno, con traje y corbata gris, mi abuelo, ni una nube, aquello parecía Orán. Era Dijon, cementerio de Péjoces.

Mohamed propone que vayamos a comer y a tomar algo a un gran hotel aún en obras a la salida de la ciudad, en la cornisa. Un vasto complejo de lujo que pertenece oficiosamente a uno de los hijos de Gadafi, por lo que dice, una práctica aquí extendida para blanquear dinero.

En situaciones normales, mi padre, tan razonable, mi padre, sin el menor exceso, jamás aceptaría salir de improviso a esa clase de expedición algo sospechosa y sugeriría prudentemente que volviésemos al hotel, en cuyo restaurante malo sería no encontrar una sopa para tomar antes de acostarnos, pero no estamos en una situación normal y unos minutos más tarde nos subimos todos al 4x4 de Amine en dirección a la costa.

Es un sitio muy grande y muy vacío y somos prácticamente los únicos clientes, hay una luz fría, un ambiente extraño, y aun cuando habría preferido mil veces un café lleno de gente en el centro con *raï* como telón de fondo, siento por primera vez desde hace mucho tiempo una sensación de bienestar absoluto.

Somos realmente felices en ese instante, creo, mi padre y yo, en compañía de esos dos jóvenes argelinos que no nos desean mal alguno y sueñan en voz alta con marcharse cuando en voz baja todos nos alegramos de estar allí. Tengo ganas de mandar un mensaje a mi madre para contarle esta victoria, lo orgullosa que estoy de haberme enfrentado a todos los miedos y cruzado el Mediterráneo, de haber conocido a estos dos jóvenes oraneses tan simpáticos, junto a quienes ya no se plantea el problema de la responsabilidad como tampoco el de la verdad.

Quisiera escribirle que haber recorrido ese camino hasta esta tarde de septiembre me libera por fin de la vergüenza de los orígenes y me devuelve

su orgullo. Pero mi teléfono no funciona y no estoy segura de que mi madre pueda comprender lo que siento. Porque si bien sufrió porque su padre fuera pobre e italiano, si a menudo se sonrojó porque era huraño y hablaba francés con un fuerte acento, estaba del lado de los antifascistas, su padre, del de las víctimas, los oprimidos, los defensores de los derechos humanos. Los anticolonialistas. A mi madre no le dolía Argelia.

Es de noche cuando salimos del hotel. Desde la cornisa la vista del mar es impresionante, es una página negra e inmensa, y no puedo evitar pensar que esa página es, a esta hora, exactamente la misma del otro lado. En Marsella, en Toulon o en Port-Vendres.

Mohamed nos pregunta qué planes tenemos para mañana, si ya hemos decidido lo que vamos a hacer.

—Claro que sí —responde mi padre—. Mañana vamos a Misserghin.

Es un pueblo pequeño, al que se accede tras haber cruzado una parte de la Sebkha, con casas claras desperdigadas entre los naranjos, una iglesia, una escuela (de niños / de niñas), un ayuntamiento, una plaza donde tienen lugar las fiestas y los bailes, un cementerio algo apartado protegido por altos cipreses.

La imagen que tengo de Misserghin, contemplada miles de veces, es esa única foto que anda en mi familia desde hace décadas y cuya perspectiva es tan extraña que cada vez que he intentado localizarla en algún plano o en otras fotos del municipio encontradas en un libro, no he logrado orientarme. Está anticuada, como el invento de la clementina a finales del XIX en los jardines del orfanato local. De hecho, está en blanco y negro.

A lo largo de toda mi infancia, oí la historia del hermano Clément a quien la Yaya, como le gustaba repetir a mi abuela, había conocido mucho puesto que eran vecinos. Era un motivo suplementario de orgullo, de niña, tener una ascendencia no solo que viniera de África sino, por si fuera poco, del lugar donde se inventó la clementina. En la página casi vacía dedicada a Misserghin en Wikipedia es el primer hecho histórico que se menciona.

El segundo (y último), es que Cherif Sid Cara, el alcalde de la época, fue uno de los escasos apoyos argelinos al golpe de estado de los generales de abril de 1961.

Por más que sepa que mi Misserghin se ubica en otro lugar, es en la parte trasera del 4x4 de Amine, esa mañana, donde me hago realmente consciente. Cuando avanzamos por una carretera que no es el camino de tierra con baches y polvoriento que imaginaba, trazado por los pioneros en la gran depresión salada, sino la Nacional 2 bien asfaltada en dirección a Tlemcen, después de haber pasado sin aminorar ante la plaza de toros de Eckmül —ni siquiera mi padre, que es tan aficionado, ha pedido que nos paremos—, ansiosos por llegar al pueblo y de esperar en vano ver desaparecer las construcciones a ambos lados de la calzada.

Espero que crucemos una franja de campo quemado por el verano, porque hay dieciocho kilómetros entre Orán y Misserghin, que mi abuela recorrió regularmente los últimos años en el asiento delantero del DS junto a su marido, con la cabeza envuelta en un pañuelo. Ella no conducía. Cuando me saqué el carné, me contó que la única vez que lo había intentado había metido por descuido la marcha atrás y abollado levemente el parachoques del coche. Aquello resultó prohibitivo. «Jamás en la vida», había declarado, «volveré a tocar un volante». Y cabezota como era, Antoinette Montoya mantuvo su palabra.

Espero ver la tierra amarilla que vimos la víspera desde el avión, la tierra de este continente africano cuyo extremo norte constituye el valiato de Orán, pero la ciudad sigue aquí, parece imposible salir de ella, como no podía extenderse hacia el mar se ha desplegado y continúa expandiéndose, a juzgar por los edificios en construcción, hacia el sur.

Una delgada franja de tierra desnuda marca de pronto una transición en el paisaje y, de inmediato, un panel tricolor, naranja, amarillo, blanco, aparece en el arcén, anunciando en árabe, en francés y en inglés que entramos en el municipio de Misserghin.

La noche anterior, cuando evocamos el pueblo, Amine y Mohamed menearon la cabeza, como diciendo que lo conocían, o más bien que sabían dónde estaba, pero no parecieron particularmente extasiados.

En ese momento su reacción, lo reconozco, me decepcionó un poco, pues el nombre de Misserghin siempre ha tenido, pese a todas mis contradicciones, el poder de despertar en mí algo muy antiguo y feérico, y tomaba conciencia de pronto de que para dos jóvenes urbanitas argelinos de mi generación designaba simplemente un pueblo de los alrededores, sin atractivo especial, sin hecho destacado más allá de esa leyenda archimanida de la clementina que los dejaba, las cosas como son, cortésmente

indiferentes.

Ver ese nombre escrito en letras mayúsculas me produce algo porque, si es que aún albergaba dudas, bruscamente existe de verdad, es algo concreto, y a juzgar por el tamaño del letrero, que yo imaginaba más bien como un rectángulo apenas visible, tal vez sea menos modesto de lo que creía.

Pido a Amine que pare el coche para sacar una foto. El letrero solo. Mi padre sonriente, algo tenso, junto al letrero. WELCOME TO MISSERGHIN.
La primera vez que fui a casa de P., después del café y de los financieros, cuando llevábamos semanas esperando y retrasando ese momento, no logramos hacer el amor.

En seguida aparecen construcciones por todas partes, a menudo inacabadas o en obras, casas bajas pegadas unas a otras. Amine pregunta adónde debe ir pero mi padre niega con la cabeza, no es como la víspera, esta vez ha perdido sus puntos de referencia, no reconoce nada de su pueblo transformado en suburbio limítrofe de Orán.

Seguimos todo recto, a ambos lados las aceras están llenas de naranjos que ocultan las viviendas, terminamos llegando a una gran plaza rectangular y enlosada, ceñida por arcadas a la andaluza, ante un edificio claro donde flota la bandera verde y blanca de Argelia y que parece ser el ayuntamiento.

—No lo entiendo —murmura mi padre—, si el ayuntamiento está aquí es que estamos en el Pueblo Nuevo… La iglesia estaba a la entrada, a la derecha viniendo de Orán, en el Pueblo Viejo. Hemos tenido que pasar por delante. No la he visto…

Yo tampoco he visto la iglesia y sin embargo la conozco, en la foto aérea tomada por mi tío abuelo Antoine está en primer plano, estrecha y blanca, con su flamante campanario, muy alto, hacia el cual parecen converger todas las líneas. En aquella época se alzaba casi sola junto a la carretera, una única casa se encontraba a su izquierda, después ya estaban los árboles y el gran descampado que había que cruzar para llegar a la granja.

O bien efectivamente hemos pasado delante sin verla, lo que me parece inverosímil porque, aun confusos —mi padre, por la expansión inmobiliaria del pueblo, yo, por la coloración de la imagen—, ¿cómo habríamos podido no fijarnos en una iglesia, edificio en principio dos veces más alto que las demás construcciones y muy diferente desde un punto de vista arquitectónico? O bien ha sido destruida.

Nos quedamos desnudos, uno contra otro, en el sofá cama abierto, llenos de deseo, impotentes. Criminales sin crimen.

—¿Doy media vuelta y volvemos? —propone Amine.

Pero mi padre de pronto tiene otra idea. Unas señales indican la dirección de los municipios de Boutlelis y Aïn Témouchent, respectivamente situados a dieciséis y cincuenta y ocho kilómetros del centro de Misserghin, y cuyos nombres, que surgían regularmente para sazonar los relatos de mi abuela pertenecen, en mis recuerdos, al mismo repertorio pintoresco.

—Toma a la derecha —ordena a Amine—. Es el camino del barranco. De la cueva. Vamos a echar un vistazo por allí primero.

La cueva de la que habla sé que es la de la Virgen. Se trata de un santuario dedicado a María en el lugar, que llaman el barranco, donde habría brotado un manantial milagroso en tiempos de los primeros colonos, a unos kilómetros de la montaña, en la cadena del Murdjadjo, a cuyo pie se construyó el pueblo y donde los habitantes (europeos) acudían a pie todos los años el lunes de Pascua para un pícnic gigante familiar y festivo, con *kémia*, paella, mona y canciones.

Los de mi familia tomaban un camino distinto, directamente por la montaña sin pasar por el pueblo. Mi abuela me lo explicó decenas de veces señalando la foto de la pequeña granja, que su dedo cubría enteramente, y luego el relieve que había que franquear para alcanzar el famoso barranco donde estaba la cueva.

Ya era bastante difícil orientarse respecto a una simple foto, yo no entendía nada de lo que me contaba, pero ahora que estoy aquí me encuentro completamente perdida.

Amine evidentemente desconoce esta historia de la cueva y no le damos ninguna explicación, ni mi padre ni yo, pero obedece sin inmutarse.

Subimos la montaña por una carretera aislada, entre una vegetación frondosa y magnífica. Hace bueno aunque el cielo sea menos luminoso que ayer. Nadie en el coche pronuncia palabra, nos alejamos de Misserghin, de la granja o de su supuesta ubicación. La euforia de la víspera se ha apagado. Me da la sensación de que mi padre tiene miedo.

Así fue como comprendimos, P. y yo, un día entre semana, a la hora del café, que se trataba de amor.

Hace algo más de cuatro años era la clase de carretera ideal para que te degollasen. Desde entonces, distintos intentos de reconciliación nacional se han producido, la violencia ha cesado poco a poco sin desaparecer por completo en ciertos rincones aislados. Un referéndum acaba de aprobar con más de 97 por ciento una ley de amnistía general.

—No teníamos elección —comenta Amine sobriamente.

Varias veces por semana, las noticias procedentes de Argelia informaban de atentados, emboscadas mortales, controles de carretera falsos que viraban a masacre. Las víctimas no eran solo militares. También eran mujeres, niños, bebés, asesinados con actos de barbarie.

«Qué bonita su Independencia», repetía mi abuela meneando la cabeza. «Todo para esto…».

Diez años de terror y masacres arbitrarias en el transcurso de los cuales Argelia murió por segunda vez para los pies negros de mi familia aún en pie, con los ojos abiertos de par en par de consternación ante sus televisores. No entendían nada de lo que contaba el presentador del telediario de las ocho, oían siglas, GIA, MIA, FIS, AIS, GSPC,[12] cuyo significado ignoraban y que de todas formas confundían totalmente, «salvajes que un día se juntan y se matan entre ellos al siguiente».

La guerra civil los reconfortaba en la convicción de que estaba todo perdido, de que no podía esperarse nada de esa gente, como siempre habían sabido y proclamado cuando los obligaban a callar y a bajar la cabeza, culpables de todos los pecados. «Y pensar que nos trataron a nosotros de criminales… Hicimos carreteras, construimos escuelas, hospitales… Ahora incluso asesinan a monjes, ¿te das cuenta? A monjes».

La historia, rompiéndoles definitivamente el alma, parecía darles la razón. Murieron con más amargura todavía.

La carretera está hundida en algunas zonas, de hecho es más bien un camino tortuoso, mal asfaltado, bordeado de árboles tupidos de hojas grasas y relucientes de donde emergen las palmeras.

Busco el famoso barranco del que tanto he oído hablar sin lograr exactamente comprender cómo la cueva de la Virgen podía encontrarse al mismo tiempo en una montaña y al fondo de una depresión, sobre todo porque seguimos subiendo en conche y no veo ni sombra de un precipicio.

Pero, tras una enésima curva, un murete de piedras secas, medio derrumbado, aparece a un lado del camino, al cabo del cual hay encajada una colmena gigante medio en ruinas.

—Es ahí —dice mi padre.

Amine detiene el 4x4 algo más lejos, cerca de una datilera, y se apoya en la puerta, dejándonos avanzar solos hacia la cueva, al menos lo que queda de ella. En ese silencioso camino de montaña está menos cómodo que en la ciudad. Debe de preguntarse qué buscamos con exactitud al venir a contemplar ese desolado montón de ruinas, si no seremos masoquistas o directamente fanáticos. El fundamentalismo religioso lo conoce, y tal vez también por ese motivo, entre otros, no le apetezca nada que nos demoremos en la zona, aunque no lo exprese con claridad.

La cueva no es tal en el estricto sentido de la palabra, es simplemente una construcción de piedras ocre, un poco redondeada, que aún se alza mal que bien junto a la carretera, barraca coronada por un ojo de buey tapado y flanqueada por dos columnas dóricas blancas que a saber cómo aguantan en pie. La parte central, que permitía penetrar en la cueva propiamente dicha y acceder al altar, ha sido condenada, tapiada. ¿Por quién? ¿Las autoridades argelinas? ¿Los pies negros en el momento de su marcha? Los ladrillos, embadurnados de un cemento azulado, están cubiertos de grafitis ilegibles, pero una abertura salvaje ha sido practicada por gente que quería entrar a toda costa, un agujero en el muro que se esfuerza por dibujar una puerta más allá de la cual todo está oscuro. El conjunto es patético, hay que reconocerlo.

En mi familia del lado materno, comunista e italiano, las cosas estaban claras y eran inequívocas, eran ateos; del lado paterno, pie negro y español, se afirmaban más bien creyentes aunque apenas practicantes, con una relación con la religión bastante festiva y poética a fin de cuentas, a menudo más cercana a la superstición que a la fe, como en Sevilla, donde viví años más tarde y donde los ritos sagrados marcan el año, alejan el tedio, traen lo maravilloso a un día a día poco emocionante y son más una cuestión de costumbres y convenciones sociales que una creencia inquebrantable.

En Navidad, mi padre adoraba poner un belén que crecía cada año con decenas de figuras provenzales más o menos anacrónicas, donde un simple pastor podía cruzarse con un vendedor de chorizos y unos jugadores de petanca echar una partida al lado de los Reyes Magos. Nos leía la historia de María y José, a veces nos llevaba a la Misa del Gallo, donde solíamos

morirnos de frío mientras mi madre se declaraba enferma, pero era más por el lado mágico del momento y fuera de eso no frecuentábamos mucho las iglesias.

Con todo, me bautizaron, fui a catecismo e hice la primera comunión. Me encontré espantosa con el vestido blanco, un cirio en la mano, pero hacía tan feliz a mi abuela Antoinette, que tenía una innegable inclinación por las puestas en escena grandilocuentes. Mi madre como de costumbre se conformó y, en el fondo, no fue un problema para nadie, ni siquiera para mi abuelo italiano que, negándose por principio a entrar en la iglesia, fue a esperar el fin de la ceremonia al bar de enfrente. Extrañamente, las dos ramas de la familia se entendían muy bien.

Mi padre mete la cabeza dentro de la cueva.

No queda nada más que un trozo de altar desportillado y aún fijado a la piedra.

—Hay que imaginar que las paredes estaban cubiertas de exvotos —explica—. Había un mantel blanco, velas. La gente dejaba ofrendas alrededor. Muchos afirmaban que la Virgen de Misserghin hacía milagros. Era conocida en toda la región, se organizaban excursiones escolares desde muy lejos para venir a verla. Y el Lunes de Pascua era una fiesta, todo el día. Estaba allí.

Mientras nuestros ojos se habitúan a la oscuridad y se esfuerzan por engancharse a algo, una forma se perfila poco a poco en la dirección que señala el índice de mi padre, en el sitio donde se encontraba la estatua de la Virgen, que permanece más pálido que el resto de la cueva, como el rastro de un cuadro en una pared.

Esto es lo que queda de la Argelia de papá,[13] la sombra de una plantilla en un pobre santuario abandonado, amenazado de derrumbamiento.

—Pero ¿dónde está el barranco?

Mi padre sonríe.

—El barranco es esto.

Tiende el brazo para mostrar el paisaje, luego se aleja por el camino. Siento vacilar a Amine, unos metros detrás de nosotros, sobre qué conducta adoptar, vagamente inquieto. Le dirijo un breve gesto. No durará mucho, en

unos minutos habrá terminado, pero ahora mismo, en este instante, únicamente necesita estar solo, creo.

En unas semanas ya no podía pensar, respirar, sin P. Encontraba mil subterfugios para reunirme con él, pronunciaba su nombre de noche, no dejaba de delatarme.

Llegaba tarde adonde la niñera, con el rostro encendido.

Mi marido no tardó en comprender. Dijo que era un capricho, un desliz, y que estaba dispuesto a perdonarme. Pero que tenía que abandonar inmediatamente toda relación con P.

12 MIA: Movimiento Islámico Armado. FIS: Frente Islámico de Salvación. AIS: Ejército Islámico de Salvación. GSPC: Grupo Salafista para la Predicación y el Combate.

13 Ver nota 8. La expresión no remite únicamente a la personal Argelia del padre de la autora, sino de forma más general a la Argelia francesa de la época colonial designada por De Gaulle como «la Argelia de papá».

Bajamos de nuevo al pueblo, recorrimos el mismo camino en sentido inverso y entonces la vimos.

La iglesia blanca y majestuosa de la foto, alzándose en el campo seco en medio de los árboles y escasos tejados de tejas antiguas. Donde fueron bautizados los diecisiete miembros de mi familia, entre ellos mi padre, que nacieron en la granja. Donde los hermanos de mi abuela fueron monaguillos, su sobrina organista, y donde se celebraron las comuniones, la mayor parte de las bodas y también los funerales de todos los Montoya muertos en Misserghin antes de 1962.

La iglesia donde mis abuelos se casaron el 31 de julio de 1943, seis meses antes de que Paul volviera a irse en un barco con destino a Inglaterra, dejando sin saberlo a su joven esposa embarazada.

De ese día no existe ninguna foto y no sé por qué, puesto que hay instantáneas tomadas en épocas anteriores. Era la guerra, una ceremonia sencilla en el campo, una novia por milagro, morena y ya no muy joven, en todo caso mayor que el novio, lleno de pecas, con orejas de soplillo, devuelto por el mar y sin familia presente. La diferencia de edad entre ellos era visible y tal vez diera que hablar, no lo sé.

No debía de haber muchos invitados. Sin duda los convidaron después a la granja para celebrarlo comiendo algo. Solo había que cruzar el campo de atrás, era fácil y probablemente hiciera muy bueno. No se tiraba arroz a los novios en esa época. No sé si mi abuela iba de blanco, qué manitas se habían desvivido por coserle un vestido, qué pobres tesoros formaban su ajuar, si llevaba una flor en el pelo, si una alegría intrépida devoraba su rostro como en la Polaroid amarillenta donde aparece en pantalón, con su sombrero y su blusa blanca con chalina, que mi abuelo llevaba siempre encima.

Pero sí tengo una foto del 31 de julio de 1993.

Fue tomada en el patio de la casa de Dijon, justo antes de que saliéramos a un buen restaurante de la ciudad para reunirnos con algunas personas de la familia, para celebrar las bodas de oro de mis abuelos. Están pegados el uno a la otra ante el parterre de hortensias rosa del que tan orgullosa estaba ella. Él le agarra el hombro con actitud protectora, o posesiva, muy conmovedora, mientras ella se ha llevado las manos al pecho, con las que no parece saber qué hacer ante el objetivo, porque le han pedido que esté quieta unos instantes, lo que lleva sacar la foto, y no tiene costumbre.

Sin embargo sonríe con la cabeza inclinada. Es más espontáneo que en Misserghin, pero tiene cincuenta años más y soporta menos el calor. Él no sonríe, no le gustan las fotos. Pero es feliz ese día, Paul Plantagenet, con su bonito traje gris y el cuello de la camisa desabrochado, debe de ser mediodía y el sol pega fuerte, se ha quitado la chaqueta y espera hasta el último momento para atarse la corbata. Es feliz, con su panza y su cabeza despoblada, las sienes blanquísimas, tras los cristales ahumados de sus gafas, porque ha pasado medio siglo al lado de la mujer que ama y no piensa dejarlo ahí. Ella lleva gafas de montura caoba, conjuntada con el color su pelo, una falda beis plisada que se ajusta a su cintura engrosada con el tiempo y la bonita blusa con chalina, de rayas azules y blancas, que tanto le gustaba, de manga larga, porque ya no enseñaba los brazos, que encontraba demasiado gruesos. A ella le gustaban las blusas con chalina. Él odiaba las corbatas.

Al final de la comida, donde éramos muy pocos, él le regaló una segunda alianza, toda engastada de pequeños diamantes, cincuenta años después de la primera, que era un simple anillo de oro. Se la puso en el anular de la mano derecha, forzando a la altura de la articulación a causa de la artrosis que le torcía los dedos, de igual modo magníficos.

Estaban guapos mis abuelos ese día. Con esa misma ropa los enterramos diez años después.

La iglesia ya no tiene campanario, ha sido decapitada de un golpe franco e impecable, ahora está prácticamente a la misma altura que los edificios de alrededor y es la primera razón por la que pasamos por delante sin verla antes. La segunda es precisamente que está rodeada por construcciones que han surgido por todas partes, cuando en la foto aérea de Antoine no había

más que naranjos y algunas viviendas que formaban el Pueblo Viejo, diferenciado del Pueblo Nuevo donde se encuentra el ayuntamiento.

No sé qué es lo que más desconcierta. El cielo que estalla de azul de nuevo, limpio de toda nube, en el lugar del campanario cortado, o el panorama urbanizado en exceso.

Mi padre está completamente desorientado. Mira el edificio de un blanco sucio, cuyas vidrieras están rotas y tapiadas como constatamos al dar la vuelta con Amine. Contempla todas esas casas nuevas surgidas en el campo donde jugaba al fútbol de niño, esos postes eléctricos que no existían por entonces, esas antenas parabólicas. No tiene ya ninguna referencia. Solo un gran árbol, tal vez, a la derecha de la iglesia no ha cambiado.

—Me cuesta orientarme —admite.

Esboza un gesto vago, desamparado.

—Con respeto a la iglesia, la granja estaba allí… Pero no sé cómo se accede ahora.

Amine sugiere que volvamos al coche y vayamos despacio siguiendo un camino que se hunde en lo que parece una urbanización.

El 31 de julio de 2003, mis abuelos habrían tenido que celebrar sus sesenta años de matrimonio. Habrían podido, mi abuela aún estaba viva y mi abuelo a su lado, que seguía queriéndola tanto. Ella estaba sumida en un sueño profundo, un coma que resultó ser intermitente en las últimas semanas puesto que en varias ocasiones volvió a nosotros, pero que desde hacía un tiempo parecía irreversible. Todos habíamos comprendido que Antoinette iba a morir salvo Paul, que excluía esa posibilidad y se aferraba a su mujer como en la foto de sus bodas de oro diez años antes.

Había perdido la noción del tiempo, solo sabía que era verano a causa de la ola de calor que sufría Francia y mataba en el hospital a los viejos como moscas en las habitaciones de alrededor. Pero no manifestó ese día nada más que cualquier otro y nadie le recordó que era su aniversario de boda.

Yo estaba convencida de que mi abuela, en el viaje de vuelta que había emprendido hacía meses a lo largo de los sucesivos ataques que la habían abatido, esperaba esa fecha para pasar por fin a la otra orilla. Y cada vez que pensaba en esa orilla, veía de nuevo la foto aérea de la iglesia con su campanario puntiagudo y su flecha.

Estaba con mi marido y mi hijo en el sur de Francia. Pasábamos unas

vacaciones dolorosas. Yo había roto con P., había habido escenas, lo había abofeteado, amenazado, puesto un ultimátum. Había llorado tanto, «no lo entiendo quiero a mi marido», desnuda contra el cuerpo de otro, y ese otro tan huidizo. Me había llevado meses admitir que la muerte era algo irreversible. Sin embargo había roto, menos sin duda para dar una última oportunidad a mi marido que para hacer reaccionar a mi amante.

Todo me crispaba, el calor, el sol, el acento del sur, la multitud en las playas, todo lo que me había gustado de niña. Me esforzaba en aparentar pero era tan adicta que debía obligarme a no llamar por teléfono a P. y correr a reunirme con él en cualquier parte. Sufría día y noche, no engañaba a nadie. Lo habría dejado todo a su menor señal. Él había aceptado mi decisión, como regalo de despedida me había mandado una edición original de *La ley*, de Vailland, y otra de la *Poética del espacio*, de Bachelard. «La costumbre es una palabra demasiado usada para decir ese vínculo apasionado de nuestro cuerpo que no olvida…», escribía en su última carta, fechada el 30 de julio. «No hay por así decirlo una sola frase de "La casa del sótano al desván" que no quisiera citarle. Por eso me permito, despreciando toda convención social, mandarle este complemento indispensable de las *Ensoñaciones del reposo*. No lo eche al fuego, querido Ángel, mi demonio, antes de haber dado unos pasos por él, Marceline se codea en él con Rilke y Poe, y usted habita a mis ojos cada una de estas páginas».

Antoinette Montoya murió doce días más tarde.

Yo dejé a mi marido en septiembre.

Son viviendas construidas deprisa y corriendo, todas según el mismo modelo, pegadas unas a otras, en su mayor parte inacabadas, sin pintura, que se adivinan eternamente en obras. Se habría dicho que estaban deshabitadas de no ser por la ropa tendida en los balcones, las antenas parabólicas en los tejados y esos niños de ojos negros y vivaces, descalzos o con sandalias destrozadas, que deambulan delante de nosotros y nos siguen unos metros, intrigados por nuestro 4x4, cuyas enormes ruedas levantan nubes de polvo anaranjado.

No nada en la opulencia esta parte del Pueblo Viejo de Misserghin, que de hecho ya tiene poco de pueblo y mucho de extrarradio desfavorecido. En casa lo llamaríamos zona periférica de viviendas precarias.

—Antes aquí no había nada —repite simplemente mi padre encogiendo

los hombros cuando Amine le pregunta si debe continuar.

Ese nada era un campo en torno al cual se alzaban tres granjas aisladas, ahogadas entre los naranjos. La de los Montoya era la última, al fondo. Una imagen de postal, apacible y campestre. Conozco todo eso de memoria. El panorama ha cambiado. ¿Qué hemos venido a hacer aquí? En unos minutos, el cielo ha palidecido. ¿Cómo reconocer la granja y sobre todo para qué, si es que sigue ahí, puesto que ya no hay ni campos ni árboles, solo casas mal encajadas, una carretera llena de rodadas que termina bruscamente y da paso a un camino hundido de tierra? ¿Hay que continuar, vuelve a preguntar Amine sin abrir la boca, es realmente necesario volver a esos lugares para pasar de la nostalgia al duelo que el tiempo y la historia ya se han encargado más o menos de infligirnos?

En ese instante, la pregunta se plantea legítimamente aunque sea demasiado tarde para volver atrás. Estamos allí, claro que hay que continuar, conviene llegar hasta el final, reconquistar lo que quede de la flamante granja original alcanzada por el cemento en las lindes de un barrio de chabolas. Ya hemos visto demasiado.

Pronto deja de haber camino y Amine detiene el coche. Hemos salido de la zona residencial. Hemos cruzado el antiguo campo y estamos al pie de la montaña. Detrás de nosotros, una reja dilatada en distintas zonas parece delimitar un terreno donde se alzan dispersos algunos naranjos cansados. Al fondo se ve junto a una gran palmera un edificio ruinoso, que debió de ser blanco hace mucho tiempo y que tomo por un hangar, un almacén de herramientas, a causa de sus muros descascarados y de la chapa ondulada que cubre tres cuartas partes de su tejado. No puede ser eso.

Estamos los tres de pie en el camino, con los ojos escrutando el horizonte, ese mar de viviendas desfavorecidas. No la habremos encontrado, la bonita granja de la foto, construida por el antepasado de tupidos bigotes, el padre de mi abuela, el primer Montoya, el que se parecía a Emiliano Zapata y que murió de la gripe española en 1919. Nos habíamos planteado que hubiera podido ser demolida piedra a piedra, pero ni por un momento, en nuestra ingenuidad, que, bajo el colosal desarrollo de Misserghin, la granja pudiera haber quedado sepultada por la expansión inmobiliaria. En cierto sentido tal vez sea mejor así y no valga la pena insistir, no podremos reprocharnos no haberlo intentado. Qué barbaridad, lo blanco que se ha vuelto el cielo.

Mi padre se ha acercado a la reja. Le tiembla la mano al señalar el hangar.

—Es la granja —dice—. Es *ella*, tiene que serlo.

En los meses que siguieron a la muerte de mi abuela, cuando emprendí mi pequeña turné por Francia para interrogar al puñado de viejos pies negros de mi familia aún vivos, pasé tiempo con Antoine, que era viudo y vivía en Montpellier desde 1962 en un piso tapizado de fotos. A diferencia de mi abuelo, que se marchitaba en silencio y nunca se recuperaría de la jugarreta que acababa de hacerle su mujer, morirse, el hermano de mi abuela no se hacía de rogar para hablar. A los noventa años, Antoine seguía teniendo prestancia.

Era alto, imponente, con el aspecto fornido de los Montoya y pecas, su pelo ya ralo echado hacia atrás, con gomina, como hacía en la época en que era aviador. «Tu abuelo siempre fue un blando. Lo que me gustó fue su nombre. En la base, habían puesto la lista de los *metros*, como se decía, los metropolitanos que se encontraban solos en Navidad, Plantagenet, no es banal. Así lo elegí. El Paul, pelirrojo y con su aspecto amable, destacaba en La Sénia. Fuimos en autocar a la granja y la Yaya había preparado migas, con pan duro porque en esa época no teníamos nada, era la guerra. El pobre Paul no sabía lo que era pero comió, porque era bien educado y muy tímido. Entonces no dijo nada, empezó a comer y casi se ahoga. Se puso todo rojo, no respiraba, empezamos a pegarle en la espalda, la Yaya quería obligarlo a beber orujo para que bajase la comida, era muy seco y picante, un auténtico matarratas, había que estar acostumbrado. Todo el mundo corría de un lado a otro, nos preguntamos si no se iba a quedar en el sitio, el pobre. Después nos reímos mucho, pero en aquel momento, hija mía, te digo que no sabíamos dónde meternos, con tu abuela que estaba un poco aparte. Antoinette siempre se quedaba al margen, no sabes lo arisca que era. Es la primera vez que se vieron los dos, ¡no te digo el flechazo!».

Antoine, contrariamente a los demás, pertenecía a varias asociaciones de pies negros de la región Languedoc-Roussillon y de antiguos combatientes de la Segunda Guerra Mundial con los que había efectuado el desembarco de Provenza. Como todos, odiaba a de Gaulle, pero aún más a Mitterrand. «*Argelia es Francia*. Ese sí que se rio de nosotros».

Era racista y no lo ocultaba, creo que era su forma de permanecer inconsolable. Sabía que no compartíamos las mismas opiniones él y yo, y cuando le confesé mi intención de ir a Misserghin, solo me dijo «para qué,

hija mía, pierdes el tiempo. Misserghin se acabó. ¿Quién se acuerda de nosotros allá? Lo han borrado todo. Es como si nunca hubiéramos existido».

Era insomne, como siempre lo fue su hermana, la única que no dormía la siesta en la granja, veía telenovelas sentimentales hasta bien entrada la noche. «Qué le vamos a hacer…».

De entre los naranjos surgen de pronto unos hombres que se dirigen hacia nosotros. No los habíamos visto, hasta teníamos la sensación de que el lugar estaba abandonado por lo poco cuidado que parece todo, el huerto y la casa. Pero ellos nos han visto, a estos desconocidos de comportamiento sospechoso que observan el lugar y, desde hace unos minutos, toman fotos por encima de la reja sin pedir permiso.

Son nueve o diez, hombres jóvenes, de unos treinta, bigotudos, con ropa desgastada y chanclas, caminan con paso voluntarioso, sin sonreír, casi en fila india, seguidos por dos niños pequeños de pelo rapado con ropa deportiva.

—Voy a explicarles —dice Amine, que se ha puesto rígido y se planta delante de nosotros como un guardaespaldas.

No nos movemos, mi padre y yo, dispuestos a rendir cuentas, seguros de que nuestras pacíficas intenciones nos autorizan a estar allí, con el sentimiento por mi parte de que, pase lo que pase, nada puede afectarnos, como si flotásemos. Ni siquiera estoy segura de tener miedo.

Los hombres mueven una estaca de la cerca para acceder al camino donde nos encontramos. Ignoran a Amine y vienen directamente hacia mi padre con cara de pocos amigos.

—*As-salam ‘aleikum* —dicen.

—*Wa aleikum salam* —responde mi padre.

Uno de ellos, que parece dirigir a los demás, se acerca a él con el rostro serio, la mirada escrutadora. Se planta ante mi padre. Está tan cerca que sus narices podrían tocarse. Ambos se miran a los ojos en un silencio tenso. Es una escena inverosímil, un plano de lentitud interminable estilo Sergio Leone. Nadie sabe lo que va a pasar, cuál será el próximo gesto, la próxima palabra, si ese hombre está allí para ayudarnos o para expulsarnos de por vida de ese lugar del mundo.

De pronto agarra a mi padre por los hombros y dice:

—Montoya.

P. sigue viendo a otras mujeres las noches en que no viene. Debe de ser un modo de resistencia a lo que siente por mí. El sufrimiento de los celos me asola como nunca me había ocurrido, toma la forma de la autodestrucción, de la violencia, de la adicción, pierdo toda autoestima, fumo noches enteras, bebo hasta que me pega lo bastante para no tener miedo a la oscuridad y me derrumbo en el suelo de mi apartamento.

Una amiga con quien he hablado me dice que no puedo seguir así, que debo protegerme y poner fin a esta relación tóxica. La psicoanalista, a quien consulto los viernes después de comer desde que dejé a mi marido y que dormita a medias mientras lloro en su diván, farfulla un día que de todos modos no es normal esa potencia, esa energía entre P. y yo, necesariamente significa algo. Mi marido me deja a menudo una rosa ante la puerta. Me espera, dice.

Las mujeres aparecen mucho después que los hombres, cuando ya hemos rodeado el terreno con ellos y pasado un largo rato cerca de las antiguas albercas hablando, con más o menos ayuda de Amine porque pocos de ellos hablan y entienden francés, sacando fotos y comentando las instantáneas antiguas que hemos traído. Solamente una vez que hemos entrado las vemos, o más bien percibimos el frufrú de sus vestidos, el roce de sus pantuflas en el suelo. Trajinan en la cocina y nos dejan sentarnos en el suelo en torno a la mesa sin entrar en la estancia, pero oímos su voces del otro lado y, regularmente, asoma una cabecita que en seguida se retira, unos ojos curiosos de ver qué pinta tienen los huéspedes inesperados y temidos que somos.

En seguida nos sirven el cuscús, que comemos con los dedos. Me incomoda ser la única mujer autorizada a encontrarme a la mesa con los

hombres, por ser extranjera e invitada distinguida, sorprendo su mirada sonriente cuando vienen a traer o a retirar una fuente, no dejo de sonreírles a mi vez y, al final, me llevan con ellas. No hablan francés, dos muchachas tienen rostros verdaderamente hermosos y están muy emocionadas por mi presencia, revolotean a mi alrededor animadamente, me hacen entender que me parezco a mi abuela, con su pantalón negro, su blusa con chalina y su sombrero, sentada en el bordillo de la alberca pequeña, cuya foto contemplan extasiadas. No creo que sea verdad pero es su forma de abrirme los brazos. Me dan unas zapatillas, un delantal, una manopla, unos trapos, todo lo que encuentran como regalo improvisado en la cocina. Bajo ningún concepto he de irme con las manos vacías.

Junto al salón donde hemos comido hay una pequeña estancia de paredes pintadas de azul con muchos trastos amontonados, y cuando en cierto momento mi padre dice que ahí es donde él nació, los hombres hacen gestos solemnes, todo el mundo se levanta y hay que hacer más fotos. En una de ellas, mi padre aparece con uno de los niños de pelo corto, con shorts y camiseta deportiva, apoya sus dos manos morenas en los hombros del niño cuya cabeza reposa contra su vientre.

Tienen el mismo color de piel, sonríen enormemente. Es después de la comida. Estamos mucho más relajados aunque yo vivo cada segundo con la mayor intensidad posible y sigo sin creerme que esté allí, en esa famosa granja de Misserghin, ciertamente mucho menos majestuosa, menos espléndida que en los relatos de mi abuela, pero cuyos habitantes nos agasajan como a reyes.

Me pregunto qué puede sentir mi padre. Un nudo muy complejo e inextricable, incluso para él. Sobre todo para él. En el jardín, abandonado, sucio y seco, y del cual han desaparecido tres cuartas partes de los naranjos, antes de que entrásemos en la casa me susurró estas palabras al oído, «menos mal que tu abuela no ha visto esto».

Porque hay algo terrible en esta visión de la granja de paredes deslucidas, de tierra quemada, con las dos albercas que eran la alegría de los niños en tiempos de mi familia y que actualmente, medio derruidas, ya no sirven más que para almacenar tejas. En cuanto al huerto, que para la recolección requería contratar a obreros extra que se alojaban allí, no es más que la sombra mugrienta de lo que fue.

Pero es en este mismo lugar, en esta tierra hoy reseca, donde caminó mi padre por primera vez, sobre las baldosas de barro agrietadas dentro de la casa nació, y ha tenido que esperar cuarenta y cuatro años para poder reivindicarlo en voz alta sin vergüenza.

Después de la comida, cuando nos reunimos bajo un emparrado entre la construcción principal de la granja y otra más pequeña que le hace frente, el antiguo dormitorio de los obreros, explica mi padre, aparece un anciano con un turbante. Hay alfombras de colores tendidas y un *patchwork* de mosaicos azul celeste en el suelo.

—La Yaya, mi abuela, echaba la siesta aquí, en el mismo suelo, sobre una simple esterilla —dice mi padre—. Nunca la vi dormir de otra manera, siempre en este sitio preciso.

He olvidado completamente los planos que dibujó y que, sin embargo, examiné tantas veces. Pero creo que no me servirían de nada porque no pueden corresponder a lo que ahora tengo ante mis ojos. Temo de pronto que la certeza que hemos venido a buscar y que se nos ofrece en su crudeza borre toda imagen precedente. Temo que ya nada perviva, que el álbum que compondremos cuando volvamos a Francia solo contenga ya la única realidad de Misserghin.

Hay cada vez más gente a nuestro alrededor, algún recién llegado salido de la nada se une sin cesar al grupo. No entendemos bien si viven todos allí, hemos comido con cinco o seis hombres y ahora son diez los que quieren salir en la foto con mi padre en el centro, diez hombres, siete mujeres, dos niños pequeños y el anciano del turbante, que insiste en regalarnos instrumentos musicales que él mismo fabrica, flautas y yembés para nosotros y los nuestros en Francia.

Todos los demás nacieron después de la Independencia. Mi padre es la primera encarnación que se les concede ver de la época colonial, en todo caso la primera que les concierne directamente, pero el viejo del turbante vivía en tiempos de los franceses, conoció a la Yaya, le cuenta a mi padre. ¿Es porque todo el mundo se conocía entonces en el pueblo? ¿Es que trabajó aquí? En ese caso, querría decir que los actuales propietarios de la granja son los hijos de los obreros de mi bisabuela.

El hecho cierto es que son pobres, más aún de lo que fueron los míos. El delicioso cuscús que hemos compartido solo contenía verduras, pienso en el que preparaba mi abuela en Dijon, con tres carnes distintas. Los hemos sorprendido en su día a día, no han tenido tiempo de esconder su miseria, de cambiarse de ropa, de correr a pedir prestado un trozo de cordero a algún vecino. Nos han dado todo lo que tenían.

El anciano del turbante se ausenta un momento y cuando regresa lleva en las manos dos grandes jaulas para pájaros.

—Josefa Montoya —repite meneando la cabeza—. Josefa Montoya.

Están vacías y oxidadas, pero en muy buen estado, y mi padre se pregunta cómo ha podido olvidar su presencia allí antes, porque era la afición secreta de su abuela, la Yaya, a quien el trino y el gorjeos de los canarios y los jilgueros ayudaba a dormir.

Veo su rostro descomponerse, pienso que va a echarse a llorar, no lo ha hecho hasta entonces, ni al caminar por el jardín ni al entrar en la casa, podría perfectamente venirse abajo ante las jaulas para las que no estaba preparado, pero solo apoya la mano en el hombro del viejo. No entiendo cómo resiste la violencia de las emociones que nos estallan en plena cara de forma ininterrumpida desde que llegamos.

Dos meses después de dejar a mi marido volví a romper con P. Pero sé que no volveré atrás. Comencé a preparar mi viaje a Orán.

Siempre he oído contar que, cuando volvió a Misserghin después de la guerra, mi abuelo se presentó un día en el lado de la propiedad donde en aquel momento jugaban varios niños. Era en enero de 1946, se había marchado dos años antes y los mayores que lo vieron abrir la cerca del fondo no reconocieron a aquel hombre a quien nadie esperaba, vestido de militar y con un petate al hombro. Mientras corrían a la casa a avisar a las mujeres, Paul caminó por el huerto hacia un niño muy pequeño al que los otros habían dejado solo y que apenas se mantenía de pie. Era un bebé extrañamente rubio de dieciocho meses, y no tuvo miedo cuando el hombre lo cogió en brazos y empezó a besarlo.

Dentro de la casa, las mujeres se habían amontonado tras una ventana y antes incluso de que Paul abrazara a su hijo, a quien veía por primera vez y había reconocido instintivamente, Antoinette comprendió que su marido por fin había regresado y que iba a dejar la granja para ir a la ciudad.

Aquí fue donde ocurrió. Antes de marcharnos, me siento en el bordillo de la alberca y cruzo las piernas como mi abuela en 1942. Pido a mi padre que me haga una foto. Los niños que me rodean no comprenden por qué insisto tanto en que me fotografíen en ese murete en ruinas cuya primera función ignoran probablemente, con el telón de fondo de un montón de tejas, piedras dispersas, malas hierbas requemadas, el cemento de las casas vecinas y una gran chumbera como único elemento vegetal.

Debe de parecerles absurdo y darles tanta vergüenza que uno de ellos corre al jardín para coger una flor amarilla, una especie de junquillo, e insiste en dármela para que al menos haya, gracias a eso, un toque de color y de naturaleza en la escena.

El cielo está blanco, es la primera hora de la tarde.

El anciano del turbante trae del gallinero un huevo recién puesto. Nos lo tiende, con las manos temblorosas, humildemente. No sé si se da cuenta de que estamos en un hotel, sin la menor posibilidad de cocinar ese huevo y aun menos de empaquetarlo en nuestro equipaje a Francia, pero de ningún modo podemos rechazarlo, y es en ese momento cuando lloro.

Nos acompañan todos al coche. Son veinte en total a nuestro alrededor, hombres, mujeres niños. El hombre que se había dirigido en primer lugar a mi padre cuando llegamos no deja de enarbolar la pequeña copia del retrato de mi abuela que les hemos regalado. Las muchachas sonríen sin reservas, una adolescente me lanza un beso con la mano, las mayores, que llevan largos vestidos orientales, se aprietan unas contra otras, más tímidas. Dos de ellas aún llevan un delantal atado a la cintura.

Puesto que desde hace dos años los pies negros empezaron a acudir en masa al pueblo, como nos contaron durante la comida, los habitantes de la granja necesariamente pensaron que les llegaría el turno y que un buen día verían presentarse ante su puerta, dentro de una de esas delegaciones oficiales que parecían aterrizar una tras otra en Misserghin en el transcurso de viajes organizados al detalle, encantadas de la buena acogida que disfrutaban, a miembros de esa familia que hasta 1962 había vivido allí y cuyo nombre conocían a la perfección.

En cambio, no esperaban ver llegar, sin previo aviso, a dos personas solas y, al menos en lo que a mí respecta, más jóvenes que la media de los grupos de repatriados habituales. Pero una vez disipado el efecto sorpresa, mientras nos miraban desde lejos detrás de la reja contemplar con estupor y desconcierto la antigua propiedad familiar, no les quedó la menor duda sobre nuestra identidad.

Nos vamos, se quedan. Esta es ahora su casa. Tal vez por eso hemos venido, para entregarles simbólicamente las llaves, cuarenta y cuatro años después. Todo está en orden. Una mujer vierte un barreño de agua detrás de nosotros, no distingo su rostro, nos sonríe.

Tomamos el camino del pueblo, volvemos a la plaza del ayuntamiento. Las

calles están casi vacías, de cuando en cuando surge un hombre en una acera con una alfombra de oración bajo el brazo, caminando presuroso hacia la mezquita bajo la pálida luz del cielo, levantando una nube de polvo a cada paso. Esta vez nos tomamos el tiempo de recorrer el centro a pie, de pasear junto a las casas viejas de colores pasados de la época colonial, nunca vueltas a pintar y más o menos deslucidas, de sacar fotos de tal vivienda cuyos habitantes conoció mi padre, ante la escuela y la fuente. No es como por la mañana, ya no somos extranjeros en Misserghin, hemos dejado de tener miedo.

Sigue siendo igualmente difícil para mí imaginar lo que era en tiempos de mi abuela, de los bailes del 14 de julio con banderas tricolores y desfiles de *majorettes*. En el fondo es imposible y, al contrario de lo que creía hasta ahora, no tiene la menor importancia. Lo importante es sentir la perfecta legitimidad de estar aquí y haber acabado con la vergüenza.

Soy yo quien insiste con el cementerio. Mi padre no tiene especial interés, está sin duda algo aturdido y ha tenido suficientes emociones por un día, tiene ganas, pese al cielo encapotado, de subir hasta el fuerte de Santa Cruz para admirar las vistas de la bahía de Orán. Pero ya que estamos en el pueblo de los orígenes, me parece una lástima marcharnos sin pasar por la tumba del bisabuelo español que construyó la granja y murió allí cuando no tenía ni treinta años, un año después de volver de la Primera Guerra Mundial donde combatió por Francia.

Ya lo sabemos, los cementerios europeos quedaron abandonados después de la Independencia, muchos han sido incluso vandalizados, a pesar de todo siguen siendo paso obligado y masoquista de todos los pies negros que peregrinan de vuelta a la tierra, porque si hay algo que no pudieron llevarse en las maletas, fuente de dolor y culpa, es la tumba de sus muertos. Después hablan de los monumentos destrozados, las placas robadas, el mármol saqueado, y lloran por haber entregado al enemigo, sepultados para siempre en la tierra reseca de un país que renegó de ellos, los restos de sus seres queridos. Y duele más, desde luego, que un fonógrafo o que un arca de cerezo perdidos. De eso es imposible reponerse nunca.

Tal vez sea lo que asusta a mi padre, tras los momentos apacibles que acabamos de vivir en la granja, pese a su avanzado estado de ruina. Pero quizá también sea, más simplemente, que no comparte el gusto que puedo

tener yo por esa clase de sitios, macabros para él y sobre todo de un vacío abismal, cosa sin duda inapropiada para un hombre que desde siempre padece vértigo.

Al contrario, a mí me gusta la idea de los muertos que quedaron para siempre en el suelo de África, que los pies negros, en su desesperación de quitárselo todo a la tierra en que nacieron, se vieron obligados a dejar.

Llevamos un rato dando vueltas por separado entre las lápidas, la memoria de mi padre hasta ahora tan fiable está totalmente confusa. Tal vez le ponga algo de mala voluntad, sobre todo porque hemos tenido que entrar por allanamiento, siguiendo a Amine, en el recinto del cementerio cuyo acceso parecía prohibido, en todo caso no tiene la menor idea de dónde se encuentra la tumba familiar.

Hay altos cipreses, grandes senderos de tierra roja y sepulturas en su día uniformemente blancas y hoy uniformemente deterioradas, bajo una luz lívida e irreal.

Algunas tumbas ya no tienen nombre. En estas condiciones, nuestra búsqueda parece, a cada minuto que pasa, abocada al fracaso, y mi padre me hace de lejos un gesto de hastío. Está dispuesto a renunciar cuando Amine nos llama. La ha encontrado él.

No hay la menor duda, aún puede leerse claramente FAMILIA MONTOYA en la lápida. Amine recoge pedazos de mármol roto en los que aparecen letras, que meto en mi bolso para llevarlos a Francia. FAM. OYA.

Fotografío a mi padre junto a la tumba y nos marchamos.

Es la tarde del segundo día.

Desde lo alto de la colina del Aïdour, el puerto de Orán parece cubierto por el velo blanco que se ha colgado en el cielo desde Misserghin.

Mi padre y yo sacamos fotos como las que se ven en los libros, con el fuerte de Santa Cruz en primer plano o en picado hacia la bahía, fotos de la Virgen dentro de la capilla, al menos de su réplica, puesto que la original se encuentra en Nimes desde 1962, y me pregunto quién, en la desbandada de la marcha, tuvo la presencia de ánimo y sobre todo el espacio para llevarse en las maletas, a falta de ataúdes de familia, estatuas religiosas, nada menos, una vez más, porque fuera insoportable separarse de ellas que porque de

ningún modo iban a dejárselas a los Árabes.

Es algo compulsivo, porque después de la cueva, la granja y el cementerio, ya no estamos en condiciones de recibir más imágenes. Entonces sacamos todas las fotos posibles sin ser conscientes de que se trata de poder recordar algún día que vinimos.

Pienso en todas esas casas que se pierden en las familias a lo largo de las generaciones, casas vendidas, desfiguradas, destruidas, incendiadas, veo desfilar ante mis ojos las imágenes de esos hombres y esas mujeres obligados a marcharse a toda velocidad en esos grandes barcos sobrecargados, con derecho a llevarse de su vida solo dos maletas por persona, en quienes tiraron por las ventanas de los pisos que abandonaban muebles, electrodomésticos, vajilla de porcelana y todo aquello que no podían llevarse, para no dejar nada a los argelinos que iban, cuando ellos aún estuvieran en el puerto amontonados como animales, a instalarse en su lugar, dormir en su cama y saquear sus armarios. Quienes, en los pueblos, prefirieron quemar su casa.

Le hemos dado la noche libre a Amine y cenamos solos, mi padre y yo, en el hotel. No hay nadie aparte de unos hombres de negocios sentados a una mesa en un rincón, y no estamos muy cómodos, los dos, ya poco acostumbrados a estar a solas en el restaurante y de todas maneras incapaces de hablar de lo que acabamos de vivir en el transcurso de este largo día.

En el fondo, no sé lo que piensa mi padre, si se alegra de estar aquí, si me lo agradece, si sufre y algún día me lo reprochará. La pregunta me quema los labios, pero no me atrevo a hacérsela.

Quisiera contarle por lo que estoy pasando desde hace dos años, mi historia con P., lo que he soportado y la convicción profunda pese a todo de que mi vida está con él, de que no la he destruido eligiendo a P., muy al contrario, me gustaría contarle a P. el ímpetu, la fuerza que me empuja hacia él, la certeza de que algún día no estaremos separados, la certeza de que no seguiré siendo mucho tiempo esa chica que espera el final de la noche y cría sola a su hijo entre dos pesadillas, esa chica siempre en busca, siempre sedienta, con una pena en el fondo de su ser que nunca pasa.

No soy capaz.

Cambio de tema, hablo de Navidad, dentro de unas semanas, este año el

pequeño estará conmigo. La última vez fue duro sin él, tuve náuseas durante todo el viaje de vuelta en tren entre Troyes y París, y cuando llegué por la noche a mi casa en Pigalle, en ese silencio abrumador del 25 de diciembre, creí que me moría. A mi madre le dije por teléfono que era a causa de las ostras.

Hago la lista de los juguetes que ya he comprado y mi padre me cuenta entonces que para él era muy sencillo, en Navidad, cuando era niño, recibía un solo regalo, siempre el mismo: una caja de Meccano.

—Ya sabes, esas cajas de construcciones, de metal, con helicópteros, coches, motos, tractores que tenías que montar tú mismo…

Me explica que las cajas llevaban un número y que esperaba cada 25 de diciembre la caja siguiente. Tenía tanta impaciencia y deseo de completar su colección que le daba igual no recibir ningún otro juguete y que cada Navidad no hubiera sorpresas, pasaban la fiestas en Misserghin y después guardaba cuidadosamente sus Meccano en su cuarto en Orán, todo estaba organizado y en su sitio, no faltaba una pieza. Cuando sus primos, demasiado turbulentos, venían a visitarlos, escondía las cajas encima de su armario, dice con una sonrisa traviesa.

—¿Te molesta si fumo?

Mi padre encoge los hombros. Su rostro se ha ensombrecido de golpe, se ha callado, sus ojos buscan algo en el vacío.

—Sabes, tengo un pesar —prosigue—. Cuando nos fuimos, no pude cogerlas, mis cajas, llevárnoslas, y quise dejárselas a nuestro vecino de rellano, en la calle Condorcet. Era un español que me gustaba mucho, más bueno… Pero para tu abuela estaba fuera de discusión, ya sabes cómo era, a un extranjero no, bajo ningún concepto, debía quedarse en la familia. Entonces se las dio a mis primos, todas mis cajas, toda mi colección, todos mis años en Argelia, y en unos minutos los destrozaron todo. Me puse malo, no te haces idea. Me llevó tiempo…

Su voz se rompe. Ahí está, el dolor de mi padre, es un juguete roto para siempre.

El tercer día, la luz mediterránea ha regresado e ilumina los diversos matices de azul de las últimas fotos.

Es un día con muchos planes pero permanece evanescente, no tiene gran importancia. No hemos decidido nada mi padre y yo, ya no tenemos deseos precisos.

A juzgar por las fotos que tomamos, Amine nos lleva a la costa para

comer frente al mar, luego damos un largo paseo por la playa de las Andaluzas con su hijo, cruzamos paisajes magníficos, degustamos un primer té en casa de los padres de Amine y un segundo té en casa de una familia oranesa acomodada, con profusión de dulces en la mesa, conocidos del amigo del embajador que han insistido en vernos, pasamos también por la redacción de *L'Écho d'Oran*, visitamos por la tarde al director de una molinería.

Más tarde contemplamos la puesta de sol en los vestigios del fuerte de Mazalquivir, paseamos por última vez por el paseo marítimo y el centro. Mi padre quiere volver a la calle Condorcet, caminar por la acera y deambular por las calles cercanas, cerca del mercado Michelet, donde nos hundimos entre los puestos populares, con mujeres mayores que se tapan la cara cuando tratamos de hacerles fotos. Cenamos en un restaurante precioso de la ciudad.

No me acuerdo de nada.

Tampoco de la marcha a la mañana siguiente, de la despedida de Amine, que nunca responderá a nuestras cartas, del vuelo de vuelta. Como si todas las imágenes que siguieron a Misserghin se hubieran borrado mientras las que precedieron a nuestro reencuentro con la granja permanecen, en su mayor parte, de una claridad pasmosa.

Solo veo las largas colas a la llegada a París, los controles policiales interminables para todos los viajeros procedentes de Argelia.

Y más tarde, en el momento de separarnos, cuando nos besamos sin saber qué decir, cuando ya me dirijo al metro ligero de Orly y él a su coche, mi padre, que revuelve en sus bolsillos y me tiende febrilmente unos billetes, unas decenas de euros, todo lo que lleva encima, se echa a llorar, por fin, y dice gracias, gracias.

Recientemente un domingo mis padres vinieron a comer y a pasar el día con nosotros en París.

En el momento del café, los niños estaban sobreexcitados, preguntaron a P. si podían usar el iPad y entonces empezaron a explicar a mi padre el funcionamiento de Google Earth.

—Es muy fácil, abuelo, eliges cualquier lugar del mundo, por ejemplo, tu casa de Troyes, el satélite lo encuentra y con los dedos amplías la imagen, te desplazas, haces lo que quieres. Hasta puedes ver tu jardín.

Mi padre estaba pasmado.

Miraba a los chicos volar por encima de los tejados haussmanianos de nuestro distrito hasta las tejas rústicas de su pueblecito del Aube. Estaba fascinado, no se atrevía tocar la pantalla táctil, que le daba la sensación de que podía abarcar el mundo entre sus manos, pero, animado por mi hijo mayor, en cierto momento se aventuró. Con el índice marcó una dirección en el teclado y empezó a navegar torpemente.

Vino entonces hasta mí todo exaltado y me lo enseñó.

—Es la calle Condorcet, ¿la reconoces?, con el paseo marítimo al fondo, ahí vivíamos, justo en la esquina.

Luego se elevó sobre la ciudad, sobrevoló la Gran Sebkha para llegar a Misserghin. Desde el cielo identificaba bien el ayuntamiento, en el centro del Pueblo Nuevo, pero no encontraba la granja perdida entre las construcciones recientes del Pueblo Viejo, y sus dedos húmedos se adherían a la pantalla.

Me incliné a mi vez sobre la imagen. Busqué la iglesia y, cuando la descubrí, posé el índice sobre un pequeño rectángulo blanco situado algo detrás.

—Está ahí —dije a mi padre—. Sigue estando ahí.

El deseo y el miedo

No se cierra.

Pensé que con este libro había acabado, esta vez definitivamente, con Argelia. De verdad. Ya lo había creído en 2005, cuando hicimos ese viaje a Orán, mi padre y yo, y reconectamos después de más de cuarenta años con el país de nuestros orígenes. Volvimos de allí impactados, más de lo que dejamos ver, y sin duda más de lo que nosotros mismos admitimos. El deslumbramiento y el estupor que allí experimentamos nos dejaron casi paralizados y enmudecidos. Un vértigo que era imposible compartir. Mi padre reveló las fotos que mi madre ordenó en un álbum. Envió copias a nuestro chófer, Amine B., así como a todas las personas a las que allí conocimos y que tan maravillosamente nos recibieron cuando llegamos sin avisar desde un pasado mal digerido, como surgiendo de las bodegas de un barco que nunca hubiese zarpado. Lo escribí en el libro, Amine nunca acusó recibo, ni tampoco la amable pareja temerosa que ocupaba el antiguo apartamento de mis abuelos en la calle Condorcet y a quienes despertamos de la siesta para un improvisado té con menta. Ningún contacto se mantuvo tampoco con los amigos del embajador, que se ocuparon de nosotros y hasta nos invitaron a su casa durante aquel tercer día que tan poco espacio ocupa en mi libro, porque su recuerdo, al menos para mí, quedó ampliamente sepultado bajo el impacto de Misserghin. Los únicos que respondieron a mi padre fueron precisamente los habitantes de la pequeña granja, quienes sin duda apenas sabían leer y escribir, y aún menos en francés, tras sufrir probablemente el programa de arabización autoritario instaurado por Boumédiène en 1965. De modo que fue el anciano del turbante y el huevo quien, en nombre de todos los demás y con pluma decidida, con su hermosa caligrafía, dirigió a mi padre una carta de la cual me dio una copia y que reproduzco aquí:

Misserghin, 18 de octubre de 2005

Saludos muy querido amigo PAUL

Tomo el bolígrafo para escribirle esta carta sobre dos asuntos, el primero en nombre de la familia M. D., respondo a su encantadora carta llena en su contenido de palabras amables, sí palabras que llegan directamente al corazón, y el segundo asunto los elogios que recibimos durante su visita relámpago a nuestro hogar en Misserghin en lo relativo a la acogida que le brindamos, nosotros consideramos que nos visitó un miembro de la familia, pues la familia Montoya no son desconocidos de la familia M. D. [Largo pasaje sobre «las delegaciones de peregrinos, de gente nativa de Misserghin», que vuelven al pueblo desde 2003, recibidos con gran pompa por el ayuntamiento]. Nada más que añadir, que Dios nos reúna en un agradable día en torno a una mesa familiar. Hasta pronto. Tenemos sus señas y usted tiene nuestras señas, mantendremos siempre el contacto por carta. La familia M. D., Pueblo Viejo, Misserghin.

La carta original carece de toda puntuación. He añadido comas y algunos puntos para facilitar la lectura. No sé qué palabras le había dirigido mi padre e ignoro la emoción que sintió cuando recibió las suyas. No creo que, desde entonces, haya habido más comunicación entre ellos, pero daba lo mismo, el vínculo se había reanudado, las cosas se habían dicho. En adelante conocíamos nuestra existencia mutua, ya no éramos, nosotros para ellos, ni ellos para nosotros, un fantasma sino una presencia real, lejana que por mi parte encontraba, y sigo encontrando, muy tranquilizadora. En mi familia, debieron de hacer dos o tres preguntas a mi padre, «entonces ¿en qué estado está, no demasiado ruinosa?». Poco más. Y además esta afirmación, que escuché a menudo tras la publicación del libro, durante algún encuentro con los lectores: «Yo no quiero volver a verlo, me dolería mucho, prefiero conservar mis recuerdos». Hablaré de nuevo de ello, de las aspiraciones contradictorias, que no son características de los pies negros ni de los exiliados en general pero que, a menudo, toman en ellos matices de autocastigo. Hablaré de nuevo del deseo y el miedo.

Guardamos los álbumes. Y, de Argelia, de ese viaje a Orán, a Misserghin, de esos tres días, mi padre y yo no volvimos a hablar, no realmente.

He escrito y publicado más libros. Tuve un hijo con P. y compramos una casa vieja para reformar en el campo. Pasamos allí algunos fines de semana largos y varias vacaciones, con los niños y muchos amigos. El 28 de diciembre de 2011, la casa fue asolada por un incendio a causa de un cortocircuito. Estábamos allí, pero fue durante el día y habíamos salido una

hora antes para hacer unas compras. Si el incendio se hubiese declarado de noche mientras dormíamos, habríamos muerto; los niños sin duda, porque el cuadro eléctrico donde se inició el fuego se encontraba justo debajo de su habitación, totalmente destruida; nosotros, tal vez no, lo que es peor.

Poco después empecé a escribir un nuevo texto, a medias novelado, que arrancaba con esa historia del incendio, de la casa quemada. Me costaba, las palabras salían con cuentagotas y siempre me parecían demasiado estrechas, demasiado limitadas, los personajes no eran creíbles. Quizá aún lo tuviera, lo tuviéramos, demasiado cerca, no había adquirido la suficiente distancia, mis palabras olían a fuego. Es un olor que persiste largo tiempo, el del fuego, y hay quien lo tolera mal. Yo misma no lo toleraba y, por primera vez, sentía una auténtica resistencia a la ficción. Pero insistí. Laboriosamente, a finales del verano de 2012 entregué a mi editor un texto híbrido, compuesto por tres partes. Contrariamente a su costumbre, Jean-Marc no me llamó en las horas siguientes. Ya estaba muy enfermo, pero ese no era el motivo. Cuando sonó el teléfono al día siguiente, me dijo sencillamente: «Lo de las tres partes no funciona. El incendio no importa. Voy a decirte una cosa: tu texto, lo que de verdad quieres escribir, empieza en la tercera parte, en la página 91. Y no te atreves, así que te escondes, todo lo demás es decorado, no sirve para nada. Algún día tendrás que afrontarlo. Es tu derecho. Es tu pleno derecho. Venga, página 91. Te espero. Tenemos todo el tiempo del mundo».

Lo que empezaba en la página 91 era Argelia. La historia de mis abuelos, de mi padre, de mis orígenes pies negros, mi relación con ello, la incomprensión y el dolor reprimidos, la necesidad de saber, la cuestión de mi legitimidad para tomar la palabra sobre ese tema. Pero este último punto Jean-Marc acababa de barrerlo en una frase, y allí donde mi abuela siempre me había intimado a callarme, él me daba, por fin, la autorización de hablar, de escribir. Reflexioné sobre cómo relatar ese vasto conjunto, esas épocas, esas gentes, esos lugares, esas personas que yo misma había sido, tan opuestas a veces, y fue entonces cuando volví a pensar en el viaje a Orán con mi padre en septiembre de 2005. Comprendí que iba a servirme de hilo conductor. Tras el verdadero viaje y sus álbumes de fotos, que circunscriben los recuerdos, siete años más tarde llegan la prueba de las palabras y el rencuadre de la memoria. El verdadero viaje era una experiencia íntima, familiar, que en el fondo solo concernía a mi padre y a mí; el texto que iba a escribir, que por primera vez no sería una novela y que yo asumiría en primera persona, no sabía lo que era.

Entregué una nueva versión del manuscrito a Jean-Marc a principios de

diciembre de 2012. Era, envuelto en justificaciones como «Siempre he sabido que un día habría que ir a Argelia», el relato del regreso de mi padre, nacido en Orán, al apartamento de la calle Condorcet, a la granja de Misserghin. Estaban presentes Amine, el anciano del turbante y el huevo y todos los demás *personajes*. Yo quedaba muy apartada, no hacía más que sujetar la cámara, como en las fotos, donde casi nunca salía, era mi padre quien ocupaba el primer plano. Era él quien *regresaba*. Una vez más, la cuestión de la legitimidad, del pudor. Del deseo y del miedo. «Aquí está el texto», me dijo Jean-Marc. «Es conmovedor, es absorbente, creíble de inmediato. Pero no sé dónde estás tú, tú que cuentas la historia, no te veo, no sé quién eres. Y tengo ganas de verte, de saber por qué haces ese viaje en ese momento de tu vida. Desde luego no fue por casualidad. ¿Qué estabas viviendo entonces, qué es lo que te obligó a partir a la tierra de tus antepasados? Piensa en ello. Otra cosa: empieza directamente en el aeropuerto, ¿van a perder el avión?, el padre atrincherado detrás de una columna, se entiende enseguida lo que está en juego, la tensión del texto. No hacen falta preliminares». Jean-Marc era un hombre apresurado. Era también instintivo, un brujo, porque en el momento en que decidí hacer ese viaje a Orán con mi padre estaba desgarrada entre dos hombres, entre dos sendas vitales radicalmente opuestas, y aún dudaba sobre cuál de ellas seguir. Pero de eso, Jean-Marc *a priori* no estaba al tanto. Simplemente había sentido que debía de haber una conexión, así como una fisura en algún lado, y a menudo los libros, en todo caso los que a él le gustaban, brotan de alguna fisura. Como los viajes a Argelia.

Por eso puse en escena mi historia de amor con P., que tanto gustó a Jean-Marc en la última versión del manuscrito que le entregué a mediados de enero de 2013 y que él aceptó. «Lo has hecho. Estoy contentísimo». Ese paralelismo entre el viaje hacia la otra orilla y el viaje hacia el otro hombre dividió a los lectores. «Si usted me lo permite, ese contrapunto como hilo conductor sobre su pasión amorosa parece fuera de lugar, pero ¿quizá se trate para usted de un esfuerzo similar por exorcizarlo?», escribe Lucette P., de Versalles, nacida en Argelia en Trois-Marabouts, pueblo de la zona de Aïn Témouchent, en la posdata a la larga carta que me dirige el 18 de enero de 2014 y que termina con estas palabras: «Nos ha sido usted de muchísima ayuda. Está bien. Le estoy sinceramente agradecida». En cambio, Gérard C., metropolitano llamado a Arzew en 1948 en el 41º regimiento de artillería, me confiesa en el correo de seis páginas que me envía el 7 de febrero de 2014 y en el cual, como dice, deja que su pluma corra al hilo de su memoria, «he apreciado su forma de vincular su vida sentimental a los

distintos recuerdos que emergen con ocasión de ese viaje. Fue una cita con usted misma». Por mencionar solo a esos dos, y pido perdón de antemano a todos los demás. Jamás habría imaginado la cantidad de cartas que recibí, las reacciones conmovidas, entusiastas, hostiles o directamente violentas que este libro suscitó. Cuando se publicó, el 3 de enero de 2014, yo estaba lógicamente encantada de haberlo escrito, de haber logrado escribirlo, aunque estuviera convencida de que ese texto, íntimo, centrado en mi pequeño drama personal, no interesaría a mucha gente. No era más que mi historia, mi historia argelina, la de una hija, nieta, bisnieta de pies negros, en un momento crucial de su vida, entre el desgarro y la confusión. No aspiraba en absoluto a una verdad universal, y aún menos a ser portavoz de nadie. Pero el impacto del libro me demostró lo contrario, más allá de todo cuanto habría podido imaginar. Jean-Marc, sin duda, lo había presentido, y esa mezcla de reconocimiento e indignación que provocó *Tres días en Orán* lo habría emocionado mucho. Pero cuando salió el libro, en la fecha que él mismo había elegido, «Enero de 2014 está bien, podré defenderte mucho mejor», hacía algo más de nueve meses que Jean-Marc había muerto.

Reacciones, pues. A montones.

No puedo, en este posfacio, insertar extractos de todas las cartas que me llegaron a través de la editorial Stock, y a todas las cuales quise responder. Me conmovieron, me asombraron. Me abochornaron. Se las hacía leer a P. «Le dirijo este correo como natural de Orania y como oranés» (Daniel D., 21 de mayo de 2014); «Estimada señora, su libro ha vuelto a sumirme en el peregrinaje que hicimos a Orán y Aïn Témouchent un año después que usted» (Marie-Charles R., 28 de febrero de 2014); «Me quedé pasmado ante su libro, el título me impactó, en cuanto veo ORÁN escrito en cualquier lado me invade la emoción, hasta tal punto que necesito pañuelos» (Bernard B.-M., 18 de marzo de 2014), etcétera, etcétera. No tardé en comprender que cierto público muy concreto se sentía de inmediato visceralmente interesado por mi libro, un público pie negro, el que en las ferias del libro siempre me ha abordado con la misma frase, «Yo también soy de allá», como una señal de reconocimiento. No lo había buscado, pero lo que se producía a través de mi libro era una transferencia. La gente lo compraba para leer en él no mi historia, sino la suya, con esa turbia paradoja de deseo y de miedo que a menudo resulta ser tan dolorosa. En ocasiones, funcionaba: «Estimada señora, gracias, gracias por haber expresado *nuestra* historia. Es emocionante y perturbador, a lo largo de las páginas, encontrarse a una misma con tanta

exactitud en su historia. Mientras secaba mis lágrimas, he saboreado cada situación, he sentido el miedo y los reencuentros que tan magníficamente ha expresado. Su historia es mi historia, podrá usted imaginar también mi desconcierto y mi emoción» (Marie-Christine D., nacida en Mascara, quinta generación de pies negros, ancestros españoles). Obviamente no es del todo verdad. Mi historia no puede ser la de otra persona, sobre todo porque yo no «nací allá» y en el fondo ese es precisamente el tema de esta búsqueda: la herencia del exilio, del desgarro, de la pena reprimida, con el orgullo a la vez que el malestar con respecto a esos orígenes, como bien percibió Annie T., nacida en Constantina, de ascendencia maltesa e italiana, suiza, alemana y francesa que me escribe el 15 de febrero de 2014: «Gracias por haber relatado tan bien toda esa paleta de sentimientos, tristeza, alegría, pena, vergüenza, pero también orgullo y dignidad: sentimientos que han sido y siguen siendo el sino de muchos "pies negros". *Pie negro*, ese insulto que hemos sabido convertir en nuestra insignia. Gracias… Voy a hacer leer su libro a los jóvenes de mi familia que, como usted, querrían comprender».

Y en ocasiones no funcionó. Quienes pensaban, esperaban, encontrar en este libro alguna clase de reivindicación quedaron severamente decepcionados. Se desataron, la mayoría, a menudo de forma anónima, en internet: «Bajo una apariencia almibarada, otro libro más del estilo muy en boga que consiste en denigrar, insultar incluso, a los franceses de Argelia […]. No resulta sorprendente que esa estancia en Orán no suscite en la autora la menor evocación del 5 de julio de 1962 ni compasión alguna para con los setecientos a ochocientos compatriotas nuestros secuestrados y asesinados en unas horas en el transcurso de esa nueva San Bartolomé. Rara vez se ha llegado tan lejos en la maldad gratuita y en la negación histórica», comenta en una página de venta de libros *online* un señor que afirma ser profesor de historia, titular de una cátedra, a lo cual se añaden otros comentarios de la misma calaña a propósito de mi libro, esa «chapuza de obra». Recuerdo también a un hombrecillo, miembro de una asociación de pies negros de la región, que vino derecho hacia mí en una librería de Nimes en la que estaba firmando libros y me lanzó, con la voz temblorosa, mientras yo, tremendamente incómoda, sujetaba a una señora que acababa de caer llorando en mis brazos por lo mucho que había «adorado» *Tres días en Orán*: «A mí no me ha gustado su libro; la próxima vez, en lugar de escribir estupideces, venga a vernos primero, usted no ha nacido allá, no sabe de qué habla». Por citar solo a algunos, y me quedo corta. Alguien también me deseó que sufriera tanto como sufrieron los franceses de Argelia.

No soy historiadora. No evoqué las masacres del 5 de julio de 1962 en

Orán, es cierto. Tampoco hablé de las de Sétif, Guelma y Kherrata en mayo de 1945, que causaron miles de muertes entre la población indígena, porque lo que pretendía en ese texto era contar la historia de *mi* familia en Argelia. Mi familia no estaba ni en Sétif ni en Guelma ni en Kherrata en mayo de 1945, y el 5 de julio de 1962 ya no estaba en Orán, hacía ya más de un año que había tomado el camino del exilio entre el espanto y el miedo. Insisto, situé deliberadamente mi texto del lado de mi música personal, de mis propios muertos, y si hizo eco a la de muchas otras personas, me alegro pero no es cosa mía, es porque se sitúa en un terreno quizá más universal que la historia, la literatura. No se trata de un ensayo, y mucho menos de una requisitoria o un alegato. Es más bien una confesión, un desnudar mis sentimientos divergentes en el registro de la autobiografía, con el que experimentaba por primera vez, por los motivos que ya he explicado y que me impusieron a mi pesar este género literario. Es mi octavo libro publicado y no está al margen del exigente camino de escritura que emprendí hace ya dieciséis años, está ahí porque tenía que escribir ese texto, que rugía en mí como un río subterráneo, cosa que Jean-Marc había percibido. Este libro no tiene por vocación ser un inventario de las barbaries cometidas, por una y otra parte, en uno y otro bando, desde 1830. De hecho, yo no tengo más bando que el de la escritura. Si ciertos comentarios, indignados y agresivos, no me sorprendieron, pues venían de personas que reprocharon al libro no ser el que ellas creían, otros en cambio me dejaron totalmente estupefacta, los que creyeron leer en mi texto acentos de nostalgia lastimera, un viaje al pasado, un alegato pro Argelia francesa. Pero, después de todo, lo que se lee en un texto es lo que se proyecta, no necesariamente lo que en él está escrito.

Y las razones por las que se ama o se detesta un libro a menudo nacen de un malentendido. Como el odio, o el amor.

Cada vez me cuesta más vivir bajo el mismo techo que P., a pesar o a causa de la pasión mutua que tuvimos. Nos parecemos demasiado y hemos fracasado en la prueba de fuego. Llevo en mí el exilio, sin duda me resulta imposible enraizarme mucho tiempo en cualquier parte. En mí llevo casas, granjas amadas y perdidas. No volvimos a pisar la casa quemada. Decidimos venderla, no la quiere nadie, no dejamos de bajar el precio con la sensación de saldar una parte de nuestra historia, y no cualquiera, la del sueño y la fantasía. La parte de herencia también, porque esa casa, me di cuenta mientras escribía lo que acabaría convirtiéndose en *Tres días en Orán*, era

una granja. Y cuando muchos críticos literarios también ven mi libro como un recorrido iniciático hacia un hombre y una declaración de amor al mismo, cuando me interrogan sobre ese ardor que me devoraba cuando marché a Argelia en 2005, finalmente apaciguado en el epílogo, vuelvo a sentir que el suelo se mueve bajo mis pies. El miedo es más fuerte que el deseo. El miedo de no estar ya a la altura de nuestra historia, del amor mutuo que tuvimos, el miedo de no estar ya a la altura de nuestro deseo. De haber perdido la capacidad de construir una casa. ¿Nos estaremos perdiendo?

> Es una novela de la brevedad: de las instantáneas que se vuelven a abrir en el álbum familiar del recuerdo; de la estancia en Orán que solo dura tres días; de los lugares visitados, la casa familiar de Orán, donde vivió el padre, y la granja de los orígenes, la de la abuela en Misserghin; brevedad igualmente de las reminiscencias memoriales señaladas mediante cortos pasajes en cursiva en el texto; brevedad, finalmente, de los instantes de esa pasión amorosa que vive la autora narradora con un amante por quien ha dejado la aparente estabilidad de una relación conyugal duradera. Pero esta forma breve no es telegráfica, expeditiva. Contiene, en su cuerpo sintáctico reducido a sus orígenes inmediatos, una sensibilidad explosiva, a flor de palabras, que si no estuvieran comprimidas, habrían sido incandescentes. Sin embargo, la búsqueda de la vuelta a los orígenes, de los rastros primales, de las raíces, de la identidad, no inclina a la economía de palabras sino a su abundancia, a su profusión en expansiones sintácticas: Anne Plantagenet busca, en lo instantáneo de las palabras rotas, un relieve eterno del origen.

Estas líneas son un extracto de una reseña de seis páginas que recibo dos meses después de la publicación de *Tres días en Orán*. Me conmueven profundamente, pues el autor, con una lengua espléndida, minuciosa, lleva muy lejos el análisis del texto y explora los distintos estratos que lo componen, sus tres itinerarios (cronología, reminiscencias, vida íntima), sin juicio ni patetismo, sin tratar de hacerle decir lo que no dice, tomándolo en el fondo por lo que es: un proyecto literario en torno a una búsqueda de identidad. El autor se llama Rachid Mokhtari. Es un escritor y periodista argelino que vive en Argel. La reseña viene acompañada de una invitación oficial al Festival de Literatura y del Libro Juvenil (FELIV) que se celebrará en el mes de junio en Argel. Nueve años después del viaje a Orán con mi padre, regreso. Argelia, ¿ese país al que acudo cuando ya no sé dónde voy

en mi vida?

El 17 de junio de 2014 estoy en la terminal sur de Orly, en el mostrador de Air Algérie, rodeada por decenas de argelinos de todos los bandos que viajan en su mayor parte en familia con montones de bolsas curiosamente empaquetadas. Tengo la sensación de volver al principio de mi libro, de hecho, ya no sé si mis recuerdos del primer viaje no se confunden completamente con las imágenes que saqué de él, deformadas por mi verdad literaria. No tiene importancia, ahora ya son mis únicos recuerdos. Esta vez me voy sola e invitada en calidad de escritora. Me voy gracias a mi libro, ese libro como un puente que tardó años en tenderse entre las dos orillas del Mediterráneo. Se han programado varios encuentros, entre ellos uno con una clase de instituto que ha estudiado mi texto. Es tan delirante que ni Jean-Marc lo habría creído. Pienso en él, mucho. Pienso en todo lo que ha pasado desde la publicación del libro, en los maravillosos encuentros con toda esa gente que me ha confiado su vida y, de un modo u otro, pies negros o grises, o rojos, llamados, hijos de, nietos de, compañeros de, viajeros curiosos, ha amado este país, Argelia, con locura. Pienso en esa impresionante cineasta que querría adaptar el libro al cine porque es una parte de sí misma, «Cuando lo leí, supe al fin que no estaba sola», me dijo el día en que nos conocimos. También estuvo la lectura una noche en el Teatro de Ruan de las primeras cincuenta páginas del libro por una actriz, la extrañeza, la incomodidad súbita de oír mis palabras en boca de otra, de asistir a su alejamiento, a mi desposesión, esas palabras ya no me pertenecían, lo entendía, cada cual en efecto tenía derecho a leerlas y oírlas como quisiera. Habría querido que me tragase la tierra.

En la sala de embarque me siento en casa, extrañamente tranquila. Mando un SMS a mi mejor amiga. «Cuánta emoción, cuánta resonancia y alegría. ¿No es Argelia el país al que voy cuando me *separo*?». Porque no es a P. a quien dejo, es a la mujer que ya no soy.

«Querida señora, permítame presentarme. Me llamo Denise B. y tengo setenta y nueve años. Nacida en Orán, volví a la metrópolis en 1961, con mi marido y mis dos primeros hijos, que entonces tenían cuatro años y uno. Nos instalamos en Borgoña y tuvimos otras dos hijas. Nunca volvimos a Argelia. Perdí a mi marido el verano pasado y mi hijo mayor, que desde hace tiempo sueña con volver a ver el lugar donde nació y donde pasó sus primeros

cuatro años, me ha propuesto acompañarlo en ese viaje. Fue la lectura de su libro, que él leyó y del cual me regaló un ejemplar, lo que me decidió a aceptar hacer con él ese "regreso a las raíces". Iremos en el mes de agosto, los dos, a pasar cuatro días a Orán. Estoy muy emocionada y también muy feliz, pero un poco angustiada […]». Esta carta me espera a mi regreso de Argel. El libro es un vínculo, el libro crea vínculo, no entre los lectores y yo como habría de estar tentada de creer, sino entre los lectores y Argelia. Es ese país lo que tratan de alcanzar a través de mí, su juventud, su pena, sus alegrías, a través de esa necesidad que sienten de decirme que han leído mi libro y de contarme su propia novela argelina, de mandarme fotos, artículos de periódico (como Francis P., setenta y seis años, antiguo maestro en el pueblo de 1959 a 1971 que adjunta a su correo fotocopias de documentos sobre la enseñanza en la Argelia francesa) que no necesariamente tienen algo, y a veces nada incluso, que ver con mi libro, pero no tiene importancia, no se atreven a abordarlo de frente ese país, pese a las ganas locas que tienen de hacerlo. Se retienen, se censuran, se secuestran. El deseo y el miedo. Les duele. «Estimada señora, le doy las gracias por esos *Tres días en Orán*. Le doy las gracias y también le reprocho que haya arrancado usted esa costra tan frágil que llevo tantos años protegiendo, esa costra que impedía que la herida que todos llevamos volviera a abrirse. Ya está hecho, la herida se ha abierto. Supura como el primer día. *Tres días en Orán* es un tsunami de imágenes, de emociones, de angustia, de tristeza, y también un alivio, como una urticaria que uno rasca y rasca hasta hacerse sangre» (Charles C., judío autóctono por parte de su padre arabófono y judeoespañol por parte de su madre hispanoparlante, 15 de abril de 2014). Es más fuerte que nosotros. Argelia, lo he escrito al principio de este posfacio, no se cierra. La carta de Denise B. me estremece. El libro crea también un paso al acto. ¿Debo hacerme responsable de ello? No se vuelve a Argelia, *se va*, en tiempo presente. Respondo a Denise B., trato de tranquilizarla, de decirle que si está dispuesta a ver la Argelia de hoy, si está dispuesta a *separarse*, entonces hará un hermoso viaje.

Los alumnos del instituto Kateb Yacine de Argel se levantan por turnos y se acercan al estrado con un micro para hacerme una pregunta o comentar algo sobre mi libro. Tienen catorce años, la edad de mi hijo mayor, al que una noche sorprendí en su cama leyendo a la luz de una linterna *Tres días en Orán*. Sus padres están en la sala y forman el grueso del público. «No es mi historia pero me ha gustado mucho, me ha emocionado, me pregunto por

qué se fueron los franceses, si no podríamos haber vivido todos juntos, haber seguido viviendo todos juntos», dice una joven que se llama Melissa. «¿Cree que su viaje habría sido distinto si lo hubiera hecho en vida de su abuela?», me pregunta un chico llamado Samy con mirada maliciosa. «¿Por qué no volvió después con su marido?», añade. Es la historia de amor lo que les interesa ante todo. Son jóvenes y guapos, son los hijos de una guerra más cercana y aún dolorosa, el resto es historia antigua. Tienen teléfonos móviles, insisten en hacer fotos. «Tiene que volver, señora». La directora del instituto es de otra generación. Toma la palabra al final: «Mi padre murió durante la guerra de liberación. Yo tenía dos años. Y estoy aquí, hoy, con dos hijas de pies negros [mi amiga Brigitte Benkemoun y yo]. Hay que olvidar». Y esa madre de un alumno, con tres hijos, un bebé en brazos, que me dice al oído: «Tiene usted suerte, nosotras aquí, cuando nos casamos, es para toda la vida». Camino libre por las calles de Argel. Pienso en P. No ceder a la comodidad, al miedo.

«¿Y su padre? ¿No tiene ganas de ir a otros lugares de Argelia?». Es uno de los alumnos quien me hace la pregunta, y yo a mi vez se la hago a mi padre a mi regreso. «Argel es magnífico. ¿No te gustaría ir la próxima vez?». Menea la cabeza, sonríe. Tiene muchas ganas de volver a ir, piensa mucho en ello según se acerca a sus setenta años. Una vez más, la última vez. «Pero en Argel, sabes, son un poco…», con una sonrisa. La antigua rivalidad. Su ciudad, la de él, es Orán, allí sí que volvería. Orán, solo Orán, siempre Orán, con mi madre.

Mi padre, tal cual aparece en el libro, tal cual lo he descrito, causó mucha emoción, gustó mucho. Mucha gente me confesó haber llorado en el momento de los Meccano perdidos. Este *aspecto* del texto, la relación entre ese padre y su hija, ese padre callado, púdico, que se transforma de pronto, se libera, al volver a su suelo natal, logró la unanimidad. Ni la menor polémica al respecto. Aquí también, a menudo se produjo una proyección. Una proyección mediante el vacío, la ausencia. «Me sorprendí teniendo tantas ganas de estar en tu lugar, de ser yo quien hacía ese viaje transformador con un padre con quien habría podido pasar tres días a solas… Algo que nunca me ocurrirá», me escribió una amiga, Laurence T., el 12 de diciembre de 2013, una de las primeras en leer el libro antes de su publicación y que me apoyó, me tranquilizó mucho. «El regalo que te haces, se lo haces principalmente a tu padre. Para que antes de irse de este mundo conecte las dos orillas de su historia. Al hacerlo, te permite estar entera.

Encuentras a ese hombre durante esos tres días. Encuentras a un hombre que habla. Un hombre sin sombras. Eso me ha resultado estremecedor. Organizadora pero espectadora casi silenciosa de ese regreso a la tierra de la infancia de tu padre. Nosotros, lectores, nos reprochamos entonces no haber tenido la audacia de hacer el mismo viaje. U otro, tal vez no tan lejos, que nos habría permitido encontrar al hombre al que, cada uno de nosotros, hemos admirado más» (Stéphane B., 18 de enero de 2014).

Por supuesto, me han preguntado muchísimo si mi padre había leído el libro y cómo había reaccionado. No le enseñé el manuscrito antes de su publicación, ni siquiera le dije en realidad sobre qué estaba escribiendo. Le di un ejemplar del libro impreso unos días antes de su puesta a la venta. Le llevó tiempo leerlo. Yo sabía que para él no iba a ser fácil, pero también conozco su generosidad, su inteligencia y su humildad para aceptar puntos de vista distintos al suyo. Sabía que tomaría el texto en su conjunto, sin desechar nada. Con las dos palabras que tanta ira han causado, las dos palabras que han ofendido, indignado a quienes las tomaron como insultos en su contra: *vergüenza* y *racismo*. «¿Cómo puede decir que le avergonzaba ser hija de pie negro? ¡Yo estoy orgullosa, señora, orgullosa! No me gustaría que mis nietros fueran como usted», gritaba aquella señora en Alès ante el librero muerto de miedo a mi lado. «Estoy escandalizada de oírle decir que su abuela era racista», murmuró aquella señora mayor toda endomingada, detrás de mí, en Arcachon, tras un debate literario, aunque en voz muy baja para que solo yo pudiera oírla. Una señora que obviamente no había conocido a Antoinette Montoya, pero que se sentía personalmente aludida. Yo había dicho también que adoraba a mi abuela y que todos los días la extrañaba, que muy a menudo seguía soñando con ella. Pero eso, ni la señora de Arcachon ni la de Alès parecían haberlo oído.

Mi padre leyó mi libro en su rincón, sin decírmelo, y el 14 de enero de 2014, sobreponiéndose a su miedo, sin atender más que a su deseo, me envió una carta que yo no me esperaba, la primera del dosier CORREO DE LOS LECTORES, con su preciosa letra que siempre he admirado. Una carta a su imagen, llena de pudor y de emoción. Me escribía para darme las gracias y también para pedirme disculpas: «He vivido todo eso compartiéndolo, mal, quizá, contigo. Hoy me doy cuenta de lo acertados que son el relato y las descripciones. Desde entonces, las ganas de volver allí me atormentan». Me indicaba también un pequeño error geográfico que otros lectores igualmente señalaron: la confusión entre el Murdjadjo y la montaña de los Leones, y que pedí que se corrigiera en la edición de bolsillo, al igual que quise que se añadiera una *e* al nombre de nuestro chófer y guía Amine. Mi padre tenía

razón, había compartido mal sus emociones. Hizo bien, eso es lo que me permitió escribir el libro.

El verano señaló el fin de la promoción. Quizá fuera el momento de pasar a otra cosa, de ir a investigar otros asuntos sin Jean-Marc. Con Jean-Marc. En agosto nos fuimos unos días de vacaciones P., los niños y yo. El 1 de septiembre mi padre cumplió setenta años. No le regalé un viaje a Argelia en esa ocasión, pero a raíz de una idea de mi madre, encontré en internet, de segunda mano, una caja de Meccano antigua, la caja n.º 13, casi completa, con sus instrucciones de montaje. Todos lo rodeábamos, mi madre, mi hermano, los niños, P. y yo, reunidos pasa pasar el día. Como de costumbre, mi padre no manifestó nada, dijo solo unas palabras, «Voy a volver a la infancia». La cuestión del regreso, siempre. Pero creo que estaba contento.

Unos días más tarde, en mi casa en París, recibí una postal de Orán, una vista de la bahía, del puerto, con la basílica de Santa Cruz en primer plano, el cielo azul. «Querida señora, nuestra estancia en Orán se ha hecho corta. Gracias por haber contribuido a que me decidiera. Muchos recuerdos casi olvidados hasta ahora. Mucha emoción también. ¡Pero cuántos hermosos encuentros! Reciba mis más sinceros saludos. Denise B. Cordialmente, Pierre-Jean B.».

Gracias a ustedes. A todos.

París, 18 de septiembre de 2014

ANNE